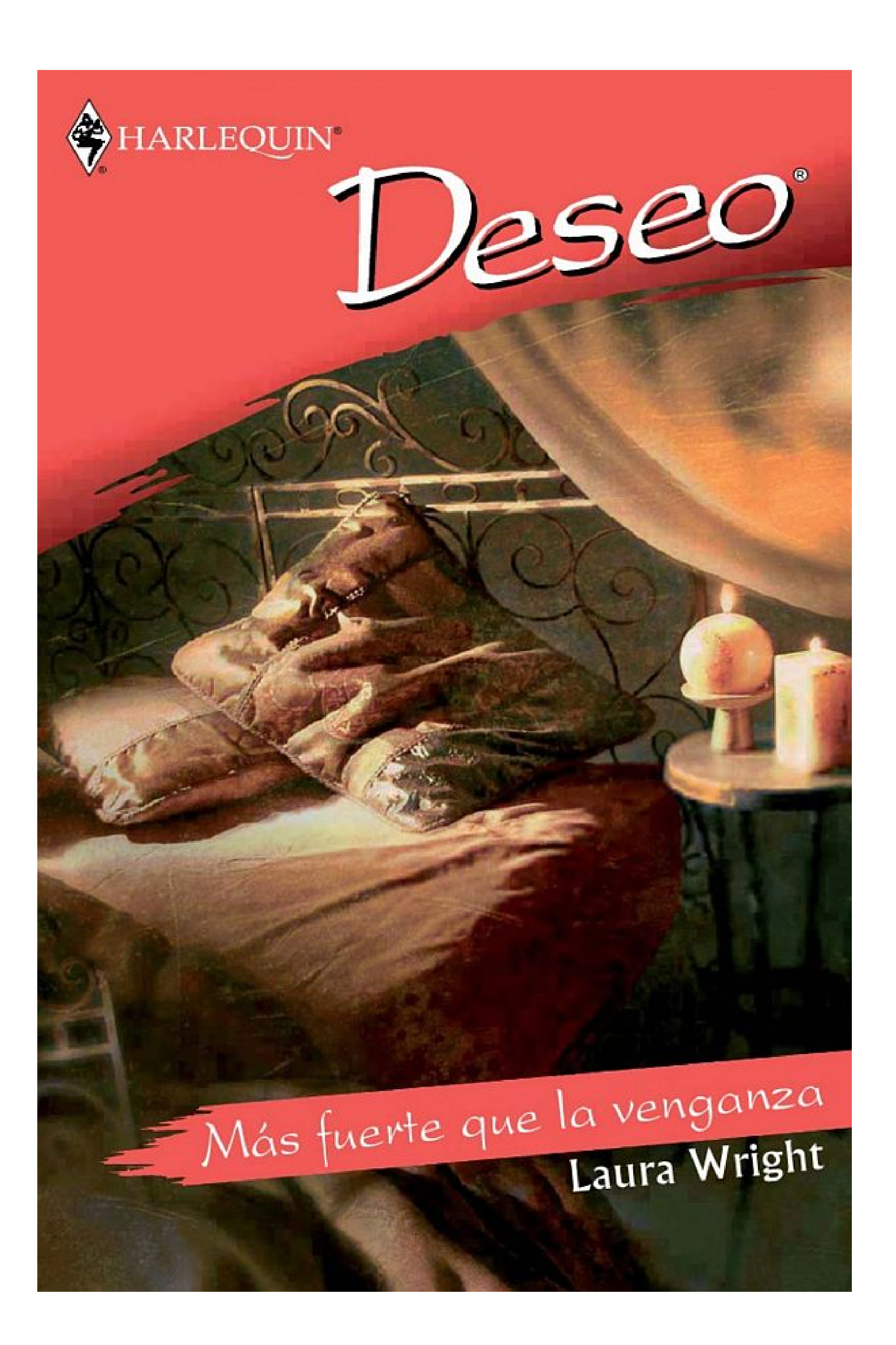

HARLEQUIN®
Deseo®
Más fuerte que la venganza
Laura Wright

Pasaron juntos una noche de pasión… y por la mañana ella desapareció.

Bobby Callahan no había podido olvidar a Jane Hefner y cuando la encontró prometió no volver a dejarla marchar. Pero entonces descubrió quién era en realidad. Jane pertenecía a la familia real de Al-Nayhal... los mismos que le habían robado a Bobby su tierra y habían arruinado su modo de vida. Ahora por fin tenía la manera perfecta de vengarse: seduciendo a Jane. Pero cuanto más la conocía, más difícil le resultaba cumplir la promesa de vengarse.



Laura Wright

Más fuerte que la venganza

Deseo - 1428

(Thompson / Al-Nayhal 04)

ePub r1.0

LDS 25.12.16

Título original: *Her royal bed*
Laura Wright, 2005
Traducción: Victoria Horrillo Ledesma
Publicado originalmente: Mills and Boon Desire 2-in-1 (MD2) - 183 / Silhouette Desire (SD) - 1674
Protagonistas: Bobby Callahan y Jane Hefner
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



Capítulo 1

Jane Hefner esbozó una fácil sonrisa a su cara al entrar en el vestíbulo de la hacienda Rolley, sobre cuyo suelo de mármol blanco repiqueteaban sus tacones. Un mes antes, el gran complejo texano de los Turnbolt habría hecho vacilar ligeramente su paso, por lo general tan firme. Pero eso hubiera sido un mes antes, cuando Jane era aún una chica normal y corriente, que vivía en un modesto dúplex, en una calle tranquila de un aún más tranquilo pueblecito costero de California y trabajaba de cocinera en un pequeño y coqueto restaurante a cambio de un salario exiguo, salario que, con un poco de suerte, le permitiría abrir algún día su propia casa de comidas a pie de playa.

Un mes antes, cuando todavía era simplemente Jane Hefner, y no Jane Hefner Al-Nayhal, la princesa, desaparecida hacía mucho tiempo, de un pequeño pero riquísimo país llamado Emand.

Con sólo un mes de adiestramiento en protocolo y buenos modales a sus espaldas, Jane se abrió paso entre la multitud que, reunida en el salón revestido de paneles de caoba de los Turnbolt, comía canapés y tomaba lo que su madre solía llamar «bebidas fuertes».

La hacienda Rolley era un lugar muy hermoso: un enorme caserón construido al estilo de un pabellón de caza, erigido sobre un promontorio de más de trescientos metros de altura que se asomaba a las mil seiscientas hectáreas de terreno virgen de la finca. Situada a apenas media hora de Paradise, Texas, la hacienda, con su apacible serenidad, su agreste belleza y su fauna autóctona,

parecía hallarse a años luz de la gran ciudad. Jane sabía por su hermano que sus propietarios, Mary Beth y Hal Turnbolt, habían comprado la finca cinco años antes y habían transformado rápidamente aquel tranquilo paraje en un moderno complejo de ocio provisto de tres casas de huéspedes, un lago, un mirador, un establo para exhibiciones, un auditorio cubierto y un helipuerto.

Jane encontró un sitio relativamente tranquilo junto a la chimenea de ladrillo y se sentó. El suave calor del fuego caldeaba su espalda, que llevaba desnuda debido al escote bajo de su vestido de seda verde esmeralda. Dios, qué a gusto se estaba sola. Aunque fuera sólo por unas horas. Adoraba a sus hermanos recién descubiertos y a Rita, su cuñada, pero durante aquellas cuatro semanas sólo en la cama había podido librarse de la conversación y los deberes regios; e, incluso en la cama, sus sueños parecían tan ajetreados como su vida cotidiana.

—¿Unos gambones?

Jane levantó la mirada hacia el simpático camarero y sonrió al recordar por qué estaba en la fiesta de los Turnbolt: había ido allí con el propósito de probar la comida texmex y de observar el servicio de una fiesta de la alta sociedad de Dallas. Tenía que contratar personal y crear una carta. Quedaban sólo tres semanas para la fiesta de Bienvenida al Mundo de la pequeña Daya Al-Nayhal, y estaba decidida a dejar boquiabiertos a Sakir y Rita.

Tomó un gambón a la plancha y miró un pequeño cuenco de salsa intacta que había en la bandeja.

—¿Qué es eso?

—Eh —el joven se mordió el labio y miró de Jane a la salsa y viceversa—. Es cilantro. Una salsa cremosa, creo.

«¿Cree?».

Jame hizo una mueca. Si aquel chico trabajara en su cocina, le habría echado una buena bronca. Pero ella ya no tenía cocina propia.

—¿Quiere probarla? —La pregunta tenía cierta nota de preocupación, como si el camarero no hubiese probado la salsa y no estuviera seguro de la frescura de sus principales ingredientes.

—Gracias —dijo Jane, y se puso en el plato media docena de gambones.

La salsa estaba divina, cremosa y especiada, y realzaba el sabor

de las gambas. Mientras observaba alejarse al camarero uniformado, que a continuación se acercó con su bandeja plateada a una pareja entrada en años, Jane meneó la cabeza. Sentía lástima por el cocinero cuya deliciosa salsa iba a pasar desapercibida gracias a la torpeza de un camarero que no sólo olvidaba ofrecérsela a los invitados, sino que además parecía desconfiar de ingredientes cuyo nombre ni siquiera conocía.

Jane se acabó un gambón y se preguntó si la búsqueda de personal para el *catering* de la fiesta resultaría ser más difícil de lo que esperaba. A juzgar por lo que había visto la semana anterior, tal vez tuviera que empezar a preocuparse. Tres fiestas en siete días, y sólo había visto un camarero que le hubiera causado buena impresión. No había duda: tenía que concentrar todo su tiempo y energía en la búsqueda, sin distraerse con otras cosas. El problema era que últimamente se distraía sin cesar. Le hacía feliz, desde luego, ofrecerse a preparar el banquete para aquella celebración familiar, pero no sentía la efusión de orgullo y determinación que solía experimentar cuando era chef.

Se sintió desanimada mientras a su alrededor el ruido del salón descendía hasta convertirse en un estruendo amortiguado. Levantó la mirada y vio a una mujer de cerca de setenta años, con los ojos oscuros y la nariz muy larga y picuda, de pie sobre un podio improvisado, detrás del cual, a ambos lados de ella, había colgadas dos pinturas al óleo de estilo abstracto y valor incalculable. Era su anfitriona, Mary Beth Turnbolt. Aquella mujer miró a la multitud como si deseara fervientemente apretar un botón invisible que apagara el volumen de la fiesta. Pero se las apañó igualmente levantando las manos y frunciendo sus finos labios.

—Señoras y caballeros —comenzó a decir con voz áspera, pero sorprendentemente cordial—, quisiera darles las gracias porvenir esta noche. Es maravilloso ver que tantos amigos apoyan esta causa. Como la mayoría ya sabrán, Jesse, el hijo de Beatrice, nuestra gobernanta, padece síndrome de Down, y Hal y yo estamos tan interesados como sus padres en invertir en la investigación y el tratamiento de dicha dolencia.

Jane vio que Mary Beth se giraba y sonreía a una mujer rubia, de carrillos redondos y sonrojados como manzanas, que había sentada en un sofá. Junto a ella permanecía sentado un hombre que

le apretaba la mano con fuerza, y que sólo podía ser su marido.

Jane sintió una oleada de emoción al darse cuenta de la importancia de la velada.

—Esta noche tenemos un invitado especial —continuó Mary Beth, atrayendo de nuevo la mirada de Jane hacia el podio—. Él rara vez viene a este tipo de eventos, aunque todas intentamos persuadirle de lo contrario.

Un reguero de suaves risas de mujer siguió a este comentario, y Jane frunció las cejas, confundida.

Mary Beth compuso una sonrisa grande y dentuda.

—Por favor, demos la bienvenida a uno de mis más queridos amigos, y al hombre que ha entrenado a nuestros nueve caballos, Bobby Callahan.

Jane siguió las miradas de los invitados a medida que los ojos de todos ellos volaban hacia la puerta. No tardó mucho tiempo en ver a qué se debían todas aquellas risillas y bisbiseos. Se olvidó de pronto de los tres gambones que le quedaban, cubiertos de aquella salsa tan deliciosa, y fijó la mirada en el hombre que atravesó el gentío y subió al podio. Tenía poco más de treinta años, medía al menos un metro noventa, era musculoso y ancho de pecho, y llevaba un esmoquin negro que apenas podía contenerle.

A Jane empezó a latirle el corazón con fuerza, y el suave calorcillo del fuego le pareció de pronto el incendio de un bosque.

Lo observó mientras subía al podio, ajustaba el micrófono para ponerlo a su altura y colocaba a continuación sus grandes manos a ambos lados del atril.

—Primero de todo, quiero darles las gracias a Mary Beth y Hal por dar esta fiesta para ayudar a los niños con síndrome de Down y al rancho KC. Y quiero darles las gracias por invitarme aquí esta noche y permitir que me dirija a todos ustedes. Sobre todo, sabiendo lo parlanchín que puedo ser —hizo una pausa y esbozó una arrogante sonrisa. Jane se levantó y, a pesar de que le temblaban extrañamente las piernas, se acercó al podio abriéndose paso entre la gente—. Mi padre solía decir —prosiguió Bobby Callahan con un acento texano tan fuerte como el resto de su persona—, que si algo no parece merecer un esfuerzo, es seguramente porque no lo merece. Esas palabras se me quedaron grabadas y me han hecho concentrarme en las cosas importantes de

la vida —inhaló profundamente y luego siguió hablando con voz poderosa—. Muchos de ustedes saben que mi hermana Kimmy murió hace hoy un mes. Ella fue la inspiración del rancho KC, y lo más importante de mi vida, y la echo de menos cada minuto que pasa. Pero su recuerdo me da fuerzas para levantarme por las mañanas. Sí, Kimmy tenía síndrome de Down, pero nunca permitió que eso la detuviera. Era muy dura, y muy mandona. Pero era mi mejor amiga y mi inspiración —su voz se tornó contenida, y su sonrisa se desvaneció. Miró a su alrededor y saludó con una inclinación de cabeza a varias personas antes de tomar de nuevo la palabra—. Algunos de ustedes conocen el rancho KC, los programas de guardería que ofrecemos para los niños pequeños, los cursos de equitación asistida de después del colegio, y los campamentos de verano para niños con problemas de desarrollo, discapacidades auditivas, visuales, de aprendizaje o físicas. Algunos de ustedes han sido muy generosos durante estos años, y otros tal vez lo sean a partir de esta noche.

Una risa colectiva cundió por el salón, aunque sofocada por el respeto. Bobby Callahan era un seductor nato: atraía la atención de los hombres con su humor y su hablar desenfadado, y la de las mujeres con sus palabras honorables y la lealtad y el amor que demostraba por su difunta hermana.

—Creo, y estoy seguro de que mi padre habría sentido lo mismo, que el rancho KC merece el esfuerzo —su mandíbula se tensó cuando inclinó la cabeza en un gesto de asentimiento—. Espero que ustedes también lo crean. Que disfruten de la velada.

El salón estalló en aplausos, y Jane notó que algunas mujeres se enjugaban los ojos, intentando impedir que se les corriera el rímel de cincuenta dólares. Pero Jane no mantuvo la mirada fija en la multitud por mucho tiempo. Poniéndose de puntillas, se esforzó por ver dónde se había metido Bobby Callahan y si estaba con alguien.

No podía quitarse de la cabeza su discurso, aquellas palabras que se habían clavado en la herida abierta de su alma, una herida que no había sanado desde que su madre le dijera, muchos años atrás, que iba a quedarse ciega. Era extraño. Mucha gente había intentado hablar con Jane sobre su madre, sobre sus sentimientos y temores. Pero Jane siempre había sofocado sus emociones. Nunca tenía tiempo ni fuerzas para hurgar en su corazón. Esa noche, sin

embargo, por algún extraño motivo, Bobby Callahan había desenterrado todas aquellas emociones ocultas desde hacía largo tiempo.

Con el pulso acelerado, Jane vio que Bobby estaba estrechando las manos de algunas personas junto a la barra, y que a continuación agarraba dos cervezas y salía del salón. Esperó a ver si alguien lo seguía, y, al ver que no era así, se puso en marcha.

—¿Costillas glaseadas al oporto? —Una chica de poco más de veinte años, con un bronceado de muerte y unos ojos muy grandes y verdes, algo más claros que los de Jane, le ofreció una bandeja—. Van de maravilla con el merlot seco que estamos sirviendo esta noche.

Jane sacudió la cabeza, distraída.

—No, gracias.

La camarera era perfecta, tanto en apariencia como en actitud y profesionalidad, y, de haber estado en sus casillas, Jane le habría pedido su nombre y su número de teléfono para la fiesta de Bienvenida al Mundo de Daya. Pero, a pesar de que un momento antes había jurado concentrarse, su resolución se había evaporado al subir Bobby Callahan al estrado.

Normalmente no se interesaba tanto por un hombre. Normalmente miraba a los hombres como una consideración para el futuro, como posibles maridos, como futuros padres de los tres hijos que quería tener algún día. Normalmente no abandonaba una fiesta para ir detrás de un vaquero alto, moreno y altruista. Pero esa noche la empujó a salir del salón una fuerza desconocida cuyo nombre prefería ignorar.

Diez minutos después, tras algunas discretas pesquisas, encontró a Bobby. Un piso más arriba, al fondo de un largo corredor, una amplia terraza embaldosada se proyectaba hacia los terrenos de la finca. Una brisa suave aunque extrañamente fresca para ser principios de otoño agitaba los árboles que había más allá, e hizo que Jane se rodeara con los brazos para darse calor.

El hombre cuyas palabras habían parecido tan sentidas y animadas abajo, estaba ahora de espaldas a ella, apoyado contra la balaustrada, disfrutando del silencio del paisaje mientras bebía una cerveza. Como si fuera una espía, Jane salió a la terraza y se escondió tras una planta enorme. No sabía qué hacer, así que se

limitó a mirar a Bobby durante cinco minutos, mientras él se bebía las dos cervezas con la mirada fija en la oscuridad.

Se le durmió el pie derecho y empezaron a dolerle las rodillas de estar allí agazapada. Por fin se preguntó qué demonios pretendía. ¿Qué había sido de su sensatez y de su sentido práctico?

Miró tras ella. Si alguien la veía así, sería el hazmerreír de todo Paradise, Texas, y de los condados de los alrededores, y a demás avergonzaría a su hermano y a su cuñada.

Lo que tenía que hacer era levantarse, salir sigilosamente de detrás de la maceta y volver a la fiesta. Si tan desesperada estaba por conocer a Bobby Callahan, había por lo menos cinco maneras más sensatas de conseguirlo.

—Mi padre solía decir —dijo una voz profunda y viril—: nunca te acerques a un toro por delante, ni a un caballo por detrás —se dio la vuelta y miró la maceta como si pudiera ver a través de ella —. Ni a un tonto desde cualquier dirección. ¿Cuál de las tres cosas te parezco? —Jane se quedó fría y sin aliento mientras una hoja le hacía cosquillas en la espalda—. Si tienes algo que decir, cariño, te sugiero que salgas de detrás de esas matas y lo digas.

Jane rompió a sudar por la base del cráneo, allí donde su pelo castaño oscuro estaba recogido en un pulcro moño. El sudor comenzó a correrle por el cuello, hasta el corpiño del vestido. ¿Qué debía hacer ahora? ¿Huir despavorida? ¿Fingir que no estaba allí? ¿Y si él se acercaba a la planta, apartaba las hojas y la pillaba allí sentada, como un enorme bicho?

Cerró los ojos, respiró hondo e intentó aquietar los latidos de su corazón. Pero la técnica de yoga no funcionó, y se obligó a levantarse. Avergonzada hasta la médula de los huesos, separó el verde follaje y se apartó de la planta. Sacudió la cabeza y logró decir con voz dócil:

—Lo siento.

Enseguida descubrió que Bobby Callahan tenía el don de calibrar a una persona con sólo mirarla de la cabeza a los pies.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Jane —contestó ella al tiempo que se sacudía una mota de polvo del vestido.

Él levantó una ceja.

—¿Sólo Jane?

—¿No sería más fácil así? —Dijo ella con ironía—. ¿Para los dos?

—Tal vez, pero no me gusta estar en —desventaja cuando hablo con alguien— él sonrió al ver su expresión confundida—. ¿Sabe cómo me llamo? ¿El nombre y el apellido?

—Sí.

—Está bien, entonces —cruzó sus fuertes brazos sobre el pecho —. Suéltelo de una vez.

—Jane Hefner.

Un gruñido malhumorado surgió de la garganta de Bobby.

—¿Hefner?

Ella movió la cabeza de un lado a otro.

—No se haga ilusiones. No tengo nada que ver con el dueño de la revista del conejito.

Él se echó a reír: una risa suave y baja que reverberó en la piel de Jane.

—Se lo preguntan a menudo, ¿eh?

—No sabe cuánto.

Durante el mes anterior, a Jane se le había pasado por la cabeza una o dos veces cambiarse el apellido por el de Al-Nayhal, pero hacía demasiado tiempo que se llamaba Hefner. Y, a fin de cuentas, era el apellido de su madre.

—Y, dígame una cosa, Jane Hefner, ¿tiene por costumbre espiar a la gente?

—No —afirmó ella, muy seria. Él, sin embargo, no pareció muy convencido.

—Me parece que no la creo —dijo.

—Es cierto. De hecho, ésta es la primera vez —aquellas palabras salieron de su boca en un santiamén, pero aun así Jane confió en poder retirarlas, porque Bobby levantó las cejas en un gesto sugerente y su sonrisa se hizo más amplia.

—La primera vez, ¿eh? ¿Y qué tal he estado?

Ella dejó escapar un gruñido.

—Esta situación se hace más humillante con cada segundo que pasa.

—¿Significa eso que no volverá a hacerlo?

—Desde luego que no.

—¿Abandona el espionaje?

Ella asintió con la cabeza.

—Creo que será lo mejor. Está claro que no sé afrontar las consecuencias.

—¿Y cuáles son esas consecuencias? ¿Una confrontación verbal o quizás un suave interrogatorio?

—¿Suave? —preguntó ella con un deje de humor en la voz.

—Oh, vamos —dijo Bobby, cuyos ojos refulgían con un peligroso fuego azulado—. Uno tiene el derecho… no, la obligación… de averiguar por qué le están espiando. Aunque quien le espíe sea una mujer preciosa.

Era insoportablemente atractivo y tenía un aire rudo, experimentado y melancólico. Jane se quedó allí parada, mirándolo con osadía mientras se preguntaba qué se sentiría al tocarlo, al pasar los dedos por su cara, por aquella mandíbula tenaz y aquella cicatriz de su labio superior. Se preguntaba si sería rudo con una mujer en la cama, o pausado y minucioso. Se preguntaba si permitió que alguien lo consolara cuando lloraba la muerte de su hermana.

Aquellos pensamientos tan extraños la inquietaban, hacían que el corazón le martilleara en el pecho y que su vientre se volviera cálido y líquido, como si se hubiera tragado una taza de miel.

—Bueno, ¿quería algo? —preguntó él, sacándola de su ensimismamiento al tiempo que una leve sonrisa jugueteaba en sus labios.

—No —se apresuró a contestar ella, y luego reculó y sacudió la cabeza—. Bueno, eso no es cierto —¿cómo podía expresarlo?—. Estaba… interesada en usted.

—¿Estaba?

—Lo estoy —contestó ella sin pensárselo dos veces.

—¿Ah, sí? —Bobby sonrió lánguidamente y se recostó contra la barandilla.

—Lo que ha dicho esta noche… —comenzó a decir Jane mientras se acercaba cautelosamente a él—. Lo que ha dicho… sobre su hermana, y sobre sus sentimientos hacia ella… me ha conmovido.

La expresión de Bobby cambió al instante. Donde antes había una sonrisa fácil y arrogante, surgió una línea fina y oscura.

—Así que no soy yo quien realmente le interesa. Ha venido a buscarme por lástima.

—No —contestó ella enseguida, sorprendida porque la hubiera malinterpretado hasta ese punto, y se preguntó qué la impelía a proseguir aquella conversación.

Él bebió un sorbo de cerveza y luego masculló con aspereza:

—El perro tristón, ¿no?

—No se trata sólo de eso.

—Cariño, ya me ha pasado otras veces, y no me interesa la compasión de nadie.

—Se equivoca por completo, señor Callarían…

—Lo dudo —la interrumpió él.

—No pretendía ofrecerle mi compasión.

—¿Y qué me ofrece entonces, Jane Hefner?

Aquella pregunta la sobresaltó. Y también la expresión de Bobby. Una expresión de desnuda pasión, aunque Jane no sabía si ello se debía a la ira o a la curiosidad sexual.

Se quedó de pie, con las piernas temblorosas, y escuchó cómo le retumbaba el corazón en el pecho. ¿Qué quería de aquel hombre? ¿Hablar? ¿Intercambiar penosas historias y esperanzas de futuro? ¿No era eso una osadía, tratándose de un desconocido?

Una punzada de deseo la atravesó desde el vientre a los pechos. Sintió un momento de locura al darse cuenta de que deseaba que Bobby Callahan la tocara y la rodeaba con sus brazos. Lo miró a los ojos y dijo en tono de disculpa:

—Me siento como una idiota. Estas cosas son nuevas para mí. Como le decía, no suelo seguir a los hombres, espiarles u ofrecerles…

—Otra vez habla de ofrecer —dijo Bobby con la mirada fija en ella, sus ojos de un azul casi tormentoso—. ¿Qué es lo que ofrece, querida?

Jane vio como en un destello una imagen en la que aparecían sus cuerpos unidos, y —la rechazó. De momento.

—Sólo pensaba que tal vez le apeteciera hablar.

Él la miró con extrañeza. Sus profundas ojeras sugerían largas noches de insomnio. ¿Era la pena lo que lo mantenía despierto, o el cuerpo suave de una mujer?

—Yo sé lo que se siente al perder a alguien —dijo Jane en voz baja. No había perdido a su madre físicamente, pero sí en cierto modo. Ya no podían hacer las mismas cosas, compartir las cosas de

antes—. Sé lo que es tener en la familia a un discapacitado.

* * *

Él no dijo nada al principio; se limitó a mirarla con fijeza… o quizá a traspasarla con la mirada, Jane no estaba segura. Luego sacudió la cabeza y masculló:

—No me apetece hablar, señorita Hefner. Gracias, pero no.

—Señor Callahan…

—No busco un alma gemela, ni tampoco piedad.

—Sigue usted equivocándose…

Él se apartó de la pared y recorrió los escasos pasos que los separaban.

—¿Quiere una cerveza?

—No.

—¿Y un *whisky*?

Ella sacudió la cabeza e intentó refrenar su pulso, a pesar de que el olor y la cercanía de Bobby habían hecho que el corazón se le subiera a la garganta.

—No.

Él se encogió de hombros y de pronto la agarró y la atrajo hacia sí.

—Entonces, supongo que valdrá por esto.

Jane no tuvo tiempo ni de pensar antes de que Bobby Callahan bajara la cabeza y la besara. Cuando sus labios se tocaron, sintió que su vientre se tensaba y que sus rodillas cedían. Su beso no era lento, ni tierno. Era todo pasión y fuegos artificiales, voraz como un lobo y exigente.

Por primera vez desde hacía un mes, Jane sintió que su mente volaba. La pasión de Bobby, su ira, su miedo, fuera lo que fuese lo que la había atraído hacia él esa noche, se fundieron en su piel, marcándola a fuego.

Él se acercó aún más. Era muy alto, y aunque Jane medía un metro setenta, tuvo que ponerse de puntillas para pegarse a él. Al hacerlo, Bobby profirió un gruñido y la besó con mayor pasión, espoleado sin duda por su interés. Agarrándola por la cintura y la espalda, ladeó la cabeza y le introdujo la lengua en la boca.

Cuando se apartó, su mirada era feroz, pero vulnerable.

—A menos que puedas darme algo más, nena, esto se acabó.

Jadeante, con el cuerpo caliente y electrizado, Jane intentó recurrir a su sensatez, pero no la encontró. Se había evaporado por completo en un cielo de deseos. Bobby Callahan la había besado con tal pasión y ferocidad que parecía querer devorarla. Era como si le hubiera ofrecido la oportunidad de convertirse en un halcón por una noche y volar sin miedo alguno ni razón. A Jane le temblaban los muslos.

Nunca se había ofrecido a un hombre. Al menos, así. Sin ataduras, temerariamente.

Se tragó su inquietud, le puso una mano en el cuello y le obligó a bajar la cabeza. Pero antes de tocar su boca, Bobby preguntó:

—¿Estás segura?

—Sí —contestó ella, jadeante.

—Porque esto será mucho más que un beso.

—Cuento con ello.

Él miró un instante la puerta que había tras ella.

—No podemos hacerlo aquí.

A decir verdad, a ella no le importaba dónde acabaran. En la terraza, en un cuarto de baño o contra los azulejos de una ducha. Deseaba a aquel desconocido. Se sentía inundada por una cruda desesperación que gobernaba sus actos. Era una locura, pero quería fundirse con la única persona que había tocado inadvertidamente su alma, el lugar al que no había permitido que nadie accediese durante años.

—Ven conmigo.

Él la sacó prácticamente en volandas de la terraza y la condujo por el pasillo mientras devoraba su boca y mordisqueaba sus labios con delectación. Varias veces la empujó contra la pared y la besó al tiempo que abría con el muslo las piernas de Jane y se restregaba contra el centro palpitante de su cuerpo. El tiempo pareció ralentizarse mientras caminaban a trompicones hacia el lugar al que Bobby se dirigía. Al cabo de un rato, Jane oyó el suave chasquido de una puerta al abrirse. La habitación estaba a oscuras; sólo el leve resplandor de la luna entraba por la ventana abierta. Ella ignoraba si estaban en un dormitorio o en un despacho, y no le importaba. Bobby estaba besándola otra vez.

Oyó que él cerraba la puerta con el pie.

—No está cerrada con llave —logró decir, y sintió que su piel ansiaba que la tocaran aquellas manos grandes y ásperas.

—Lo sé. —Bobby la llevó a la cama y a continuación se quitó la chaqueta del esmoquin y la camisa blanca. Jane lo miró boquiabierta. El rostro de Bobby permanecía en sombras, pero su pecho, aquel pecho moreno y musculoso, parecía recorrido por los dedos ávidos y desnudos de la luna.

Cuando él bajó la cabeza, Jane sonrió.

—Esto va a ser mucho mejor que una cerveza, te lo aseguro.

—Más nos vale —dijo Bobby con una sonrisa perezosa, aunque los músculos de sus brazos parecían tensos como cuerdas tendidas.

—Avísame…

—Voy a guiar cada uno de tus pasos, cariño.

Bobby se echó sobre ella en cuestión de segundos y la besó. Pero sólo le concedió unos cuantos besos voraces antes de bajar la cabeza y buscar la vena que palpitaba en la base de su cuello. Chupó aquel lugar, pasando la lengua por el músculo, y Jane inhaló entre dientes y hundió los dedos en su pelo. Él siguió besando su clavícula y rozando con los dientes su delicada piel.

Un gemido ansioso escapó de su garganta cuando le bajó, el vestido. Jane no llevaba sujetador, y él agachó rápidamente la cabeza, se metió uno de sus pezones erectos en la boca y lo chupó con avidez. Jane dejó escapar un gemido de placer y le clavó las uñas en el cráneo.

Bobby chupaba y tiraba del pezón, mientras Jane se retorcía y arqueaba las caderas contra el abultamiento de su sexo duro. Bobby le quitó el vestido y lo tiró al suelo; luego volvió a apoderarse de su pecho y comenzó a trazar lentos círculos con la lengua alrededor del excitado pezón. Bajó la mano y la pasó por las costillas de Jane, bajo las cuales su corazón palpitaba con violencia, para deslizaría luego por su vientre plano y por debajo del elástico de su bragas. Hacía mucho tiempo, más de dos años, que a Jane no la tocaba así ningún hombre. Casi había olvidado lo que se sentía.

Aunque, de todas formas, no estaba segura de que antes la hubieran tocado de verdad. Bobby Callahan era un experto. Poseía una habilidad y una energía erótica que Jane nunca había experimentado. Sus emociones parecían crudas y descarnadas

mientras devoraba su cuerpo como si quisiera comérsela por entero. Besaba su mandíbula y su cuello al tiempo que su mano se movía sobre los rizos de su pubis y su dedo índice se introducía en la húmeda hendidura que se escondía bajo ellos.

A Jane se le erizó la piel, y el vientre comenzó a palpitarle, expectante. Levantó las caderas, urgiéndole a usar las manos, la boca, cualquier cosa. Quería que se tendiera sobre ella, que le abriera los muslos por completo. Quería sentirlo dentro de ella.

Pero él tenía otros planes.

Se echó a reír suavemente, encontró el botoncillo hinchado oculto entre los pliegues de su sexo y comenzó a frotarlo suavemente entre el índice y el pulgar.

—Ah… por favor… —jadeó Jane, tensando frenéticamente caderas y piernas, al borde del orgasmo.

Levantó las caderas una y otra vez mientras él le lamía el lóbulo de la oreja y frotaba hábilmente el botón en lo palpitante y ultrasensible. La respiración de Jane se hizo entrecortada y, sintiendo su ansiedad, Bobby la penetró con dos dedos.

Jane contuvo el aliento y se cerró alrededor de los dedos masculinos. Sus nalgas se apretaron y una corriente eléctrica la recorrió por entero, cada vez más rápida e intensa, hasta que dejó escapar un gemido y hundió las uñas en el pecho de Bobby.

Su clímax se suavizó sólo un poco mientras Bobby se quitaba los pantalones y se ponía un preservativo. Sin perder un instante, buscó su boca y la agarró con fuerza de las muñecas, levantándole los brazos por encima de la cabeza. De una sola acometida, Bobby la penetró. Su miembro era muy grande, pero los músculos de Jane se ciñeron a su alrededor y lo envolvieron por completo.

No siguieron lentos empellones, ni besos, ni susurros. Bobby estaba muy excitado, listo para alcanzar el orgasmo, y Jane quería oír cómo llegaba. Le rodeó la cintura con las piernas y se arqueó para salir al encuentro de sus embestidas tan fuertes que tocaban un lugar desconocido de sus entrañas. Era delicioso. Jane se mordió el labio. Notó un sabor a sangre, pero no le dio importancia. Bobby se movía con fuerza y ella se hallaba de nuevo al borde del clímax. Bajó las piernas y apretó los muslos todo lo que pudo para ceñir el pene de Bobby lo más fuertemente posible, mientras él se frotaba contra el promontorio de su sexo.

Aquello fue demasiado para los dos. Jane se corrió primero, con un orgasmo más intenso y prolongado que la primera vez, y Bobby la siguió de inmediato, frotándose furiosamente dentro del prieto guante de su cuerpo, hasta que dio un último empujón, se quedó inmóvil y dejó escapar un gruñido amortiguado junto con el cálido fluido de su orgasmo.

El sudor empapaba las sábanas y pegaba sus cuerpos mientras fuera la luna escapaba de nuevo al velo de una nube. Una luz amarilla y brillante alumbró de pronto la habitación, como si quisiera recordarles que su encuentro estaba tocando a su fin.

Bobby, sin embargo, no pareció interpretar del mismo modo el movimiento de la luna. Apretó a Jane contra sí, la abrazó con fuerza y depositó un beso suave sobre su frente.

Ella apoyó la mejilla sobre su pecho y sintió el latido de su corazón.

—Seguramente deberíamos levantarnos, vestirnos y volver a la fiesta —susurró mientras el vello del pecho de Bobby le hacía cosquillas en la mejilla.

—Seguramente —dijo él.

Pero eso fue todo lo que dijo. Pasaron los minutos y su respiración fue haciéndose cada vez más pausada. Se había entregado al sueño, y por un instante Jane deseó poder hacer lo mismo. Despertar a Bobby y quizá hacer el amor por segunda vez antes de que aquella loca fantasía acabara. Pero entonces la realidad comenzó a pincharla insidiosamente. Había deseado acercarse a aquel hombre, sentir su energía, su dolor, su boca, y eso había hecho. Pero ahora tenía que levantarse, sacudirse los jirones de vergüenza que sentía por haberse entregado a aquella aventura, y marchase.

Su respiración era agitada. Se apartó del calor de Bobby y se sentó. Sólo tardó unos instantes en volver a ponerse las bragas y el vestido, que estaba arrugado, en el suelo. Luego volvió a mirar a Bobby Callahan. Estaba muy guapo, bañado por la luz de la luna, con el cuerpo fornido y moreno envuelto entre las sábanas.

Un recuerdo la asaltó de pronto, produciéndole un estremecimiento: las manos grandes y largas de Bobby explorando provocativamente su cuerpo.

Estuvo a punto de dejar a un lado el sentido común y de volver

a meterse en la cama con él. Pero en lugar de hacerlo, tapó delicadamente a Bobby con una manta, recogió sus zapatos de tacón y salió de la habitación sin hacer ruido.

Capítulo 2

Era una bestia briosa y salvaje, pero su elegancia y su belleza hacían que los músculos de Bobby se tensaran y que su pulso se acelerara.

El sol, de un naranja ardiente, empezaba a hundirse en el horizonte cuando Bobby hincó los tacones de las botas en el polvo y se detuvo. La yegua gris oscura que trotaba a su lado se paró al instante, bufó y golpeó la tierra con uno de sus cascos. Domar a un caballo de dos años podía ser muy aburrido; a menudo tenían que transcurrir semanas de entrenamiento en el corral antes de que se pudiera pensarse siquiera en montarlo; e incluso entonces la cosa no era muy emocionante. Apenas había zarandeos, y rara vez el caballo te tiraba al suelo.

Pero aquella señorita, pensó Bobby mientras le lanzaba a la yegua una mirada de admiración, era espectacular. Los ojos del animal se movían con rapidez, llenos de expectación, como si ansiara que Bobby desafiara a su instinto.

Bobby estiró un brazo y clavó un dedo en el hombro de la yegua y luego en sus costillas y su cadera. Sonrió al ver que el animal comprendía al instante que debía apartarse tranquilamente de aquella presión. No pasaba un solo día sin que Bobby entrenara o domara a los caballos de otros. Era así como se ganaba la vida, como mantenía en marcha el rancho para que siguieran llegando los niños. Sí, las donaciones privadas eran sustanciosas, pero también eran escasas y espaciadas en el tiempo.

Bobby aflojó el bocado. Aquella yegua era de Charlie Docks, un

anciano encantador que tenía una casa justo al norte de Paradise, y al que Bobby había recurrido en busca de ayuda y apoyo cuando murió su padre, años atrás. Pero Bobby no iba a hacerse rico domando a la yegua de Charlie. Éste no tenía mucho dinero, pero a cambio de sus servicios le había ofrecido a Bobby un jamelgo viejo, dócil y simpático para que lo usaran los niños.

—¿Es la de Charlie?

Bobby levantó la mirada y se echó el Stetson hacia atrás.

—Sí.

De pie junto a la puerta del corral, con el pie apoyado sobre un travesaño de hierro, estaba Abel Garret. El capataz del rancho KC era casi tan grandullón como Bobby, pero parecía mucho mayor; tenía el pelo corto y rubio, algo encanecido, los ojos de un verde pálido y el rostro curtido por el tiempo. Abel nunca le había dicho a Bobby su edad exacta, pero Bobby adivinaba que superaba ya con creces los cincuenta. El caso era que cuando quería se comportaba como un oso, y eso a veces le hacía parecer mayor. Los trabajadores del rancho lo consideraban un ogro. Claro, que tal vez se comportaba así porque su mujer se había largado con otro.

—Es muy bonita —comentó Abel.

Bobby comenzó sacudir suavemente el cojinete polvoriento de la silla contra el flanco del animal.

—Sí. Y más lista que el hambre.

Abel levantó una ceja.

—Te van a pagar por esto, ¿no?

—Podría decirse así.

Abel se echó a reír, se quitó el Stetson y se pasó una mano por el pelo.

—¿Un par de pollos y una manta?

—Vamos, hombre. Charlie no tiene nada más que una buena mujer y diez cabezas de ganado. Necesita un caballo decente.

—Sí, claro. Pero nosotros no tenemos mucho más que él.

—Nosotros tenemos treinta y dos cabezas —le dijo a Abel con una fácil sonrisa—. Y tú para mí eres mucho más que una buena esposa.

Abel frunció el ceño.

—Cierra el pico, ¿quieres?

Bobby se echó a reír y dijo:

—¿Sabes que estás hablando con tu jefe?

—Sí, lo sé.

Bobby siguió sacudiendo suavemente el cojinete contra las ancas musculosas de la yegua.

—Janice Young va a pasarse hoy por aquí.

—¿Quién?

—Esa mujer a la que conocí en la fiesta benéfica de los Turnbolt la semana pasada —un arrebato de calor atravesó a Bobby al recordar la fiesta. Pero aquel arrebato no tenía nada que ver con Janice Young. Esa noche, sólo se había fijado en una mujer. En una mujer con ojos verdes y soñadores, el pelo suelto y las piernas tan largas que habría jurado que podían darle la vuelta dos veces. Una mujer que se había apoderado de su cuerpo y de su mente durante las siete noches anteriores. Demonios, apenas se tumbaba en la cama por las noches cuando lo asaltaba su recuerdo y empezaba a sudar y a excitarse.

—Ya —dijo Abel, al que el sol del ocaso todavía daba con fuerza —. Se me olvidó preguntarte por ese sarao. ¿Cómo fue?

—Bastante aburrido. —Bobby jamás hablaba de mujeres, ni siquiera con Abel.

—¿Y para qué va a venir esa mujer?

—El bufete de abogados de su marido va a donar diez de los grandes al rancho.

—Pues nos vendrán muy bien —masculló Abel, y luego se detuvo y miró a Bobby con expresión divertida—. ¿Quiere algo a cambio?

Bobby espantó una mosca.

—Tiene casi setenta años, Abel.

—No importa. Cada vez que vuelves de una de esas fiestas, el teléfono no para de sonar. Y siempre me toca a mí hablar con esas pobres mujeres enfermas de amor y hacerles comprender que no estás en casa —sacudió la cabeza y se mordió el labio—. No soy tu maldita secretaria, Callahan. No firmé un contrato para eso.

—Nadie te ha pedido que hables con ellas, Abel. Diles que vuelvan a llamar.

Abel masculló algo ininteligible, se quitó el Stetson y lo sacudió contra los pantalones.

Bobby se quedó mirándolo.

—Es una suerte que llame toda esa gente, y es una suerte conseguir fondos. Son para los niños, no lo olvides.

Abel miró a Bobby como si le hubiera dado un puñetazo.

—Yo jamás olvidaría eso y tú lo sabes.

Bobby tiró el cojinete al suelo.

—Sí, lo sé.

El recuerdo de Kimmy, de su hermoso y ancho rostro, su enorme sonrisa, sus ojos azules y sus maneras de mandona, golpeó a Bobby con fuerza y le dejó sin aliento.

Abel se aclaró la garganta y se apartó de la puerta de hierro.

—Me vendría bien una cerveza. ¿Y a ti?

Bobby asintió escuetamente con la cabeza y masculló:

—Sí.

Los dos hombres echaron a andar hacia la casa principal. El paso de ambos era igual de largo y decidido.

—Tienes otra a la vuelta de la esquina, ¿no? —preguntó Abel.

—¿Otra qué? —dijo Bobby.

—Otra fiesta benéfica de ésas.

—Sí, el viernes por la noche.

Bobby estaba sucio y cubierto de polvo. No estaba muy presentable, como la mayoría de los días, pero quería ver de nuevo a aquella mujer, allí mismo, en ese preciso instante. Se preguntaba si ella también asistiría a la fiesta del viernes. Quería ver si era real, si aquellos ojos verde esmeralda brillaban de nuevo, volviéndose algo grisáceos, cuando la besara. Ansiaba saborearla otra vez, hacer con ella las cosas con las que soñaba desde el instante en que, durante la fiesta de los Turnbolt, se había despertado en una cama vacía.

Soltó un soplido e hizo girar los ojos cuando entraron en la casa y se dirigieron hacia la cocina. Se estaba comportando como un imbécil, alimentando aquellas fantasías. Le gustaban las mujeres, le gustaba llevárselas a la cama, y aquella noche en casa de los Turnbolt no tenía por qué haber sido distinta.

Pero lo era.

Sacó dos cervezas frías del frigorífico. Casi siempre le bastaba con una noche de sexo placentero. Pero Jane Hefner le había vuelto loco, y quería verla otra vez. No sólo porque quisiera tocarla, sino porque quería saber por qué demonios lo había dejado plantado.

Aquella pregunta le reconcomía sin cesar.

—¿Es una cena o un baile? —dijo Abel antes de beber un trago de su cerveza.

Bobby esbozó una sonrisa y se recostó contra la encimera.

—Una barbacoa, en realidad.

Abel soltó un bufido.

—¿Cerdo asado y osear de la como se llame?

—Yo sólo voy a promocionar el rancho.

—Sí, claro.

Bobby levantó la cerveza hacia Abel y sonrió.

—¿Te gustaría venir?

—Trabajo para ti, Bobby —contestó el capataz con lentitud y determinación—. Hasta estoy dispuesto a contestar al teléfono de vez en cuando. Pero ni loco saldría contigo.

—Nunca te había visto tan nerviosa. ¿Qué te pasa, hermanita?

El hombre que se hallaba ante Jane era alto, moreno, rico, encantador y muy guapo, aunque tenía cierto aire decadente. Tenía, además, los mismos ojos que Jane.

Sakir Al-Nayhal le ofreció a Jane la mano cuando ella salió de la limusina.

—Estoy bien, Sakir. Sólo un poco aturullada.

—¿Aturullada? —Bajo el Stetson marrón recién estrenado, las negras y pobladas cejas de Sakir se fruncieron—. ¿Qué es eso?

Rita, su mujer, se echó a reír y le dio el brazo.

—Está nerviosa, cariño.

—¿Y por qué estás nerviosa? —preguntó Sakir mientras recorrían el corto sendero que llevaba a la extensa casa del rancho de los Gregers.

Jane elevó los ojos al cielo para sus adentros. Si su hermano supiera lo que hacía que se le acelerara el pulso y la respiración… Pero, naturalmente, no lo sabía. Estaba tan ocupado con su hija recién nacida, su esposa y su trabajo, que apenas había notado que la semana pasada su hermana había asistido a una fiesta benéfica.

Jane, por su parte, no podía quitarse de la cabeza lo ocurrido en casa de los Turnbolt con Bobby Callahan. Aquellos insolentes ojos azules asaltaban sus sueños, lo mismo que la cicatriz de su labio, cuyo contorno ella había trazado con la lengua, y que su forma ávida y apasionada de hacer el amor. Por si no bastara con eso, se

distraía constantemente pensando no sólo en sus atributos físicos, sino también en cuestiones sentimentales, como, por ejemplo, si había hecho bien al marcharse sin decir palabra, y si tal vez por eso él no había intentado ponerse en contacto con ella para pedirle que volvieran a verse. Tal vez a Bobby Callahan no le había entusiasmado tanto como a ella su encuentro.

Era muy arriesgado permitir que la imaginación se desbocara, pensó cuando entraron en casa de los Gregers y se mezclaron entre un alegre gentío formado por acaudalados vaqueros y vaqueras.

El interior de la casa parecía salido de una edición de *Casa y Jardín*, edición texana. No era una casa acogedora y sencilla, como Jane se imaginaba la de Bobby Callahan en el rancho KC, sino una casona rústica y, pese a todo, elegante, con techos de vigas desnudas, suelos de reluciente tarima cubiertos de coloridas alfombras, una enorme chimenea de ladrillo y una pared de puertas correderas de cristal que permanecían abiertas para permitir que los invitados salieran al extenso jardín.

Mientras Sakir les conducía fuera, donde parecía tener lugar la verdadera fiesta, Jane miraba a su alrededor en busca del hombre más alto, fornido y *sexy* que podía haber entre los invitados. Sin duda Bobby estaría allí. La gente bien de Texas iba a todas las fiestas, ¿no? Y él era un miembro muy buscado de la alta sociedad de Dallas, a pesar de que elegía con mucho cuidado las fiestas a las que asistía. Jane sabía todo esto por lo que Mary Beth Turnbolt había dicho en su discurso, aquella noche, y por los pocos artículos que había leído en Internet sobre Bobby Callahan y su rancho.

Los nervios y la excitación habían empezado a formar pequeños tornados en su estómago cuando una voz de mujer preguntó con cierta preocupación:

—¿Jane?

Jane volvió a mirar a su familia. Rita la estaba observando con curiosidad. Y Sakir parecía estar escudriñándola. Jane les lanzó una sonrisa radiante.

—Id a divertiros. Yo voy a trabajar un rato, a ver si puedo probar la barbacoa e interrogar a los camareros.

—No queremos que te pases toda la fiesta trabajando, Jane —dijo Rita al tiempo que se alisaba la falda del vestido vaquero—. ¿Verdad, Sakir?

—Jane debe hacer lo que crea mejor, pero es un hecho que los Al-Nayhal cuando más satisfechos se sienten es cuando trabajan.

Rita levantó una ceja, divertida.

—Conque sí, ¿eh?

Sakir esbozó una lenta sonrisa.

—El trabajo me produce satisfacción —dijo, asintiendo con la cabeza—, mientras que el placer, la diversión y la felicidad los obtengo de ti, amor mío.

—Eso está mejor —dijo Rita, riendo.

Jane observó un momento a la pareja. Lo mismo que pasaba con su hermano mayor, Zayad, y con Mariah, la mejor amiga de Jane, Sakir y Rita hacían que el amor pareciera maravilloso e inofensivo. Jane los envidiaba y se preguntaba si alguna vez experimentaría aquella dicha.

—Luego nos vemos, ¿de acuerdo?

Sakir asintió con la cabeza y Rita sonrió y dijo:

—¿Quedamos para cenar junto a la pista de baile dentro de una hora?

Jane asintió con la cabeza.

—De acuerdo.

Miró a su alrededor. No vio ni rastro de Bobby Callahan, y, sintiendo una oleada de desilusión, se preguntó si haría acto de presencia. Se había vestido con gran esmero; llevaba una preciosa blusa de seda verde y había pasado veinte minutos peinándose y maquillándose.

Intentó sacudirse la melancolía que empezaba a apoderarse de ella y decidió concentrarse en el verdadero motivo de su asistencia a la fiesta de los Gregers: debía probar la comida y hablar con el personal, y quizá contratar a alguien.

A las ocho, había contratado a dos camareros y a un ayudante de cocina para la fiesta de Sakir y Rita, y había probado algunos de los bocados de barbacoa más deliciosos que había comido nunca. Se sentía muy satisfecha consigo misma y bastante preocupada cuando se dirigió a la pista de baile para encontrarse con su hermano y su cuñada; tan preocupada, de hecho, que apenas notó que alguien le ponía una mano en el hombro. Pero la voz profunda y sensual que sonó a continuación le devolvió al instante el recuerdo de una noche de pasión desenfrenada. Una de las mejores noches de su

vida.

—Estás preciosa está noche, cariño.

Jane se dio la vuelta, casi sin aliento. Bobby estaba ante ella, sonriéndole. Ella lo recorrió ávidamente con la mirada. Llevaba unas botas camperas de vestir, pero desgastadas, unos vaqueros descoloridos que se le apretaban a los muslos y, bajo una chaqueta de ante de color caramelo, una camisa azul que hacía que su pecho pareciera medir un kilómetro y que resaltaba el color de sus ojos.

Bobby se tocó el ala del Stetson color pizarra e inclinó la cabeza.

Jane se sentía nerviosa como una adolescente.

—Hola.

—¿Hola? —repitió él con una sonrisa seductora—. ¿Sólo eso?

Ella le siguió la corriente, inclinó la cabeza y dijo:

—¿Qué más quieres?

Bobby se encogió de hombros.

—¿Qué te parecen unas cuantas respuestas a unas cuantas preguntas?

—Haré lo que pueda.

—¿Te importaría decirme por qué te levantaste y me dejaste plantado la otra noche?

Aquella pregunta la dejó sin aliento, y tuvo que obligarse a sonreír.

—Vas al grano, ¿eh?

—¿Por qué no?

—Está bien —ella sacudió la cabeza—. Pensé que no sería conveniente que me pillaran cubierta sólo con una sábana en casa de…

—No estabas cubierta solo con una sábana, cariño —la interrumpió él con una sonrisa—. Te estaba rodeando con los brazos, ¿no?

Ella se echó a reír.

—¿Se me ha puesto la cara roja? Creo que sí.

—Tu cara está perfectamente. Es preciosa, de hecho.

Jane sintió una oleada de calor en el vientre, y le pareció que la habitación comenzaba a girar lentamente a su alrededor y que el ruido disminuía.

—Como te decía, no quería que me sorprendieran sólo con una sábana…, etcétera —sonrió al ver que él se reía de nuevo—. A fin

de cuentas, estábamos en una habitación extraña.

—Extraña, no —dijo Bobby—. Hal y Mary Beth son amigos míos desde hace mucho tiempo.

—Tuyos, no míos —puntualizó ella.

—Son muy amables. Te habrían acogido con los brazos abiertos.

—Habría estado bien saberlo hace nueve días.

—Diez —la rectificó él.

Jane se quedó mirando sus ojos azules y profundos y sintió una tirantez en el pecho y un hormigueo entre los muslos. Así que Bobby Callahan había pensado en ella, había contado los días, había querido verla de nuevo. Jane se aclaró la garganta.

—Entonces, ¿los Turnbolt no te preguntaron por qué te habías quedado dormido en una de sus habitaciones de invitados? ¿Y desnudo?

—Pensaron que había agarrado una cogorza.

—Ah.

—Fueron muy hospitalarios. Hubo huevos con beicon y zumo de naranja recién exprimido por la mañana.

—Eso suena muy bien —repuso Jane al tiempo que, tras ella, el líder de la banda anunciaba un baile texano en corro.

—Pues a mí me habría gustado hacer otra cosa bien distinta por la mañana —se echó a reír al ver la expresión perpleja de Jane—. Antes de que te ahuyenten mis insinuaciones y mi franqueza, baila conmigo.

—No sé bailar esto.

Bobby la tomó de la mano y la llevó hacia la pista.

—Confía en mí, Jane Hefner.

Ella le sonrió.

—Pero si apenas te conozco, Bobby Callahan.

Él sonrió.

—Pues a eso habrá que ponerle remedio, ¿no crees?

—Sí, creo que sí. —Jane no había coqueteado tan descaradamente en toda su vida. Claro, que con Bobby Callahan parecía hacerlo todo por primera vez.

Mientras daban vueltas por la pista, Bobby se movía con agilidad, lenta y provocativamente, al tiempo que permanecía pendiente de ella. En cierto momento, la música creció en intensidad y Bobby la hizo dar un lento giro y luego la atrajo hacia

sí y la abrazó.

—Bueno, tú ya sabes por qué vengo a estas fiestas.

Para promocionar mí rancho. Pero ¿qué haces tú aquí? No eres una señorita de la alta sociedad, ¿no?

—No —contestó ella, algo jadeante, al sentir su pecho pegado a sus pezones—. Soy chef.

—Vaya, una mujer que sabe cocinar —dijo él con un ligero gruñido—. Refrénate, corazón mío.

Ella hizo una mueca y dijo con burlona severidad:

—Eso suena un poco años cincuenta, Bobby.

—Llámame señor Callahan —él sonrió—. Puede que suene un poco anticuado, pero es un arte que se ha perdido.

—¿Qué exactamente? ¿Cocinar? ¿O cocinar para tu hombre?

Él le soltó la mano y se tocó el ala del sombrero.

—No me malinterpretes. Se trata de algo mutuo. Las mujeres ya no tienen tiempo de ocuparse de los hombres, y los hombres no se preocupan de complacer y cuidar a sus mujeres.

Jane abrió la boca para refutar su afirmación, pero volvió a cerrarla. Bobby tenía razón, pero ella nunca había oído a nadie decir algo así. En realidad, nunca había oído a nadie hablar como hablaba Bobby, con tanta honestidad y franqueza, y tanta sensualidad.

—Entonces, eres cocinera —dijo él mientras daban otra vuelta —. ¿Dónde trabajas?

—Veo que no has intentado averiguar cosas sobre mí, ¿eh? —preguntó ella en tono burlón. Pero en el fondo contuvo el aliento, esperando su respuesta.

—Pues sí. Pero los Turnbolt no conocían a ninguna Jane Hefner —achicó los ojos—. ¿Te colaste en la fiesta o qué?

Ella se echó a reír. No, los Turnbolt no la conocían por su apellido. Sólo la conocían como miembro de la familia Al-Nayhal y, si Bobby había intentado decirles cómo era, posiblemente tampoco la habrían reconocido, porque sólo se habían visto un instante.

—La verdad es que sabía quién era el invitado de honor, y quería echarle un vistazo costara lo que costase.

Él sonrió.

—Me siento halagado, cariño —si quería, podía decir «cariño» al final de cada frase—. Bueno —continuó, llamando de nuevo la

atención de Jane—, no me has dicho dónde trabajas para que vaya a…

—¿Raptarme? —bromeó ella.

—A probar un bocado —dijo él lentamente con los ojos entornados y una expresión ligeramente amenazadora mientras se mecían despacio al compás de la música.

Jane se sintió atravesada por una oleada de excitación, y comprendió que no podía resistirse a Bobby Callarían. Entre ellos había auténtica química, de esa de la que hablaban siempre las revistas femeninas.

—Por desgracia, no trabajo en ningún restaurante de por aquí. Estuve trabajando en California mucho tiempo, pero hace poco conocí a parte de mi familia aquí y ahora estoy organizando una especie de servicio de *catering* —sacudió la cabeza—. Es una situación muy extraña, y supongo que te aburrirá…

—Alto ahí —él entrelazó los dedos con los suyos y se acercó un poco más al tiempo que la música se detenía y las parejas comenzaban a abandonar la pista de baile—. Si algo no eres, es aburrida.

—¿Jane?

Jane oyó que la llamaban y reconoció la voz de aquel hombre, pero no logró apartarse de Bobby para mirarlo.

—Creo que hemos interrumpido algo —oyó que decía Rita en voz baja a su espalda.

—De lo cual me alegro —dijo Sakir con frialdad—. Jane…

Esta vez, Jane se dio la vuelta y vio que su hermano y su cuñada estaban allí parados, sonriendo con expresión de disculpa. Rita tenía los ojos brillantes y parecía llena de curiosidad. Sakir, por su parte, parecía irritado.

Jane, que no sabía qué le pasaba a su hermano, se apresuró a hacer las presentaciones.

—Sakir, Rita, quiero presentaros a…

Sakir la interrumpió.

—Ya nos conocemos.

—Ah, —dijo Rita, confundida.

—Por desgracia —masculló Bobby.

Jane se volvió para mirar a Bobby Callahan. Pero el hombre encantador, divertido y sensual con el que acababa de bailar había

desaparecido y en su lugar había una estatua de piedra en cuya frente palpitaba una vena hinchada.

—¿Qué ocurre? —le susurró.

Bobby hizo como que no la había oído y miró con fijeza a Sakir, con los ojos entornados, como un halcón.

—¿Es posible que nos comportemos como caballeros civilizados por una noche, Callahan? —preguntó Sakir en tono gélido al tiempo que le tendía la mano.

Bobby achicó los ojos y clavó su mirada en él.

—Se helará el infierno antes de que yo le dé la mano al hombre que robó las tierras de mi familia y contribuyó a llevar a mi padre a la tumba.

Capítulo 3

Habían transcurrido casi ocho años desde la muerte de su padre y, pese a todo, la ira que ardía en la sangre de Bobby era más intensa y explosiva que nunca.

No apartó la mirada de Sakir Al-Nayhal mientras se miraban con expresión desafiante, sin mover un músculo. La fiesta continuaba a su alrededor. Los invitados comían y bebían, las mujeres coqueteaban con los hombres y los anfitriones daban su enésima vuelta de la noche.

Jane tiró de la mano de Bobby y preguntó, preocupada:

—¿Se puede saber qué pasa?

Bobby señaló con la cabeza a Sakir y masculló:

—Este hombre, este amigo tuyo, es un ladrón y un mentiroso.

—¿Qué? —dijo Jane, atónita—. ¿De qué estás hablando?

—Un ladrón rico y poderoso, pero un ladrón.

—Tenga cuidado con lo que dice, Callahan —le advirtió Sakir con una expresión de desagrado.

—Sakir —dijo Rita, preocupada—, tal vez debamos discutir esto en otro lugar. No parece el sitio más indicado para…

—¿Discutir qué? —preguntó Jane, mirando esta vez a Sakir.

—Está enfadado porque su padre perdió las tierras de su familia —le explicó Sakir.

—Mi padre no perdió nada —gruñó Bobby con aspereza, sin importarle quién pudiera oírlo—. Usted se empeñó en destruirle, y lo consiguió.

—¿Destruirle? —repitió Sakir con un bufido, como si aquélla

fuera la idea más ridícula del mundo.

—¿Cuántas veces le propuso a mi padre que vendiera sus tierras, Al-Nayhal?

—No pienso pasar otra vez por esto…

—¿Cuántas? ¿Cinco, seis?

—¿De qué está hablando, Sakir? —preguntó Jane, alarmada.

Sakir exhaló un suspiro exasperado.

—Cuando llegué a Texas, quise comprar algunas tierras. La industria petrolera estaba en declive. Las tierras de los Callahan iban a salir a subasta y necesitaban una regeneración ambiental que yo podía acometer, así que las compré.

Bobby soltó un bufido lleno de amargura.

—Cuenta tan bien esa historia que cualquiera diría que se la cree —bajó la voz y añadió entre dientes—. La verdad es que mi padre no quiso venderle sus tierras y que usted se propuso conseguirlas a toda costa.

—Rita tiene razón —dijo Jane al ver que algunos invitados empezaban a mirarlos con curiosidad—. Tal vez deberíamos continuar dentro esta conversación.

—O, mejor aún, posponerla indefinidamente —sugirió Sakir con crispación—. Cada vez me resulta más pesada.

Bobby se volvió al fin para mirar a Jane, que parecía nerviosa y confundida.

—¿De qué conoces a este tipo? —preguntó si importarle que ella hubiera retrocedido unos centímetros.

Jane no contestó de inmediato. Miró a Bobby y luego a Sakir, y viceversa.

—Es mi hermana —contestó Sakir en su lugar.

—¿Qué? —Bobby sintió una lenta depresión en el estómago.

Sakir levantó la barbilla.

—Es una Al-Nayhal.

—Ya te he dicho que tenía familia aquí —dijo Jane lentamente, con los ojos verdes, tan parecidos a los de su hermano, llenos de preocupación.

Pero Bobby no estaba de humor para ofrecerle consuelo.

—También dijiste que te llamabas Hefner.

—Y así es. Sakir es mi medio hermano. No me enteré de que existía hasta hace un par de meses.

Bobby soltó un bufido desdeñoso.

—Pues te compadezco.

—Le advierto de nuevo que tenga cuidado, Callahan —dijo Sakir en voz baja y amenazadora.

—¿O qué? —Le espetó Bobby—. ¿Intentará quitarme las cochinas diez hectáreas que me quedan de las tierras de mi padre? Ni lo sueñe. Le he pagado hasta el último centavo, incluyendo los intereses.

Sakir asintió con la cabeza.

—Así es —rodeó los hombros de su mujer con el brazo—. Comprenda, señor Callahan, que, al igual que a usted, a mí me preocupa el bienestar de mi familia.

Bobby sintió que dentro de su pecho se agitaba una ira cegadora. Miró con nuevos ojos a Jane, aquella mujer hermosa y seductora que había esclavizado su imaginación y su cuerpo, que le había hecho sentirse vivo por primera desde hacía un mes. ¿Sería posible que todo aquello no fuera más que un juego para ella? ¿Conocía de antes su disputa con los Al-Nayhal?

—Jane forma parte de mi familia —prosiguió Sakir en el mismo tono que había usado durante los ocho años anteriores para decirle a Bobby que jamás le devolvería las tierras de los Callahan—. Le ruego que no lo olvide.

* * *

-Créame, no lo olvidaré —replicó Bobby sin emoción alguna antes de dar media vuelta y alejarse.

Un momento después, cuando Jane se sentó junto a Rita a una mesa cercana, se sentía como si la hubieran arrojado en medio de un torbellino de emociones. Bobby se había ido en una dirección y, cuando Jane había intentado hablar con Sakir, su hermano había tirado en dirección contraria, dejándola con apenas unos fragmentos de una historia desgastada por el tiempo, cruel y perversa. El hombre al que ansiaba conocer parecía estar a un lado, y su hermano recién encontrado, al otro.

El calor seco de las barbacoas, que parecía atravesarla y moverse a su alrededor, la hacía sentirse cansada y jadeante. ¿Qué podía

hacer? ¿Intentar conocer las dos versiones de aquella historia? ¿O abandonar una posible relación, algo que parecía auténtico y que tal vez pudiera ser suyo? Porque su nueva vida, una vida a la que no se había acostumbrado aún y que en ningún modo había abrazado todavía, parecía haber teñido de pronto su relación con Bobby.

—Lamento mucho todo esto, Jane. —Rita se acercó y forzó una sonrisa nerviosa.

—¿Qué es lo que ha pasado? —preguntó Jane.

Rita hizo una mueca.

—Sakir ya está acostumbrado. Yo sólo conozco a Bobby de oídas, pero su reputación es muy distinta a la imagen del vaquero encantador del que he oído hablar a las mujeres del pueblo.

Muy distinta a la del hombre con el que Jane había hecho el amor diez días atrás y con el que había coqueteado esa noche.

—¿Sabes qué pasó en realidad con las tierras de su padre?

—Sakir sólo me habló de ello una vez. Por lo visto, el padre de Bobby hizo un mal trato con una compañía petrolera de poco fiar. Nunca le pagaron, y gran parte de las tierras quedaron arruinadas por culpa de las malas prospecciones petroleras que hicieron. Poco después, el banco embargó la finca y la sacó a subasta. Sakir acababa de establecerse aquí. Quería comprar algunas tierras para criar ganado. Pero creo que no hubo nada sospechoso en la compra.

—Bobby ha acusado a Sakir de llevar a su padre a la tumba. ¿Qué quería decir con eso?

Rita pareció dolida.

—El padre de Bobby falleció unos meses después de que se vendieran las tierras.

—Oh, Dios. —Jane apenas podía concebir todo aquello. Bobby había perdido sus tierras y luego a su padre. Había tenido que ocuparse sólo de su hermana. ¿No tenía acaso derecho a estar resentido?

Pero ¿no iría desencaminada su ira?

Ella no lo sabía.

—Bobby ha dicho también algo de diez hectáreas de terreno —dijo Jane.

Rita asintió.

—Sakir volvió a venderle algunas tierras y la casa en la que

había crecido.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—¿Y por qué no le vendió toda la finca, si Bobby podía comprarla? —preguntó Jane, tanto para sí misma como para Rita.

Su cuñada sacudió la cabeza y se puso a juguetear con el tenedor de plata.

—La verdad es que no lo sé. Sakir no quiere hablar de eso, y yo prefiero no insistir. Es un asunto delicado.

—Para los dos —el calor de las barbacoas era ahora casi desagradable—. ¿Por qué no quiere hablar conmigo Sakir?

—No le gusta que pongan en duda su honor.

Jane dejó escapar un suspiro. Sakir era igual que su hermano mayor, Zayad, el sultán de Emand. Los dos se tomaban muy en serio los negocios. Pero eran hombres honorables y bondadosos. Jane no lograba imaginarse a Sakir haciendo algo deshonesto.

—Por cierto —dijo Rita con serena familiaridad—, ¿cómo es que conoces a Bobby Callahan? No le has conocido esta noche, ¿verdad? Parecíais muy… amigos.

—Nos conocimos en la fiesta de los Tunrbolt.

—¿Y?

—¿Y qué?

Rita esbozó una sonrisa sagaz.

Jane se echó a reír con escasa convicción y sacudió la cabeza.

—Se te da muy bien esto.

Rita se inclinó hacia ella y susurró:

—Tengo una hermana, Ava. Ella tampoco puede ocultarme nada.

Jane miró hacia la multitud, intentando localizar a Bobby Callahan, pero no lo vio por ninguna parte. Seguramente se había marchado ya. Cuando volvió a encontrarse con la mirada de Rita, Jane la observó un momento.

—¿Hasta qué punto somos amigas?

Una cálida sonrisa tocó los labios de Rita.

—Bueno, yo diría que ahora somos como hermanas.

Jane asintió con la cabeza y a continuación dijo bajando la voz:

—Bobby yo estuvimos juntos en la fiesta de los Turnbolt.

—¿Juntos? —repitió Rita. Jane levanto las cejas—. ¡Ah! —

exclamó Rita, sorprendida.

—Fue una noche asombrosa, maravillosa… —Apoyó la cabeza en las manos y dejó escapar un suspiro.

—Entiendo —dijo Rita calurosamente.

—Sakir no debe enterarse —dijo Jane, muy seria.

—Sakir no tiene por qué enterarse —le aseguró Rita—. Es asunto tuyo.

Jane levantó la mirada y exhaló un suspiro mientras trazaba con el dedo el borde del plato de porcelana que tenía ante ella.

—En fin, creo que cualquier oportunidad de que entre nosotros hubiera una relación ha sido…

—¿Arrojada por la ventana? —dijo Rita.

Jane, que se sentía abrumada por la tristeza, sacudió la cabeza.

—Más bien, catapultada.

Podía ir al infierno por pensar así.

Pero, mientras recorría sus tierras a galope tendido, Bobby Callahan se sentía poseído por una determinación llena de insolencia.

Por fin se vengaría de Sakir Al-Nayhal. Por fin podría honrar la memoria de su padre.

En su lecho de muerte, Josiah Callahan le había pedido dos cosas a su hijo: que cuidara de su hermana, Kimmy, y que se vengara del hombre que les había robado tantas cosas. Bobby habría hecho cualquier cosa por su padre, por aquel hombre que se había sentido honrado por ser el padre de una joven discapacitada, y que consideraba su vida la más fácil y satisfactoria que podía tener un hombre.

La parte de Bobby que se sentía furiosa con su padre por haberse dado por vencido y haberles dejado solos a Kimmy y a él permanecería para siempre enterrada en su corazón.

Tiro de las riendas y su caballo se detuvo a unos palmos de la linde que había memorizado durante años. La linde que separaba sus tierras de las que Sakir Al-Nayhal les había robado. Durante los tres años posteriores a la muerte de su padre, Bobby se había sentado muchas veces en aquella línea imaginaria, con el culo en tierra y el corazón y el alma destrozados. Había imaginado toda clase de formas de cobrarse venganza. Había fantaseado con la posibilidad de tornarse la revancha, de hacerle pagar a Sakir Al-

Nayhal hasta que se diera cuenta de lo que era el verdadero sufrimiento.

El recuerdo de la mujer que se hacía llamar Jane Hefner asaltó su mente acompañada por una punzada de deseo. Ignoraba si le había mentido o no, si sabía quién era desde el principio y había estado jugando con él. A fin de cuentas, creía capaces de cualquier cosa a los miembros de aquella familia.

Pero ya casi no le importaba.

Jane Hefner Al-Nayhal era la respuesta a una búsqueda que duraba ya ocho años. Bobby sabía que a ella le gustaba, y estaba decidido a que se enamorara de él desesperadamente para luego arrojarla en brazos de su hermano, rechazada y hecha trizas. Así su hermano sentiría en carne propia lo que era ver derrumbarse a alguien a quien se quiere.

Sakir Al-Nayhal había destruido a su familia.

Ahora, Bobby iba a destruir a la de Al-Nayhal.

Capítulo 4

La noche anterior, Jane no había probado ni una gota de alcohol. Y, sin embargo, le parecía tener la peor resaca de su vida.

¿Era posible emborracharse de confusión y desesperanza?

Se tumbó de espaldas y se quedó mirando el sol que entraba en su habitación con feroz intensidad. Como un foco, pensó con amargura. Había llegado a Texas con la esperanza de aclarar su futuro, pero once días antes su camino había quedado truncado por una barrera con la forma de un vaquero de metro noventa de altura. Lo cierto era que todavía se sentía atraída por él. Todavía le gustaba mucho, a pesar de la disputa que lo enfrentaba con su hermano. Pero, si seguía el dictado de sus deseos y hacía caso omiso de lo que había oído y visto la noche anterior, ¿acabarían rechazándola tanto Bobby como su hermano?

Cerró los ojos y suspiró. Llegada a ese punto, se dio cuenta de que no podía decidir qué rechazo le dolería más.

Una suave llamada a la puerta la sacó de sus cavilaciones. Apartó el cobertor y se levantó con esfuerzo de la cama.

—Adelante —dijo.

El ama de llaves de Sakir y Rita, una mujer de aspecto muy serio que rondaba los cincuenta años, entró en la habitación con su cofia y su uniforme perfectamente almidonado, a pesar de que eran sólo las ocho de la mañana.

—Buenos días, señorita Al-Nayhal —dijo con una un inclinación de cabeza.

Jane le sonrió mientras recogía su bata.

—Buenos días, Marian. ¿Le importaría llamarme Jane?
—A Su Alteza no le gustaría.
Jane se ató el cinturón de la bata con más fuerza de la necesaria.
—No hay por qué decírselo.
La mujer frunció el ceño e ignoró su comentario.
—Tiene una llamada, señorita.
Jane giró la cabeza y posó la mirada en la mesilla de noche, donde esperaba ver un teléfono. Pero, cosa rara, no había ninguno. No lo había notado hasta entonces, y le pareció extraño que en una casa tan enorme las habitaciones de invitados no estuvieran equipadas con teléfono.
Marian, que pareció adivinar lo que estaba pensando, dijo con sencillez:
—La señora Al-Nayhal no ha tenido tiempo aún de instalar teléfonos en todas las habitaciones.
—Claro —dijo Jane, azorada, y hundió los dedos de los pies en la mullida alfombra de color crema—. Con el bebé y todo eso…
Marian no dijo ni sí ni no. Se limitó a tenderle el teléfono inalámbrico a Jane, quien lo agarró y dijo rápidamente:
—Gracias.
Marian asintió con la cabeza, giró sobre sus zapatos perfectamente enlustrados y salió de la habitación.
Preguntándose si quien la llamaba seguiría aún esperando, Jane se llevó el teléfono al oído y dijo:
—¿Diga?
—La fiesta de anoche fue fabulosa, ¿no crees?
El corazón se le cayó al estómago, y se sintió sonreír de oreja a oreja, llena de alegría. El timbre rudo de la voz de Bobby, matizado por su lánguido encanto, la hizo sonreír y recordar su primera noche juntos.
—¿Fabulosa? —Repitió con un deje de sarcasmo—. Supongo que sí. Si te gustan las barbacoas con una pizca de hostilidad.
A la risa de Bobby le faltaba alegría.
—Sí, bueno, creo que llevamos las cosas demasiado lejos.
—¿Te refieres a Sakir y a ti?
Él se detuvo y exhaló un suspiro.
—Eso ya es agua pasada.
—¿Ah, sí? —preguntó ella con voz débil. El modo en que Bobby

había mirado a Sakir la noche anterior sugería lo contrario.

—No queda más remedio. Los dos tenemos que superar todo ese rollo. —Jane le oyó prácticamente encogerse de hombros—. Yo, por lo menos.

No es que Jane no quisiera que Bobby se mostrara tan magnánimo, pero no podía evitar preguntarse cómo era posible que, tras el odio del que había dado muestras la noche anterior, pudiera haber cambiado tanto.

—¿Por qué has cambiado de opinión?

—Esa disputa empezaba a convertirse en un estorbo para algo muy importante.

—¿Qué?

—Mi idea de pedirte que saliéramos juntos.

Jane sonrió alegremente y se pegó más el teléfono a la oreja. Le gustaba aquella respuesta.

—¿Te parecería muy desesperada si dijera que me alegra mucho que hayas llamado?

El se echó a reír con ganas.

—No, cariño. Me parecerías sincera.

—La sinceridad está muy bien —aquella sencilla frase era una especie de mantra para Jane desde que podía recordar. Ya de niña, su madre le había inculcado la creencia de que la honestidad era imprescindible para vivir. Con sufrimiento o sin él. Resultaba irónico que su madre hubiera guardado en secreto tanto tiempo quién era el padre de Jane.

—¿Te recojo dentro de una hora?

La pregunta de Bobby la devolvió al presente.

—Lo siento, ¿qué? —masculló rápidamente.

—He dicho que si me paso a recogerte dentro de una hora —repitió él.

Ella miró su reloj y luego su bata.

—Sólo son las ocho.

—Está bien —dijo él con burlona exasperación—. Dentro de dos horas.

—Qué mandón —repuso ella alegremente—. ¿Vas a decirme también qué quieres que me ponga?

—Me gustaría —contestó él con un áspero susurro—, pero si me hicieras caso te detendrían en cuanto salieras de casa.

Ella se echó a reír.

—Elegante pero informal, entonces.

—De acuerdo —masculló él con desgana.

—¿De veras vamos a hacer esto, Bobby? ¿De veras vamos a salir después de…? Bueno, después de lo de la semana pasada.

—Claro que sí. Y vamos a hacerlo como es debido.

—¿Como es debido?

—Nos daremos la mano y luego puede que un besito o dos. Esta vez, vamos a tomárnoslo con calma.

Jane sintió un cosquilleo en la tripa y se inclinó un poco más sobre el teléfono, hasta que sus labios rozaron el micrófono.

—¿Como si fuéramos novios?

—Exacto, aunque no pienso pedirle permiso a tu hermano.

—No —aquel comentario fue un leve jarro de agua fría sobre la ensoñación romántica de Jane, pero logró sacudirse aquella sensación.

—¿Nos vemos dentro de una hora?

—Pensaba que habías dicho dos.

—No quiero esperar tanto. ¿Y tú?

—No —la excitación que corría por su sangre se mezclaba de manera irritante con el recelo, con sus razonamientos y con su ciega esperanza de que Bobby fuera de fiar.

—Adiós, cariño.

—Adiós.

Al colgar el teléfono, Jane se quitó la bata y se dirigió al cuarto de baño, preguntándose qué la esperaba abajo. Se preguntaba si su hermano le montaría una escena cuando descubriera lo que se disponía a hacer.

Pero en cuanto se metió bajo la ducha caliente, dejó que su mente vagara hacia cuestiones más placenteras, como las delicias que la aguardaban en su primera cita con Bobby Callahan.

Cuarenta minutos después, en la biblioteca de Sakir, una habitación de ambiente muy masculino, decorada con sofás de cuero marrón y paneles de caoba, Jane obtuvo la respuesta a su primera pregunta.

Su hermano no le montó una escena, pero le mostró un profundo desagrado.

—Te está utilizando, Jane.

Vestido con un kaftán blanco y sentado tras su escritorio, Sakir parecía impenetrable.

Jane se hallaba ante él, vestida con una sudadera verde pálido, vaqueros blancos y una expresión decidida en el mentón.

—Yo no lo creo, Sakir, pero, aunque fuera cierto, soy yo quien debe decidir.

—Rita me ha dicho que te ha contado lo que pasa entre Bobby Callahan y yo.

—Sí.

—Ese hombre sería capaz de hacer cualquier cosa para vengarse de mí. Incluso herir a los miembros de mi familia. Estoy seguro —se inclinó hacia delante y levantó las cejas—. Hasta ese punto me desprecia.

—¿Tiene motivos para ello? —preguntó Jane sin pensárselo dos veces, y se apresuró a añadir—. En el poco tiempo que hace que te conozco, he visto a un gran hombre; un hombre honorable y cariñoso. Pero todos hacemos cosas que permanecen en las sombras. ¿Es ese trato con el padre de Bobby Callahan una de ellas?

Sakir apretó los labios y dijo:

—¿Te atreves a hacerle esa pregunta a tu hermano?

—Sólo quiero saber la verdad, nada más. —Jane suspiró, se sentó en una silla, frente a él, y puso una mano sobre la suya—. Ya soy mayor, Sakir. Puedo asumir la verdad. Sea cual sea.

La mirada de su hermano se suavizó un poco.

—De mí siempre tendrás la verdad. Te lo aseguro.

Ella le ofreció una suave sonrisa.

—Gracias.

Él asintió con la cabeza y luego exhaló un profundo suspiro.

—No hubo malicia alguna en la compra de las tierras de Bobby Callahan. Cuando la compañía petrolera se fue, la finca estaba en muy mal estado. Habían perforado el suelo y vertido petróleo por todas partes. Era una pesadilla. El viejo Callahan no podía ocuparse de la finca, ni regenerar las tierras, y el banco iba a embargarle. Si no hubiera comprado yo las tierras, las habría comprado otro. Y estoy seguro de que ese posible comprador no hubiera sido tan generoso como fui yo al final.

—¿Te refieres a que permitiste que Bobby volviera a comprar unas cuantas hectáreas?

—Exacto. Lamento la muerte de su padre, pero hace mal en dirigir su ira contra mí. Y su cabezonería y su rabia le hacen peligroso.

—Eso es ridículo —replicó Jane, aunque en el fondo no pudo evitar preguntarse si su hermano tenía razón. Se le tensó el estómago, y aquello la irritó profundamente.

—Ya lo viste anoche —continuó Sakir—. Se comportó como un loco.

—Estaba enfadado, y está claro que te guarda rencor. Pero loco… No, no está loco.

—No voy a permitir que te expongas así, Jane.

Jane apartó la mano de la de su hermano y se echó a reír.

—¿Que no vas a permitirlo?

Hacía por lo menos diez años que nadie le decía algo parecido, e incluso entonces se había rebelado contra aquella clase de expresiones. Viniendo de un hombre, una orden de esa índole le hacía hervir la sangre. A fin de cuentas, no tenía padre, ni figura masculina alguna que fuera para ella un referente de autoridad, y ya no buscaba ni una cosa ni la otra.

Sakir se recostó en la silla y la miró fijamente.

—Debes entenderlo. Eres una Al-Nayhal. Eres mi hermana y yo… —se interrumpió, azorado, pero continuó—. Te he tomado mucho cariño.

Una sonrisa sagaz curvó la comisura de la boca de Jane. Estaba claro que a ella le resultaba más fácil que a Sakir demostrar sus emociones.

—Yo también te quiero, hermanito.

—No quiero que te hagan daño. ¿Es que no lo entiendes?

—Claro que sí.

—Entonces, acepta mi decisión.

—No —no estaba dispuesta a hacer el papel de hermanita pequeña, fuera lo que fuese lo que pensaba Sakir acerca de los motivos de Bobby para pedirle que salieran juntos.

—Eres tan terca como mi mujer —gruñó él.

Jane se echó a reír y se levantó.

—Gracias. Me lo tomo como un cumplido. Rita es maravillosa.

—Sí.

—Mira, llevo diez años decidiendo por mí misma, y creo que me

han ido bastante bien las cosas —rodeó la mesa, se inclinó y le dio un beso en la mejilla—. Confía en mí, ¿de acuerdo?

Sakir la miró a los ojos, preocupado.

—Es de Bobby Callahan de quien no me fío.

El timbre sonó justo en ese momento, y Jane le ofreció a Sakir una última sonrisa antes de darle la espalda y salir de la habitación.

Si ello era posible, Jane estaba aún más guapa con sus ceñidos vaqueros blancos que con el elegante vestido que llevaba la noche que se conocieron. Ello podía deberse, naturalmente, sólo a su gusto, pensó Bobby al tiempo que metía la tercera marcha para enfilar Hollyhock Drive. Le gustaban las mujeres con vestido, claro, pero nada podía compararse con un cuerpo voluptuoso ceñido en tela vaquera.

Se obligó a apartar los ojos de los esbeltos muslos de Jane y a fijarlos en la carretera.

—¿Has desayunado? —preguntó.

—No me has dado tiempo —contestó ella con voz risueña.

—Lo siento.

—No, no lo sientes.

Bobby se volvió hacia ella con una sonrisa picara.

—No, no lo siento. Tenía ganas de verte.

A Jane le subió por el cuello un leve rubor, parecido al de la neblina que envolvía el sol delante de ellos. Bobby pensó que era la cosa más *sexy* que había visto nunca, y se preguntó si sería capaz de llevar a cabo su propósito, de mantenerse impasible ante aquella mujer.

—Bueno —dijo Jane, sacándolo de sus cavilaciones—, ¿adonde vamos?

—A un sito fabuloso con auténtico ambiente tejano y un chef de primera.

—Tiene buena pinta.

Pero cuando tomaron un camino señalado con un cartel que decía propiedad privada y atravesaron unas desgastadas verjas de hierro con las iníciales KC, Jane se volvió hacia él y levantó las cejas.

—¿Cuál es el plato especial del día, cocinero?

Él se echó a reír.

—Huevos con beicon, y tal vez un par de tostadas, si no se me

queman.

Jane paseó la mirada por el paisaje que rodeaba el hogar de Bobby: las praderas, los caballos que pastaban y el ancho cielo. Daba igual el tamaño de su propiedad, pensó Bobby con profunda melancolía; aquél seguía siendo su hogar, y allí se sentía a gusto.

Jane se volvió hacia él.

—Desayuno en tu casa. Eso es muy íntimo —sus labios carnosos se curvaron por las comisuras—. Y yo que pensaba que íbamos a tomarnos las cosas con calma.

Bobby se limitó a sonreír mientras paraba la camioneta entre una nube de polvo frente a la casa del rancho. Con Jane no podía tomarse las cosas con calma. Desde que habían hecho el amor, ansiaba tocarla de nuevo, tenerla bajo él, encima de él, delante de él. Pero, para que su plan saliera bien, tenía que tomarse su tiempo, ofrecerle un poco de romanticismo. Qué demonios, tal vez hasta le gustara.

Se apeó de un salto y rodeó la camioneta. Ayudó a salir a Jane y luego la tomó de la mano.

—Bueno, creo que será mejor que lo admita. No te he traído aquí sólo para desayunar.

Ella puso cara de fingido estupor.

—¿En serio?

—¿Insinúas que soy un granuja? —preguntó Bobby con ligereza mientras recorrían un caminito de piedra que corría por el lateral de la casa.

—No me atrevería a tal cosa.

Bobby se echó a reír y se movió el Stetson sobre la cabeza.

—Pues la mayoría de los días tendrías razón.

—¿Y hoy no?

—Hoy te he traído aquí para que veas quién soy. Después de lo de anoche, no creo que tengas una idea muy clara.

El aire se enfrío a su alrededor, y Jane bajó la voz.

—Puede que no.

Bobby sabía que desconfiaba de él. Y con razón. Estaba claro como el agua, además, que se sentía confundida, que no estaba segura de qué se proponía él ni de qué buscaba.

«Maldita sea».

Cada vez que miraba aquellos ojos verdes como el jade, le

pasaba lo mismo. Tenía que mantener la cabeza fría y controlar la situación, si quería ponerle punto y final a aquel embrollo con Al-Nayhal y librarse del fantasma de su padre de una vez para siempre.

—Esto —dijo cuando llegaron al corral y señaló el picadero—. Esto es lo que soy. Ésta es la razón de que me aferré a esta tierra y a su pasado. Ésta es mi pasión, Jane.

Bobby la observó con curiosidad mientras ella miraba la escena que se ofrecía a sus ojos, y luego se volvió para ver lo que estaba mirando. Mientras tres niños esperaban montados sobre sus caballos, Abel ayudó a Eli Harrison, una muchacha de dieciséis años, a subir por la rampa; luego la levantó de la silla de ruedas y la sentó sobre Sweet Grace, una yegua gris. Eli se echó a reír y le dio unas palmaditas al caballo y, mientras los otros niños daban voces y palmas, uno de los ayudantes del rancho abrochó el arnés de Eli.

Jane respiró hondo y apartó la mirada del corral para lanzarle a Bobby una alegre sonrisa.

—Me gustaría conocerlos.

Bobby sintió una punzada de sorpresa y le devolvió la sonrisa. No esperaba que ella dijera eso. Quizá esperaba que dijera que aquello era precioso o que estaban haciendo un gran trabajo, las cosas que solían decir las mujeres cuando visitaban el rancho. Pero, como había sospechado desde la noche que se conocieron, Jane Hefner Al-Nayhal no era una mujer corriente.

—¿Qué te parece si te los presento después del desayuno? —Preguntó Bobby, y la tomó de nuevo de la mano—. ¿Cuando acabe la clase?

Ella le apretó la mano.

—De acuerdo.

Bobby saludó con la mano a Abel y apartó a Jane del corral; echaron a andar por el caminito y cruzaron el patio. Deacon, el viejo perro de Abel, estaba dormido en la alfombra de estameña de la amplia cocina. El perro, que era marrón con manchas, apenas alzó la cabeza cuando entraron.

Bobby le indicó a Jane que se sentara a la mesa de madera, junto a la amplia ventana.

—Ponte cómoda. Yo voy a ponerme manos a la obra.

—¿No eras tú el que quería que las mujeres hicieran todo el trabajo en la cocina? —preguntó Jane en broma al tiempo que se

sentaba a la mesa con una sonrisa.

—No es eso lo que dije y tú lo sabes.

Ella puso los codos sobre la mesa y apoyó la barbilla en el dorso de la mano. Parecía encontrarse a sus anchas en aquella casa, sentada a la mesa de la cocina de Bobby.

—Está bien, dijiste algo así como que te gusta que las mujeres sepan cocinar.

—Exacto —se volvió a la encimera y rompió un par de huevos en un cuenco; luego agarró un tenedor—. Supongo que a ti también te gusta que los hombres sepan cocinar.

—Sólo si no queman las tostadas —él le lanzó una mirada picara y Jane se echó a reír—. ¿Seguro que no necesitas ayuda?

—Puedo hacer huevos con beicon con los ojos cerrados, cariño.

Ella dejó escapar un suave silbido.

—Eso sí que me gustaría verlo —dijo y, levantándose de la silla, se agachó junto al perro.

Deacon bostezó, abrió los ojos y se tumbó de espaldas para que le acariciara la barriga. Era una escena muy bonita; mientras charlaba con Bobby y éste batía los huevos, Jane besuqueaba la cara polvorienta de Deacon y le rascaba la tripa sonrosada. Por un instante, Bobby casi olvidó la razón por la que Jane estaba allí.

Casi.

Diez minutos después, estaban sentados a la mesa el uno frente al otro, con los huevos con beicon delante. Aunque comía con ganas, Jane miraba sin cesar por la ventana, hacia el patio y el picadero.

—Debe de ser reconfortante saber qué te espera en el futuro.

Bobby se detuvo con un trozo de pan suspendido junto a la boca.

—¿Qué quieres decir?

Ella hizo un gesto que abarcó la cocina.

—Tú tienes esta casa y una meta clara. Sabes quién eres, qué quieres y dónde vas a estar dentro de diez años.

Bobby mordió el pan. Nunca se había considerado bien establecido y seguro de su futuro. Tal vez porque estaba obsesionado con el pasado. Miró a Jane a los ojos y levantó una ceja.

—¿No sabes lo que quieres, Jane?

—Creía que sí.

—Ahora formas parte de una familia real, así que supongo que podrás hacer lo que quieras.

—Si te refieres al dinero, claro, pero el dinero no da la felicidad, ni procura verdadera satisfacción, ¿no crees?

¿La felicidad? ¡Qué sabía él! No había conocido la felicidad desde que era niño y salía por ahí con su familia, cuando estaban todos juntos y eran dichosos. Seguramente no reconocería la felicidad ni aunque se levantara de un salto ante él y le diera un mordisco en la barbilla. Y, si eso sucedía, él la apartaría de un empujón. Aún no se merecía ser feliz.

—El caso es —continuó Jane— que el dinero y una buena posición social no animan a hacer cosas. Eso tiene que salirle a uno de las tripas —puso el tenedor sobre el plato y suspiró—. Antes creía que abrir mi propio restaurante sería el colmo de la suerte, pero ahora no estoy tan segura. Lo que me sorprende es que antes, cuando estaba en California, estaba segura de ello. Un restaurante propio y una familia propia algún día. Ésa era mi pasión, lo que me movía a actuar. Luego apareció ese hombre y me dijo que era mi hermano, que cuando mi madre trabajaba en política conoció a un hombre con el que tuvo una breve aventura, y que ese hombre era mi padre. Que, por cierto, era también el sultán de Emand.

—¿Y qué? —insistió Bobby, al ver que ella fruncía la boca con expresión recelosa. Aquella visión le inquietaba mucho más de lo que hubiera querido.

Ella se encogió de hombros.

—Bueno —dijo—, tenía la sensación de que me había metido en la vida de otra persona, una vida que seguramente entusiasmaría a mucha gente. Emand es precioso y la gente es genial, y me gustaría desear ser uno de ellos. Pero allí me sentía infeliz, y también culpable por todas las cosas maravillosas que me habían ofrecido mis hermanos. Francamente, esa vida, su vida, hace que me sienta incómoda. Yo nunca he estado en primera fila, ¿comprendes? La fama no me atrae. Me gustan las cosas sencillas. Prefiero estar entre bastidores.

—En la cocina —dijo él, siguiendo su razonamiento, y aquella pequeña broma compartida hizo sonreír a Jane.

—No me malinterpretes, me alegra saber de dónde vengo, y tener hermanos es un regalo del cielo, pero al mismo tiempo tengo

la sensación de que mi vida ya no me pertenece.

—¿Es que tus hermanos te dicen lo que tienes que hacer? —preguntó Bobby con un leve deje de desdén.

Los grandes ojos almendrados de Jane tenían una expresión comprensiva.

—No, Bobby. A mí nadie puede obligarme a hacer lo que no quiero hacer. Pero me siento obligada a intentar ser una Al-Nayhal. Por eso fui a Emand, para conocer su vida y su cultura, para aprender tanto como pudiera sobre mi padre y su familia. Y fue maravilloso. Pero me sentía como una turista. Tenía ganas de volver a casa.

Bobby la miró con fijeza. Desde la muerte de sus padres, no había vuelto a haber una conversación semejante en la mesa de aquella cocina. Durante las comidas, Abel y él solían hablar de cosas cotidianas: del rancho, de la comida, del pasado, de lo que había que hacer al día siguiente… De vez en cuando ponían verde a algún político local. Pero nunca mencionaban sus sentimientos, ni sus esperanzas.

—Tal vez sólo quieras lo que quiere toda mujer —comentó Bobby al tiempo que se recostaba en su silla.

Jane le dirigió una lenta y lujuriosa mirada que hizo que su pecho y su entrepierna se tensaran simultáneamente.

—¿Y qué es? —preguntó.

—Seguridad.

—¿En el amor o en el dinero?

—En la vida en general.

Ella esbozó una cálida sonrisa que se clavó en las tripas de Bobby como un cuchillo al rojo vivo.

—¿Cómo es que eres tan perspicaz? —preguntó.

—Será por mi hermana —dijo sin pensárselo mucho—. A pesar de su discapacidad, era muy sabia. Siempre sabía qué era lo realmente importante.

Kimmy había intentado hacerle comprender qué cosas importaban en la vida. Pero intentar enseñar a un corazón muerto a latir otra vez era una tarea imposible, y Bobby le había fallado a su hermana en todo una y otra vez, salvo en lo que se refería al rancho.

Bobby miró los ojos verdes de la mujer que hacía saltar

erráticamente su pulso. En aquel asunto, no fallaría a su hermana, ni a su padre. Jane Hefner Al-Nayhal le había felicitado por el rumbo que le había imprimido a su vida. Pero no sabía que Bobby pensaba pilotar también su futuro, aunque en una dirección mucho menos fructífera.

Capítulo 5

Sara, Eli, Daniel y May.

Eran los niños más maravillosos que Jane había conocido nunca. Hablar con ellos y descubrir lo mucho que disfrutaban en el rancho KC hacía que su corazón se hinchara de admiración por el hombre que hacía aquello posible.

Bobby Callahan estaba a unos pasos de distancia, despidiéndose de May y de sus padres. Aquella adolescente bonita y alegre había perdido la vista hacía apenas diez meses y era una nueva alumna del rancho. Abel, el capataz de Bobby, le había dicho a Jane que su familia viajaba tres horas de ida y tres de vuelta para ir al rancho, debido a su reputación. También le había dicho que, al llegar al rancho, la chica estaba completamente cerrada sobre sí misma. Pero los caballos y las atenciones del personal la habían ayudado a salir del oscuro agujero donde se había encerrado.

—¿Lista para marcharte? —preguntó Bobby.

Jane dejó que su mirada vagara sobre las praderas y la gravilla, los árboles y los caballos y la linda casita que le había parecido tan cálida y confortable a ella, que solía perderse en el palacio de Emand y en la casa de Sakir a las afueras de Paradise.

—No, pero tengo cosas que hacer esta tarde.

—¿Otra cita? —preguntó Bobby con desenfado, aunque la expresión de su boca sugería que le desagradaba pensarlo.

Jane sintió una punzada de satisfacción y se preguntó si Bobby cumpliría su promesa y le daría un beso. Ya la había agarrado de la mano, y lo natural era darse un beso a continuación, incluso aunque

estuviera empeñado en tomarse las cosas con calma.

—Sí —dijo, muy seria—. Tengo una cita. Con mi cuñada y un centro comercial.

La expresión de Bobby cambió en un abrir y cerrar de ojos. Su rigidez se transformó en una sonrisa indolente y malévola que hizo que a Jane le flaquearan las rodillas. Él la tomó de la mano.

—Vámonos.

Jane se despidió con la mano de Abel y de los niños y se dirigió hacia la camioneta con Bobby. De regreso a casa de Sakir y Rita, reflexionó sobre su visita al KC y sobre lo viva que se había sentido allí, rodeada por niños, aire fresco y una vida que se nutría de día en día. Y de nuevo pensó en lo afortunado que era Bobby por haber tomado una decisión tan valiosa.

—A los niños les gustas.

La voz áspera de Bobby la sacó de su ensimismamiento. Lo miró y sonrió.

—Y a mí me gustan ellos. Tal vez la próxima vez pueda ofrecerme voluntaria para… echar una mano en el corral, preparar los almuerzos o algo así.

—Nos viene muy bien cualquier tipo de ayuda —respondió él seriamente.

—Puede que te arrepientas de haber dicho eso —dijo Jane con sorna, y bajó la ventanilla para que entrara el aire dulce de principios del otoño—. Puede que me veas todos los días.

—No creo que me arrepienta por eso —contestó él con voz extrañamente suave.

La expresión hambrienta de sus ojos hizo que Jane sintiera una opresión en la garganta, como si no pudiera tragar. Carraspeó.

—Hoy me lo he pasado muy bien.

—¿No te ha desilusionado lo sencillo que es todo?

—No seas tonto —contestó ella con viveza—. Yo soy una chica sencilla. No necesito lujos, nunca los he necesitado. Sólo un sitio limpio, cómodo y hogareño.

Él ladeó la cabeza y bajó la voz.

—¿En serio?

—Claro —insistió ella—. Pero…

Él frunció el ceño.

—¿Pero qué?

—La próxima vez —comenzó a decir Jane mientras entraban en el caminito que llevaba a la casa de Sakir y Rita—, ¿por qué no hago yo las tostadas?

Bobby sonrió repentinamente.

—Te lo advertí, cariño.

El centro comercial distaba quince minutos de Paradise. El enorme bloque de cemento estaba formado por dos grandes almacenes, diez tiendas y un pequeño mercado. No era precisamente el sitio ideal para comprar elegantes manteles, servicios de porcelana y cubiertos finos. Jane había sugerido que fueran a Dallas o que alquilaran lo que necesitaban, pero Rita le había dicho que quería que la fiesta fuera tan cálida y rústica como elegante, y que alquilar los enseres le parecía demasiado impersonal.

A Jane le alegraba saber que Rita no quería que la fiesta fuera muy formal, pero mientras miraba unos salvamanteles de color burdeos fabricados en un material del que nunca había oído hablar, se preguntó si sería posible siquiera encontrar un feliz término medio con aquellas cosas.

Volvió a dejar los salvamanteles en la estantería y se acercó a Rita, que estaba sentada en un banco, con Daya en brazos. Tenían las caras muy juntas y Rita le estaba susurrando algo a su hija de dos meses. Una mezcla de emociones se agitó en el interior de Jane: envidia, afecto, felicidad y esperanza.

—¿Cómo te las apañas para no comértela? —preguntó al llegar junto a ellas.

Rita le dio un beso a Daya.

—Dándome un atracón antes de tomarla en brazos.

Jane se echó a reír.

—¿Tener un bebé es lo mejor el mundo?

—Sí, desde luego. Aunque, claro, también ayuda tener un marido.

—Sí, y apuesto a que Sakir le cambia los pañales —dijo Jane con sorna.

—Pues sí. Y en plena noche, además.

—¡Qué me dices! —exclamó Jane, atónita. No se imaginaba a su adusto hermano cambiando pañales sucios a la una de la mañana.

—Qué raros son los hombres, ¿verdad? —Rita se levantó y

acunó al bebé contra su pecho—. Sólo te muestran una faceta suya hasta que confían en ti.

Mientras ayudaba a su cuñada a reorganizar el carrito del bebé, las bolsas de la compra, la bolsa de los pañales y las mantas, se preguntó si Bobby sólo le estaba dejando ver un lado de su carácter. Suponía que sí. A fin de cuentas, se conocían hacía muy poco tiempo. Pero ello solo la indujo a pensar cómo sería el lado que quedaba oculto. ¿Sería la cara iracunda y amarga que le había mostrado la noche anterior, o quizás otra distinta?

—Vamos a dar una vuelta, ¿de acuerdo? —sugirió Rita.

—Claro. Podemos acercarnos a Young's. Creo que tienen cosas más variadas y un departamento de vajillas. Y de camino podemos hablar un poco más sobre el menú.

Mientras el bebé dormitaba y a su alrededor los compradores aprovechaban las ofertas del día, Rita le explicó:

—Quiero algo divertido e interesante. Igual que la comida. ¿Podría haber algo menos concreto? —dijo, riéndose de sí misma—. Mi hermana Ava me ha hecho prometerle que habrá costillas, así que tiene que haberlas.

Jane asintió con la cabeza.

—Aún no conozco a tu hermana.

—No, aún no. Ava, su marido, Jared, y su hija, Lily, han estado de viaje en Florida. En Disneyworld —hizo girar los ojos—. No puedo imaginarme a Jared allí, montado en tazas de té gigantes y haciéndose fotos con el ratón Mickey. Jared es fantástico, pero es un tipo muy estirado.

Jane se echó a reír.

—Estoy deseando conocerlos.

—Pues muy pronto los conocerás. Vendrán todos a la fiesta. También Muña, la madre de Jared, que está como una cabra.

Acababan de cruzar el umbral de Young's cuando Rita vio algo a lo lejos y dejó escapar una leve exclamación de sorpresa. Se volvió hacia Jane y sonrió de oreja a oreja.

—Nos están siguiendo.

—¿Qué?

—Bueno, en realidad, te están siguiendo a ti. —Rita señaló con

el dedo hacia la zona de los camisones de señora y la lencería—. Allí.

Jane miró en la dirección que Rita le indicaba y sintió un vuelco en el corazón. Aquella extraña asfixia que se había apoderado de ella al ver por primera vez a Bobby en la fiesta de los Turnbolt volvió a acometerla, y eso que hacía apenas un par de horas que se había despedido de él en la puerta de la casa de Sakir y Rita. Bobby se acercó a ella; parecía demasiado alto y viril para ir sorteando expositores llenos de puntillas blancas y sedas. Iba vestido con los mismos vaqueros descoloridos, una camiseta, el Stetson y las botas, y estaba tan guapo que daban ganas de comérselo.

Les sonrió al acercarse.

—Buenas tardes, señoras.

Jane le sonrió, radiante.

—Buenas tardes, señor Callahan.

—¿Cómo está, Bobby? —dijo Rita con cierto recelo.

Bobby inclinó la cabeza.

—Muy bien, gracias.

—¿Estás comprando ropa interior? —preguntó Jane, mirando la hilera de bragas y sujetadores de seda y algodón de la que había emergido.

—No llevo ropa interior —le guiñó un ojo, y al ver que ella se sonrojaba, se echó a reír. Luego se volvió hacia Rita y, viendo que sujetaba a la niña con un brazo mientras en el otro llevaba una enorme bolsa que no habían podido colgar del carrito, se apresuró a decir:

—Déjeme ayudarla, señora Al-Nayhal.

—Gracias —dijo Rita, que todavía parecía un poco inquieta, aunque sonrió amablemente al darle la bolsa y luego empujó el carrito cuando echaron a andar por la tienda.

—Bueno, ¿qué vas a comprar? —dijo Jane, preguntándose por qué había ido a buscarla apenas unas horas después de que se vieran.

—Un tostador.

Jane se echó a reír al ver su sonrisa.

Bobby se sintió como un imbécil. Odiaba mentir, sobre todo al mirar los ojos verdes y brillantes de Jane, pero la promesa que había hecho exigía que usara todos los medios a su alcance para

conseguir su objetivo. Sabía que Sakir lo odiaba, lo cual seguramente significaba que a su mujer no le hacía ninguna gracia que Jane saliera con él. Y necesitaba ver a Jane sin interferencias de ninguna clase. Si Rita le daba su aprobación, si ayudaba a Jane a orillar cualquier duda sobre su sinceridad, dispondría de tiempo suficiente para que Jane se enamorara de él. La sola idea de que Rita Al-Nayhal se pusiera de su parte, lo creyera un buen hombre e incluso se lo dijera a su marido, hizo aflorar a su cara una belicosa sonrisa.

—Me echabas de menos, ¿eh?

La pregunta de Jane le sacó de sus cavilaciones. Al ver que él levantaba las cejas, sorprendido, ella añadió:

—No pasa nada porque lo admitas. Eso no destruirá tu virilidad.

Bobby se echó a reír.

—Estoy en unos grandes almacenes para señoras. Creo que mi virilidad ya está en entredicho.

A su lado, Rita acunaba a Daya y le cantaba suavemente, aunque Bobby sentía su mirada fija en él de vez en cuando.

—La verdad es que, cuando te dejé en casa, me di cuenta de que no habíamos decidido qué hacer esta noche, cariño.

—¿Esta noche? —repitió Jane, y se frotó la barbilla como si se lo pensara—. No recuerdo…

—Oh, vamos, Jane —la interrumpió Bobby con una sonrisa arrogante—. Sabes tan bien como yo que vamos a pasar la noche juntos —se volvió hacia Rita y le lanzó una sonrisa traviesa—. Disculpe, señora.

—No es necesario que se disculpe —dijo Rita por fin con una sonrisa cautelosa, aunque mucho más cordial que antes—. Esta vieja señora casada y su bebé van a ir a dar una vueltecita. Estaré por allí si me necesitáis —se apartó de ellos y se encaminó hacia la sección de mantelería empujando el carrito.

—¿Quería preguntarme algo, vaquero? —bromeó ella.

—¿Qué te parece si vamos a cenar y luego a dar un paseo a caballo a la luz de la luna?

—No se me da muy bien montar.

—Lo harás bien —insistió él.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque —dijo él, y se acercó a ella al tiempo que bajaba la voz

— voy a enseñarte yo.

Jane sintió de pronto que le ardía la piel. Allí estaban, en medio de una tienda llena de gente que se peleaba por los jerséis a mitad de precio, mientras a su alrededor se oían las risas y los llantos de los muchos niños pequeños que iban en carritos, y Jane sólo podía pensar en acostarse sobre algo medianamente blanco con la boca de Bobby sobre la suya.

—Ven conmigo ahora —murmuró él con una mirada ardiente y líquida.

El impulso de decir sí resultaba casi doloroso, pero Jane se obligó a declinar la invitación.

—No puedo —le dijo con una tierna sonrisa—. Tenemos que acabar aquí. Tengo que terminar de organizar la fiesta. Hoy tenemos que comprar manteles y porcelana. Esta fiesta es muy importante para mi familia, pero sobre todo para mi sobrina. Es su día ˆespecial.

El se quedó pensativo un momento y luego asintió con la cabeza.

—Puedo esperar.

Aquellas palabras se agitaron dentro de ella, y la sonrisa maliciosa que le lanzó Bobby sólo consiguió alimentar un fuego que ya ardía con fuerza. Fue una suerte que Rita se acercara en ese preciso momento, porque de otro modo Jane habría sentido la tentación de besarle obscenamente allí mismo.

La pequeña Daya estaba enfurruñada, hacía pucheros y se retorcía en brazos de Rita. Ésta se encogió de hombros.

—Está un poco llorona. Creo que será mejor que nos vayamos.

Jane miró a Bobby. Aquélla era la oportunidad perfecta para que se saliera con la suya. El bebé se ponía a llorar, el bebé y la mamá se iban a casa, y Jane y Bobby empezaban su cita allí mismo.

Pero, en lugar de esperar el inevitable gimoteo de Daya, Bobby dijo:

—Déjame intentarlo, Rita.

Jane y Rita se quedaron boquiabiertas. Todo el mundo sabía que los hombres huyen por lo general de un bebé llorón, a menos que les una a él un vínculo biológico.

—¿Seguro, Bobby? —preguntó Rita, que parecía convencida de que perdía el tiempo.

Él asintió con la cabeza y tendió los brazos hacia Daya.

—Confía en mí —dijo, y, tomando en brazos a la niñita enfurruñada, la apoyó sobre su pecho—. Enseguida se calmará. Los niños me adoran.

Por un instante, Jane creyó que Daya iba a sonreír, pero la ligera curvatura que vio a ambos lados de la boca de la niña era en realidad el primer indicio de un berrinche en toda regla. Mientras Bobby la acunaba suavemente, Daya empezó a gimotear. Cuando intentó calmarla con susurros y carantoñas, los gemidos se convirtieron en llanto. Y cuando se quedó inmóvil, la niña soltó un chillido tan lastimoso que Jane y Rita tendieron los brazos hacia ella al mismo tiempo.

Bobby parecía atónito cuando le devolvió la niña a Rita.

—No lo entiendo —repetía sin cesar.

—No pasa nada, Bobby —dijo Rita, tan preocupada por él como por su hija—. Es un poco desconfiada con los desconocidos —se volvió hacia Jane y levantó los ojos al cielo—. Igual que Sakir.

Jane posó su mirada en Bobby, que parecía un poco distante, aunque seguía teniendo aquella expresión triste y desanimada en los ojos.

—Ey —comenzó a decir, dándole el brazo—, necesitamos un hombre fuerte para que nos ayude a llevar estas cosas al coche. ¿Te apuntas?

—Y tú eres más fuerte que la mayoría, Bobby —dijo Rita, en cuyos brazos Daya había dejado de llorar.

—No, eres el más fuerte —puntualizó Jane, y las dos le sonrieron afectuosamente.

Bobby soltó un suspiro y se encogió de hombros.

—Ni todos los halagos del mundo pueden compensar el rechazo de una niña de dos meses, pero supongo que tendré que conformarme.

Jane le sonrió mientras él recogía las bolsas. Pobrecillo, pensó cuando echó a andar detrás de él y de Rita, en dirección al aparcamiento. Sabía que era una idea absurda, pero no podía evitar preguntarse si la animosidad que sentía Sakir hacia él podía haberse comunicado de algún modo a su hija.

—¿Quieres atormentarme, amor mío?

—Siempre —dijo Rita amorosamente, sentada sobre las rodillas de su marido, cuyo cuello rodeaba con los brazos.

Sakir apartó el sillón de cuero de su escritorio y se giró para mirar por los grandes ventanales. Mientras abrazaba a su mujer, contempló los extensos jardines de su casa.

—Entonces, Callahan se presenta en la tienda ¿y tú le dejas que tome en brazos a nuestra hija?

—Sí.

—¿Por qué? —La apartó un poco para mirarla a los ojos—. Ya sabes lo que pienso de ese hombre.

—Y también sé lo que siente Jane por él —contestó Rita con firmeza—. Y lo que él siente por ella.

Sakir sacudió la cabeza.

—Está jugando con Jane.

—Yo no lo creo.

—¿Qué te hace estar tan segura?

Ella tomó su cara entre las manos. El sol, que pendía bajo sobre el horizonte, bañaba su hermoso rostro con un resplandor rojizo.

—Sé reconocer una mirada de deseo en los ojos de un hombre.

Una lenta sonrisa afloró a la boca de Sakir.

—Sí, eso parece, amor mío.

Ella se inclinó y le dio un lento y cálido beso.

—Nosotros también tuvimos dificultades, Sakir —dijo contra su boca—. Pero las superamos y míranos ahora. Somos felices, estamos enamorados, y nuestra preciosa hija duerme arriba.

—Sí. Soy un hombre muy afortunado. Estoy orgulloso de nuestra familia y de lo que tenemos. Pero Jane es mi hermana. Es una Al-Nayhal.

—Jane es una mujer fuerte que tiene la cabeza bien puesta sobre los hombros.

—Aun así, siempre será mi hermana pequeña, querida, y preferiría morir antes de permitir que le hagan daño.

—Lo sé. —Rita lo abrazó y lo besó apasionadamente—. Por eso te quiero tanto.

—Y yo a ti. —Sakir se apoderó de su boca.

—¿Qué puedo hacer para que te olvides de este asunto? —preguntó ella contra su boca.

—¿De qué asunto? —masculló él al tiempo que la levantaba en vilo y la colocaba sobre su mesa. Una sonrisa lujuriosa curvaba su cara cuando la tumbó de espaldas y le levantó la falda.

Capítulo 6

—¿Cuál es la gran idea?

El tono juguetonamente gruñón de Bobby hizo sonreír a Jane. De pie junto al fogón, con un paño sobre el hombro, miró a Bobby, que llevaba unos vaqueros negros, muy *sexys*, una camisa blanca y una expresión malhumorada en su hermoso semblante.

—¿Hay algún problema, señor Callahan?

—Sí —él cruzó los brazos y señaló con la cabeza la sartén humeante en la que ella estaba preparando pollo marsala—. Y yo que pensaba que mis huevos con beicon…

—Y tostadas —puntualizó ella en broma—. No te olvides de las tostadas.

Él hizo girar los ojos.

—Y mis tostadas ligeramente quemadas… —Ella se echó a reír —. En fin —masculló él—, y yo que pensaba que cocinaba de maravilla.

—Y así es —le aseguró ella, dándose la vuelta.

—Pero mira esto —él señaló la sartén, donde Jane estaba salteando el pollo y los champiñones con vino y salsa de mantequilla—. Tiene una pinta muy… profesional.

—Creo recordar que te dije que era cocinera, ¿no?

—Bueno, sí, pero no sabía que fueras tan exhibicionista.

Ella se volvió y lo miró con enojo, pero el brillo seductor de sus ojos la hizo romper a reír de nuevo.

—No te importará cuando pruebes esto y los penne con piñones.

—¿Qué pasa, no hay postre? —preguntó él con sorna.

—He visto que tienes helado en el frigorífico, Callahan. Y el helado es el mejor de los postres, incluso de los más finos.

Él se metió en la boca un champiñón que había quedado suelto.

—No lo sabía.

—Son cosas de chef —el sol del atardecer se iba aposentando sobre la casa, bañando la espaciosa cocina en una luz amarilla y cálida—. ¿Sabes?, algunos cocineros de California prefieren un buen perrito caliente a una merluza con salsa al pesto.

—Sí, bueno, ¿y quién no? —Con el tenedor en la mano, Bobby pinchó un trozo tierno de pollo y se lo metió en la boca. Dejó escapar una exclamación sofocada y le lanzó una mirada hambrienta—. No quiero que esto suene machista, pero tu sitio está en la cocina.

Ella, que se sentía muy cerca de él en ese momento, sonrió con cierta timidez.

—Gracias. Creo.

Por sugerencia de Bobby, y debido a que tenían tanta hambre que no querían esperar a que los platos estuvieran servidos, se quedaron junto al fogón y fueron comiéndose el pollo marsala y los penne con piñones directamente de sus respectivas sartenes. Para ella, era algo normal; solía saltarse la mesa y comer junto a la cocina. Pero nunca lo había intentado con un hombre.

¡Y qué hombre!

Cuando Bobby se dio por satisfecho, se apoyó contra la encimera y la miró levantando una ceja.

—Eres asombrosa.

Ella se sonrojó, alborozada.

—Me alegra que te haya gustado.

—Últimamente me gustan muchas cosas —le guiñó un ojo—. ¿Lista para montar?

Ella se quedó sin aliento cuando una visión que nada tenía que ver con caballos apareció en su cabeza.

—Sólo tardo un minuto en ensillar un par de potros. —Bobby se apartó de la encimera.

Y, con la misma rapidez, aquella visión sensual se desvaneció. Jane tuvo que morderse el labio para no echarse a reír.

—Vamos —dijo él y, tomándola de la mano, la condujo hacia la puerta principal—. La puesta de sol es tan bonita que te deja sin

habla.

—Pero acabamos de comer —dijo ella con humor.

Él se echó a reír.

—Esto no es como nadar, Jane.

Los recelos de Jane se evaporaron.

—Está bien —dijo, riendo—. Adelante, vaquero. Llévame al establo y móntame sobre el caballo más viejo y achacoso que tengas.

Un hombre a caballo era cosa sagrada.

Bobby Callahan siempre había montado solo. Era una especie de regla para él. No quería mujeres detrás de él, ni delante. Pero esa noche había una mujer sentada tras él que le rodeaba la cintura con los brazos y apretaba los muslos contra los suyos y, pese a todo, se sentía muy bien. Por suerte para él, Jane no había querido montarse en Frankie, el caballo que había elegido para ella, y Bobby no estaba dispuesto a recorrer toda la finca junto a Dolly Parton, una vieja yegua blonda que caminaba como si estuviera sacando las pezuñas de un cubo de melaza, así que había sugerido que montaran juntos en su caballo.

Cuando llegaron a su destino, Bobby frenó al caballo hasta ponerlo al paso.

—El sol se pone deprisa.

Jane exhaló un suspiro y dijo:

—Es precioso.

—¿El paisaje o la puesta de sol?

—Las dos cosas —contestó ella con voz risueña.

—Ten cuidado o te picará.

—¿El qué?

—El gusanillo de Texas.

—Ah, eso.

—¿Crees que podrías vivir aquí?

Era una pregunta sencilla y natural, pues estaban hablando alegremente de atardeceres y hermosos paisajes. Pero contenía además una pizca de intimidad que hizo que Bobby se sintiera francamente incómodo. Aquella mujer empezaba a trastornarle el juicio y el corazón. Le gustaba mucho; le gustaba su carácter, su manera franca de hablar. Cómo cocinaba, y aquellos labios tan carnosos y aquellas piernas…

De pronto empezó a sudarle el cuello.

Tenía que recordarse por qué la estaba cortejando, o las pasaría moradas.

—Le estoy tomando mucho cariño a Texas, Bobby. Por muchas razones. —Jane se removió contra él y aflojó un poco los brazos—. Pero creo que, al final, es el sitio el que escoge a las personas.

Él soltó un bufido burlón.

—Eso es una estupidez, ¿sabes? Ella se echó a reír y apoyó la cabeza sobre su espalda.

—Sí, lo sé, pero con esa filosofía no tengo que tomar decisiones.

—¿Buscas a alguien que las tome por ti? —Bobby odiaba la efusión de euforia y tensión que le atravesaba con un cosquilleo. Antes de que ella pudiera contestar, se giró a la derecha, la levantó en vilo y la sentó delante de él, sobre el caballo.

Otra norma rota, pensó, pero que demonios, todo aquello lo hacía en nombre de la venganza, ¿no? Aquella idea, llena de sarcasmo, hizo que se le encogieran las tripas.

Ella levantó la ceja izquierda.

—¿Suele hacerse esto al montar, señor Callarían?

—No, pero quería tenerte delante de mí y, en vez de preguntártelo, se me ocurrió decidir por ti —espoleó al caballo para que echara a andar a paso lento.

Ella pasó una pierna por encima de la suya y se acercó un poco más, sonriendo.

—Entonces, ¿vamos a seguir cabalgando así?

—No, vamos a llegar a ese árbol de ahí y luego a darnos la vuelta.

—¿Por qué? —Ella miró hacia atrás y vio el gran árbol; luego se volvió y se acurrucó contra el pecho de Bobby—. Por extraño que parezca, me está gustando mucho esto. Me gustaría ir más lejos.

—No podemos.

Ella levantó la mirada.

—¿Por qué no podemos ir más lejos?

—Más allá de ese árbol… —Le costaba más pronunciar aquellas palabras que pensarlas.

—¿Qué? —preguntó ella, preocupada.

—Ésas son las tierras de tu hermano, cariño.

Jane se quedó mirándolo un momento y luego asintió con la

cabeza.

—Pero estoy segura de que no le importará que…

—A mí sí me importa —dijo Bobby con firmeza, sintiendo un nudo en el estómago—. No he traspasado esa linde desde el día que se vendieron las tierras, y no pienso traspasarlo ahora.

Detuvo al caballo bajo el árbol. Se quedaron allí parados mientras Rip se removía bajo ellos. Bobby miró el grueso tronco y las hojas amarillentas como si le ofendieran y se preguntó, como hacía siempre, cuánto tardaría en talarlo.

La suave voz de Jane penetró en sus sombríos pensamientos.

—Bobby, he oído una versión de la historia. Pero no soy tonta, sé que hay mucho más.

—Claro que hay mucho más.

—¿Quieres contármelo?

Bobby se quedó callado. Sí, quería contárselo todo. Desde la llamada telefónica en que su padre le había dicho con voz lastimera que las tierras de la familia ya no pertenecían a los Callahan, hasta las noches atormentadas que pasaba pensando en una promesa que desearía no haber hecho nunca. Pero sobre esto último no podía decir nada. Y tampoco podía cambiar lo que había prometido. Había adquirido un compromiso y lo que dijera allí tendría que favorecerle si quería conquistar a Jane Hefner Al-Nayhal.

—Tuviste que volver a casa, ¿no? —insistió ella—. Dejar tu trabajo cuando tu padre…

—¿Cuando le arrebataron sus tierras? —concluyó Bobby por ella —. Sí. Trabajar en el circuito de los rodeos era fabuloso para un chico joven, pero mi padre necesitaba ayuda. Estaba casi sin fuerzas. Y con Kimmy… En fin, los dos me necesitaban.

—Entonces, dejaste tu vida a un lado para hacerte cargo de tu familia.

Él soltó un bufido.

—Te aseguro que no es tan bonito como parece.

—A mí me parece un sacrificio.

—Hay que hacerse cargo de la familia, es así de sencillo.

—Nada de esto parece sencillo —el viento soplaba sobre ellos, y Bobby la abrazó con más fuerza. Ella dejó escapar un profundo suspiro—. ¿Has pensado alguna vez en volver a dedicarte a los rodeos?

—Ahora mi sitio está aquí —contestó él con la voz cargada de resignación.

—¿Y nunca te arrepientes del sacrificio que hiciste?

—Demonios, no —ni él mismo se creía aquella afirmación. Sí, echaba de menos el circuito, el andar de acá para allá—. ¿Por qué hemos empezado a hablar de esto? Creía que querías saber cómo le quitó tu hermano sus tierras a mi padre como un halcón hambriento. Estas tierras pertenecían a mi familia desde hacía más de medio siglo.

—¿Tu padre tuvo que venderlas?

—Sí —dijo él entre dientes.

—¿Por qué?

—Llegó a un acuerdo con una oscura compañía petrolera —una compañía que él siempre había creído vinculada con Sakir Al-Nayhal, aunque nunca había podido demostrarlo.

—Entonces, Sakir no robó las tierras, sino que…

Bobby la interrumpió.

—Intentó comprarlas varias veces y mi padre le dijo que se perdiera. Tu hermano es muy orgulloso. No le gusta que lo rechacen, así que, a la primera oportunidad que tuvo, consiguió lo que quería.

Jane se apartó de su cuerpo envarado.

—¿Y por qué crees que tenía tanto interés en estas tierras?

—Decía que las tierras habían sufrido graves daños medioambientales y que había que regenerarlas.

—¿Y no era cierto?

¿Qué sentido tenía aquello?, pensó Bobby, enojado. ¿A qué venían tantas preguntas? Aquello era como un interrogatorio. Jane pretendía que Al-Nayhal pareciera inocente, y él no pensaba seguirle la corriente.

—Se está haciendo de noche, y me estoy poniendo de mal humor.

Ella pareció contrita.

—Lo siento, Bobby. Sólo quiero saber la verdad.

—¿Por qué? ¿A ti qué te importa?

—Me importa, porque me gustas —ella se mordió el labio, pero no parecía nerviosa, sino sólo ansiosa por comprender—. Y odias a mi hermano. Eso es un problema para mí.

—Sí, ya lo sé.
—Estoy intentando construir un puente.
Mientras Rip se removía bajo ellos, dispuesto de nuevo a cabalgar, Bobby puso una mano tras la nuca de Jane y la atrajo hacia sí. La besó con ansia, sin contemplaciones. Cuando se apartó, la miró a los ojos y murmuró, muy serio:
—Sakir Al-Nayhal y yo nunca seremos amigos. Pase lo que pase entre nosotros, eso no va a cambiar. ¿Entendido?
Ella levantó la barbilla y asintió.
—Sí.
—¿Podrás soportarlo?
—No lo sé.
Él le apretó con fuerza el cuello. Deseaba besarla otra vez, morderle el labio, marcarla de alguna forma antes de tener que devolvérsela a su hermano. Pero el ansia que sentía lo preocupaba y la soltó, la levantó y la colocó de nuevo tras él.
—Rodéame con el brazo, Jane —ordenó.
Unos segundos después, ella le rodeó la cintura con los brazos y Bobby hizo dar media vuelta al caballo y lo espoleó para que partiera al galope hacia la casa del rancho.
El cielo se había vuelto de color berenjena mientras el sol se ponía y daba paso a la negra noche.
Jane permanecía sentada junto a Bobby en el balancín blanco del porche; se tapaban las piernas con una gruesa colcha y hundían sus cucharas en un cuenco de helado que sostenía Bobby. Jane comía despacio el dulce chocolate, pensando en la pasión que se agitaba entre Bobby y ella. No se trataba de una pasión romántica, sino de ardor, de ira y de necesidad de redención.
Aquella relación, en caso de que pudiera llamarse así, se volvía más peligrosa con cada momento que pasaban juntos. Estaba claro que Bobby chapoteaba en un mar de amargura. Había dado la espalda a la verdad sobre el pasado y se aferraba a sus creencias. Jane ignoraba el porqué, pero temía sentir debilidad por hombres con el alma herida, hombres que disfrutaban de su cocina y la hacían reír. Sospechaba que, en cierto modo, su hermano tenía razón. Bobby Callahan era muy capaz de partirle el corazón. Y ella era tonta por arriesgarse.
Posó la mirada en su cara. Tan ruda, tan *sexy*, con aquellos ojos

que contenían mil emociones, la mitad de las cuales eran felicidad, esperanza, interés por los demás y compasión. Se preguntó si la verdad liberaría alguna vez su alma.

Tomó otra cucharada de helado y dijo, pensativa:

—Romeo y Julieta.

Bobby la miró, sorprendido, y levantó las cejas.

—¿Cómo dices?

—Eso es lo que pasa aquí. Entre nosotros. ¿Leíste esa obra en el instituto?

—Claro. Un chico y una chica que se enamoran y después la palman.

Ella sonrió y le señaló el pecho con la cuchaba limpia.

—La palman, como tú dices con tanta delicadeza, porque sus familias se odian y no pueden permitir que estén juntos.

—Yo ya no tengo familia, cariño.

—Me refiero a la premisa de partida —explicó ella.

—¿Y qué pretendes decir? ¿Que acabaremos muertos si seguimos viéndonos?

Ella se echó a reír.

—No, claro que no —su sonrisa se fundió en una sonrisa reticente—. Pero puede que acabemos heridos.

La expresión de Bobby cambió de juguetona a insondable en un instante.

—Supongo que todo es posible. Eso lo descubrí hace mucho tiempo —hundió su cuchara en el helado—. Pero…

—Pero ¿qué?

Él la miró a los ojos.

—¿Merece el placer de ahora la posibilidad de sufrir más adelante?

—Guau, vaya pregunta.

—Sólo digo que entre nosotros hay algo. ¿Por qué preocuparnos por el futuro?

—Bueno, supongo que porque soy una mujer y eso es lo que nacemos las mujeres. Preocuparnos por el futuro y por cien cosas más.

Bobby dejó el cuenco sobre la mesa que había junto al balancín y sentó a Jane sobre sus rodillas.

—Pienso demasiado en ti, ¿sabes?

—Yo no sé si lo diría de esa manera, pero yo también pienso en ti.

—¿Sí?

—Sí —contestó ella con una sonrisa.

Bobby le colocó la manta sobre los hombros.

—¿Y en qué piensas?

Ella sonrió.

—En esa noche.

—Ah, sí. Esa noche.

—En tus ojos —musitó ella.

Él le besó el cuello y susurró:

—En tu piel…

Ella sonrió y cerró los ojos.

—En tu boca…

Bobby la besó en la boca. Esta vez, no había ansia en su beso, sino sólo deseo. Él sabía a chocolate y a frío, y el sonido de su respiración entrecortada hizo que los nervios de Jane se agitaran, llenos de excitación. Cuando Bobby comenzó a lamerle el labio inferior, abrió la boca y sus pechos se tensaron. Una reacción tan intensa por un beso era algo totalmente nuevo para ella.

Dejó escapar un gemido y le rodeó el cuello con los brazos al tiempo que le atraía la cabeza hacia sí para besarlo con mayor ansia. Movida por el instinto, cerró la boca sobre su lengua y comenzó a chuparla.

Bobby se quedó quieto y luego se estremeció. Se apartó de ella y Jane vio que sus ojos estaban ensombrecidos por el deseo y que respiraba trabajosamente.

—¿Te he hecho daño? —preguntó, preocupada.

—Aún no, Julieta.

Un extraño arrebato de emoción se agitó en el pecho de Jane. ¿Por qué había tenido que decir eso? ¿Por qué se había apartado y había dicho aquello? El no era el que corría peligro… ¿o sí? Él era quien no quería preocuparse por el futuro. Jane cerró los ojos un momento, confundida, mientras el deseo y la frustración corrían por sus venas.

Él la levantó y la apartó de él.

—Voy a llevarte a casa.

—Yo no te lo he pedido.

—Lo sé —la tomó de la mano y la condujo fuera del porche.

Capítulo 7

Esa noche, al entrar en casa de su hermano, Jane se sentía cansada, excitada y más confusa que nunca. Lo que había comenzado siendo una aventura sin importancia se había convertido en algo mucho más complejo. Bobby parecía sufrir durante sus momentos de intimidad, por limitados que fueran, y Jane no alcanzaba a entender por qué. ¿Sería que no la deseaba? ¿Acaso la única noche que habían compartido había despojado de todo misterio a su relación?

La melancolía se había apoderado de su corazón. Ella sentía todo lo contrario. Esa única noche había sido para ella un despertar, una experiencia que la había llevado a darse cuenta de que podía haber allí fuera un hombre para ella. Y la idea de vivir nuevas noches en brazos de Bobby la hacía jadear de deseo.

Al entrar en el cuarto de estar, se sentía abrumada por el desánimo. Entonces notó que era la propia casa la que suscitaba en ella aquella sensación. La casa de Sakir y Rita estaba extrañamente oscura y silenciosa para ser las nueve de la noche. No se veía por ningún lado a Marian, ni a Rasan, el secretario de Sakir. ¿Se habían ido todos a la cama?, se preguntó mientras recorría el pasillo, tenuemente iluminado, en dirección a la cocina. Lo que necesitaba era una buena taza de chocolate caliente para llevársela a su habitación y bebérsela mientras intentaba quitarse de la cabeza los ojos azules y la boca severa de Bobby Callahan.

Pero, antes de que llegara a la cocina, vio un haz de luz amarilla en el pasillo, delante de ella. Un instante después, oyó risas

sofocadas. La luz y las risas procedían de la biblioteca de Sakir. Había algo en aquel sonido que atraía a Jane como una cama mullida a un cuerpo fatigado. Se detuvo en la puerta y vio a Sakir y a Rita sentados en un sofá de piel marrón, tomados de la mano. Estaban charlando con alguien a quien Jane no podía ver debido a una butaca de respaldo alto de piel blanca.

Sakir levantó la mirada cuando entró en la habitación y pareció debatirse entre ofrecerle una sonrisa de bienvenida y una mirada de preocupación. Jane deseó decirle, malhumorada, que no tenía de qué preocuparse, que Bobby Callahan no le había tocado ni un pelo esa noche, pero no tuvo oportunidad.

—Tienes visita —se apresuró a decir su hermano—. Y encantadora, además.

Rita señaló con la cabeza a la persona que había ante ella y Jane, que había fruncido el ceño, se adentró en la habitación. Al rodear la butaca, estuvo a punto de desmayarse de alegría cuando vio a una bella mujer rubia de largas piernas.

—¡Mamá! —exclamó, y corrió hacia ella como una niña perdida.

Tara Hefner se echó a reír, estrujada entre los brazos de su hija.

—¿Qué tal estás, tesoro?

—Bien. Pero ¿por qué no llamaste para decirme que ibas a venir antes? Creía que no llegabas hasta dentro de una semana.

—Quería darte una sorpresa.

Sakir asintió con la cabeza.

—Y ha sido una sorpresa muy agradable.

Rita sonrió, complacida.

Jane apreció la hospitalidad de su hermano y su cuñada. Esperaba que Sakir se mostrara distante, como su hermano Zayad, o quizás incluso un poco cínico al conocer a la mujer que, hacía mucho tiempo, había tenido una aventura con su padre. Pero, si sentía algo parecido, lo disimulaba muy bien.

—Te echaba mucho de menos —dijo Jane con vehemencia.

—Y yo a ti —contestó Tara, sentándola en las rodillas, y recorrió la cara de su hija con las manos—. Pareces tensa. ¿Qué está pasando? ¿Te encuentras bien?

El que su madre pudiera percibir su estado de ánimo siempre inquietaba a Jane. Incluso después de que Tara perdiera la vista, Jane nunca había podido ocultarle nada.

Tara la tomó de la mano y se la apretó.

—El señor Al-Nayhal me estaba diciendo precisamente que habías salido con un hombre que tal vez no sea muy recomendable.

Jane le lanzó a Sakir una mirada un tanto irritada.

—No le hagas caso a mi hermano mayor, mamá. Es demasiado protector.

Rita se echó a reír.

—Me temo que tendrás que ir acostumbrándote, Jane.

Sakir levantó una ceja, mirando a su hermana, y se encogió un poco de hombros.

—Sólo le estaba diciendo a tu madre la verdad. Y, por favor, Tara, me gustaría que me llamaras Sakir. Ahora somos familia.

Tara miró hacia él, y sus ojos ciegos parecieron brillar.

—Gracias. Es muy agradable tener familia.

—A veces —dijo Jane con una sonrisa irónica.

Todos se echaron a reír, excepto Sakir, que apenas logró esbozar una sonrisa tensa. Durante los siguientes tres cuartos de hora, estuvieron bebiendo vino y hablando de la estancia de Jane en Emand, de la llegada al mundo de la pequeña Daya y de la fiesta de la semana siguiente. Cuando el reloj de la biblioteca dio las diez, Jane notó que su madre sofocaba un bostezo.

—¿Estás cansada? —preguntó—. Has hecho un viaje muy largo.

Tara asintió con la cabeza.

—Sí, estoy cansada.

—Voy a llevarte arriba —dijo Rita amablemente.

Pero Jane se apresuró a ayudar a su madre a ponerse en pie.

—No, gracias, Rita. Ya la llevo yo.

—Tus maletas ya están en tu habitación —dijo Sakir, y luego se volvió hacia Jane—. Tara está en el cuarto azul, junto a tu habitación, al fondo del pasillo.

Jane asintió con la cabeza.

—Buenas noches, Tara —dijo Rita calurosamente.

Jane le dio el brazo a su madre y la condujo al piso de arriba. Atravesaron varios pasillos comentando en voz baja el tamaño de la casa de Sakir y Rita, en cuyo salón principal cabía su casa entera.

El cuarto azul era amplio y confortable. La ropa de cama, las almohadas y las paredes eran de diferentes tonos de azul. Tara quería deshacer las maletas antes que nada, pero, como Jane

esperaba, sus ropas y efectos personales estaban ya colocados en sus respectivos sitios.

Tara dejó escapar un leve suspiro, se sentó en la cama, con la espalda apoyada en el cabecero, y le hizo una seña a su hija.

—Ven aquí, tesoro.

Jane, que se sentía como si tuviera seis años, se subió en la cama y se acurrucó junto a su madre.

Tara olía a lavanda y a vainilla, y Jane reposó la cabeza sobre su regazo.

—Ahora, cuéntame qué está pasando —dijo su madre con voz suave.

Jane le habló de sus citas con Bobby Callahan, omitiendo, naturalmente, la noche que compartieron en la fiesta benéfica de los Turnbolt. Luego le explicó lo que ocurría entre Sakir y Bobby.

Tara se tomó un momento antes de contestar, pero cuando lo hizo su voz sonó suave y llena de sabiduría.

—Parece que tanto Sakir como Bobby tienen sus razones.

—Lo sé.

—La historia de Bobby es muy dura. Es mucha carga para que la sobrelleve una sola persona.

—Y esconde muy bien su dolor.

—¿Con amargura y una buena defensa?

Jane levantó la mirada, sorprendida.

—Sí.

—Bueno, ésa es una reacción natural a la felicidad o al placer, o a cualquier cosa buena que ocurra.

—¿Por qué? —preguntó Jane.

Tara sacudió la cabeza y dijo casi con melancolía:

—Uno se siente culpable por disfrutar de la vida si otros miembros de su familia no pueden —besó a Jane en la frente con ternura—. ¿No recuerdas cuando fuimos a la playa por primera vez después de que perdiera la vista? ¿No recuerdas cómo te sentías?

Culpable y avergonzada. Sí, Tara tenía razón.

—Bueno, no sé si es rabia o culpa lo que siente Bobby, pero, sea lo que sea, es lo que le mueve a actuar. —Jane se sentó y tomó las manos de su madre—. Me gusta mucho, mamá, pero no puedo evitar preguntarme si Sakir tiene razón —se encogió de hombros al recordar lo sucedido esa noche—. Tal vez sea mejor que me

mantenga alejada de él.

Tara sonrió.

—Sólo tú puedes tomar esa decisión.

—¿Qué harías tú?

—Bueno, tesoro —dijo Tara, riendo—, no sé qué contestar a eso. Yo estoy en el mismo barco que Bobby Callahan. Todavía estoy llena de amargura.

—¿Qué? —Jane miró a su madre con extrañeza—. Eso no es cierto.

—Al igual que tu amigo, lo disimulo muy bien. Quizá mejor que la mayoría. —Tara volvió a apoyar la cabeza de Jane sobre su regazo—. Pero, a diferencia de Bobby, creo que soy demasiado mayor para cambiar esa parte de mi carácter.

Cielo santo, si su madre se sentía así, ¿qué debía pensar ella de Bobby Callahan? ¿Cambiaría alguna vez? ¿Se desprendería de su amargura y abrazaría la vida? ¿Quería hacerlo?

Jane no podía evitar preguntarse si veía con claridad las cosas o si las percibía a través de un filtro rosado de su propia invención.

—Bueno —dijo con voz crispada—, parece que me estoy enamorando de un hombre que no puede ofrecerme nada.

—Es extraño —dijo Tara, emocionada— que nuestras vidas tengan que seguir un camino parecido.

—¿Qué quieres decir?

—Yo también me enamoré de un hombre que no podía ofrecerme nada.

El padre de Sakir y Zayad. Sí, él estaba casado y ocupaba el trono de un país. No estaba disponible.

—Pero no me arrepiento —dijo Tara, y se inclinó para darle a su hija otro beso en la frente—. A fin de cuentas, gracias a él te tengo a ti.

—Llama a esa chica y dile que venga.

Bobby ignoró la ridícula exigencia de Abel mientras ayudaba a Laura Parker a ponerse el casco de montar. Eran casi las ocho de la mañana, el sol brillaba con fuerza y Bobby tenía un grupo de jinetes esperando. Por primera vez desde que había llevado a Jane a casa la noche anterior, no estaba pensando en ella.

Pero, gracias a Abel, Jane volvía a ocupar su cabeza.

—Dijo que quería ayudar, ¿no? —insistió Abel.

—Sí —mascullo Bobby.
—Pues hoy vamos a necesitar ayuda. Tenemos el doble de alumnos que de costumbre.
—Podemos arreglárnoslas perfectamente.
—No seas idiota.
Bobby lo miró con irritación.
—De todas formas, no vendría. Algo me dice que hoy no quiere verme.
—¿Y eso por qué? ¿Qué has hecho?
—Lo que hago siempre.
La yegua que había junto a Abel se removió y le pisó. Abel profirió un juramento y luego miró avergonzado al adolescente al que estaba ayudando a cepillar el caballo. Bajó la voz y se inclinó hacia Bobby.
—Acabarás más solo que una cabra vieja.
—Mira quién habla —replicó Bobby.
El chico se echó a reír y, al ver que Abel lo miraba malhumorado, se paró en seco. Abel se inclinó de nuevo hacia Bobby y susurró:
—Eso no fue decisión mía y lo sabes muy bien.
Bobby espantó una mosca.
—Vale.
—Pero tú sí tienes elección, chico.
Bobby miró a Abel a los ojos, dispuesto a decirle que no se metiera en sus asuntos. Abel llevaba demasiado tiempo con él. Sabía demasiado y decía todo lo que se le pasaba por la cabeza sin preocuparle las consecuencias. Pero era también un buen amigo, así que Bobby se mordió la lengua y mascculló:
—No tengo tiempo para esto. Tú mismo has dicho que hoy tenemos mucha gente —y se alejó.
—¿Seguro que no importa que vaya contigo?
—Seguro —le aseguró Jane a su madre mientras conducía uno de los coches de Sakir hacia el camino de entrada del rancho KC—. El capataz de Bobby ha dicho que le encantaría tener más manos para ayudar a los niños con los arreos, ponerlos en fila y esas cosas.
—Porque no quiero ser una carga.
El cálido sol de la mañana se colaba por la ventanilla del pasajero e iluminaba el bello rostro de su madre en un pálido

resplandor amarillo.

—¿Por qué dices eso, mamá? Tú no sueles…

—¿Compadecerme de mí misma? Sí, lo sé. —Tara se rió suavemente—. Es que últimamente me siento un poco sola.

—¿Con todos los amigos que tienes? —preguntó Jane al aparcar el coche en uno de los sitios vacantes que había delante de la casa de Bobby.

Tara se encogió de hombros.

—Supongo que no son la clase de amigos que quiero.

Jane comprendió de pronto.

—Ah.

En veintitantos años, Jane nunca había notado que su madre se sintiera sola, que añorara la compañía de un hombre. Tara siempre había estado inmersa en la vida, en su arte y dedicada a Jane. Pero, naturalmente, añoraba la compañía, el amor.

¿Y quién no?

Jane rodeó el coche y abrió la puerta de su madre. Tara tomó su mano y las dos echaron a andar por el caminito que llevaba a la casa.

—Hace mucho tiempo que salgo de pesca, por así decirlo.

—No creo que las cosas hayan cambiado mucho. Todavía hay muchos tiburones por ahí fuera. —Jane sonrió—. Pero de vez en cuando se pesca un buen pez.

Tara se echó a reír.

—Me gusta esa metáfora. Va muy bien con mi personalidad de Piséis —apretó la mano de Jane y luego dijo en voz baja—. Entonces, ¿no te importa? ¿Tengo tu bendición para salir con algún hombre?

—No es que la necesites, pero claro que la tienes. Vete de pesca, mamá.

—¡De pesca! —exclamó una voz ronca y viril desde el porche. Jane levantó la mirada y vio a Abel Garret apoyado en la barandilla, sonriéndoles—. Hoy tenéis planes con un par de caballos. Nada de escaquearse para ir a pescar truchas, ¿entendido?

Si supiera a qué se referían, pensó Jane, divertida. Se volvió hacia Tara, que de pronto parecía un poco azorada.

—Mamá, éste es Abel Garre t, el capataz del rancho KC.

—Entre otras cosas. —Abel, que sabía que Tara era ciega, bajó

las escaleras como un hombre de la mitad de su edad y tomó la mano de Tara entre las suyas—. Es un placer, señora. —Tara refunfuñó y luego se echó a reír—. ¿Qué he dicho? —le preguntó Abel a Jane, sorprendido.

Jane hizo una mueca.

—Señora.

—Hace que me sienta muy vieja, señor Garret —dijo Tara, cuya cara relucía, llena de humor y buena salud.

—Ah, ya veo. —Abel miraba fijamente a Tara y le sonreía como si pudiera verlo—. Parece que tiene veintinueve años, ni un día más. Pero ¿qué te parece si yo te llamo Tara y tú me llamas Abel?

Tara sonrió.

—Trato hecho, Abel.

De pronto, Jane sintió que sobraba. Había oído hablar de esa sensación, pero nunca la había experimentado. Abel y Tara permanecían allí de pie, muy cerca, ajenos a su presencia, y hablaban en voz baja sobre el rancho y el trabajo de Abel. Ni siquiera parecían darse cuenta de que Jane seguía allí.

Jane no quería estorbarles, pero tenía ganas de ver a Bobby. Se alegraba de que Bobby le hubiera dicho a Abel que llamara para invitarla al rancho, de que hubiera permitido que su muralla y su orgullo se derrumbaran un poco y de que hubiera reconocido que quería verla de nuevo. Naturalmente, Jane no sabía aún qué iba a pasar entre ellos, pero el solo hecho de que Bobby hubiera dado aquel paso le hacía abrigar ciertas esperanzas.

Volviéndose hacia Abel, le preguntó:

—¿Está Bobby por aquí?

Abel salió de su ensoñación el tiempo justo para asentir con la cabeza, aunque siguió mirando a Tara.

—Está en el picadero. ¿Por qué no vas para allá?

—¿Mamá? —Dijo Jane, tocando el brazo de su madre—. ¿Vienes?

—Tengo limonada en el porche —se apresuró a decir Abel—. Si te apetece, Tara…

—¿Recién exprimida? —preguntó Tara.

Abel intentó parecer escandalizado.

—Esto es el campo, señorita. ¿Cómo va a ser si no?

Tara sacudió la cabeza y dijo:

—Me gusta que me llames «señorita». Mucho mejor que «señora».

Los dos se echaron a reír y esta vez fue Jane quien sacudió la cabeza. Su madre estaba ligando. Jane ignoraba si Abel era un tiburón o un buen pez, pero estaba decidida a sonsacárselo a su jefe.

—Está bien —dijo por fin—. Voy a buscar a Bobby.

Los dos le dijeron adiós con la mano mientras se alejaba y luego Abel tomó a Tara de la mano y la condujo al porche. Jane rodeó el lateral de la casa y siguió bajando por el caminito.

El rancho estaba tranquilo, y se preguntó dónde estaban los niños. Abel le había dicho que ese día les faltaba personal porque tenían un grupo muy numeroso de niños. Pero, pensándolo bien, se dijo, no había muchos coches aparcados delante de la casa.

Mientras andaba por el camino, en dirección al picadero, se tropezó con Bobby. Él pareció sorprendido. Y también azorado y, si Jane no se equivocaba, lleno de deseo.

—Jane…

—Hola.

El la miró con fijeza y luego dijo con excesiva causticidad:

—¿Qué estás haciendo aquí?

Capítulo 8

Jane era como un soplo de aire fresco sobre su piel caliente y sudorosa. Hacía que el sol brillara con más fuerza y que el deseo tensara sus entrañas.

—Abel me dijo que os vendría bien un poco de ayuda —ella observó su cara mientras, poco a poco, una expresión desilusionada iba a aposentándose en sus grandes ojos verdes—. Pero la invitación no salió de ti, ¿verdad?

Él apretó la mandíbula.

—No.

Ella no dijo nada, se limitó a asentir lentamente y luego dio media vuelta y se alejó de él.

Bobby la siguió.

—Espera un momento, Jane.

Ella se tropezó con una piedra, se enderezó y masculló con aspereza:

—No.

—¿Adonde vas?

—Al coche —respondió ella y, levantando la barbilla, echó a andar por el camino.

—¿Por qué? Ya que estás aquí, quédate —soltó una maldición en voz baja—. Quiero que te quedes.

Ella se giró bruscamente y lo miró con exasperación.

—Mira, a mí no me gustan estos jueguecitos. Nunca me han gustado. Me parecen una pérdida de tiempo. O quieres verme, o no quieres verme. Y, después de lo de anoche, creo que me merezco

una respuesta.

Bobby sintió una oleada de frustración. Miró al establo que había a su derecha y la agarró de la mano.

—Ven conmigo.

—No quiero.

Pero él no le hizo caso. Jane intentó desasirse, pero él la llevó a rastras hasta el establo, abrió la puerta de una patada y la metió dentro. Una vez allí, la empujó contra la puerta de una caballeriza vacía y apoyó las manos junto a sus hombros para que no pudiera escapar. Luego la miró fijamente a los ojos.

—El que no haya sido yo quien te invitara, no significa que no quiera que estés aquí.

—¿Ah, no? —replicó ella.

—Demonios, Jane, anoche te deseaba. Pero…

—Pero ¿qué? —Insistió ella con aspereza, achicando los ojos—. Me gustaría saber por qué me llevaste a casa después de lo que a mí me pareció una tarde fantástica.

¿Qué podía decir él? ¿Que estaba muerto de miedo? ¿Que el curso que estaban tomando las cosas lo asustaba, que le gustaba ella, que la echaba de menos, que ansiaba mandar sus planes al garete y estar con ella?

Jane cruzó los brazos.

—Contesta o deja que me vaya.

Sus ojos verdes brillaban, llenos de furia, y su cuerpo alto y fibroso parecía rígido. Su boca, carnosa y provocativa, temblaba. Bobby intentó refrenar la tensión que se iba a apoderando de él, y perdió la batalla. No podía pensar. La besó con pasión y la enlazó por la cintura.

Al principio, Jane permaneció inmóvil, con los labios cerrados y prietos; luego pareció derrumbarse y abrió la boca. Al ceder a la presión del beso de Bobby, su respiración se agitó.

Un fuego repentino se encendió entre los muslos de Bobby al sentir su reacción, y la abrazó con más fuerza. Por eso no le había pedido que fuera al rancho. Por eso la había llevado a casa la noche anterior mucho antes de lo que hubiera querido. Jane le hacía olvidar quién era y lo que tenía que hacer.

La ira que se agitaba dentro de él sólo lograba alimentar el deseo. Abrió la boca y dejó que su lengua explorara la costura entre

sus labios, tan lisos y suaves. Ella dejó escapar un gemido de satisfacción y hundió los dedos en su pelo.

Justo cuando Bobby pensaba que ella iba a atraer su cara hacia sí, Jane hizo lo contrario. Le apartó la cabeza y lo miró levantando una ceja.

—¿Eso era una disculpa? —preguntó con la respiración trabajosa y una mirada líquida.

—Pudiera ser.

—Más te vale.

Bobby sonrió.

—¿Ha funcionado? ¿Estoy perdonado?

—No sé —dijo ella despacio mientras acariciaba con los pulgares sus pómulos—. El castigo por comportarte como un capullo anoche debería ser algo más que un besito.

—¿Un besito? —repitió él, agarrándola por la espalda.

—Ya me has oído —ella lo miró con fijeza—. Deja de jugar conmigo, Callahan.

—De acuerdo —aquella promesa iba a matarlo. Deslizó el muslo entre sus piernas y frotó su entrepierna—. ¿Quieres montar?

—¿Te refieres a montar a caballo o a otra cosa?

—Primero a lo uno y luego a lo otro.

—¿Y qué hay del trabajo que tenía que hacer? —susurró ella con las mejillas coloradas.

—El próximo grupo llega dentro de dos horas.

—¿Dos horas? —Repitió Jane con una sonrisa—. Abel no me lo dijo.

Bobby se inclinó hacia ella y le besó el cuello.

—Abel cree que tiene que hacer de Celestino.

Jane dejó escapar un suave suspiro y logró decir:

—A nosotros ya no nos hace falta.

—Sí —masculló él mientras seguía besándola—. Nosotros ya somos almas gemelas.

Jane contuvo el aliento. Bobby le sostuvo la mirada un momento. ¿Por qué demonios había dicho eso? A fin de cuentas, él no creía en todas esas chorradas del romanticismo de tarjeta de felicitación.

Apretó los dientes y se hizo una pregunta alarmante. ¿Era posible que sus dos mundos, el de la realidad y el de la fantasía,

hubieran chocado de pronto?

Pero no tuvo tiempo de buscar una respuesta. Jane le rodeó los brazos con el cuello y atrajo su cabeza para volver a besarlo.

El sol, caliente e ineludible, caía a plomo sobre la espalda de Jane.

Ese día llevaba su propio caballo. Aunque el día anterior le había encantado montar junto a Bobby, rodeándole la cintura con los brazos, quería experimentar algo nuevo e impresionar con sus habilidades de amazona al hombre que iba a su lado.

Y sólo se había caído una vez.

Cosa rara, su caballo se había parado de pronto delante de un cactus particularmente grande. Por suerte iban al paso; si no, ella habría acabado con más de un rasguño.

—Vamos a darles un descanso a los caballos —dijo Bobby cuando llevaban un rato cabalgando—. Hay un estanque al otro lado de ese cerro. Podemos darnos un baño.

Ella sonrió.

—Supongo que aquí no habrá duchas, ¿no?

—Chica de ciudad… —dijo Bobby, divertido. Estaba muy *sexy* con sus vaqueros desgastados y su camiseta blanca, montado en su potro gris como si hubiera nacido sobre él—. ¿Sabes?, si de veras quieres convertirte en una vaquera, no creo que debas esperar encontrarte una ducha en el camino.

—¿Quién dice que quiera ser una vaquera? —replicó ella mientras subían por el cerro, más allá del cual había un estanque en forma de riñón, con el agua muy clara y en calma.

—Tienes razón —dijo él, buscando su mirada—. No estás segura de que vayas a acabar en Texas, ¿verdad?

—No estoy segura de dónde voy a acabar, y punto.

Bobby apartó su mirada de ella y señaló el estanque.

—¿Sabes?, no puedes meterte en el agua con la ropa puesta.

—No, supongo que no.

—Pero el agua tiene muy buen pinta —comentó él y, pasando la pierna por encima de la silla, desmontó de un salto.

—No me molesta bañarme en cueros, señor Callahan —dijo Jane.

Bobby la ayudó a bajar de la hermosa yegua castaña. Ató a los caballos y luego volvió junto a ella.

—Ya mí no me molesta mirarte —dijo en tono travieso—. Aunque también me apetece acompañarte.

—Um, no sé. Bañarse en cueros con compañía es otra historia —dijo en broma.

El esbozó una sonrisa provocativa y, agarrando el borde de su camiseta azul claro, empezó a subírselo lentamente.

—Hay peces muy malos en ese estanque.

—¿Ah, sí?

Él asintió.

—¿Quién te protegerá?

—Buena pregunta —ella levantó los brazos por encima de la cabeza y dejó que le quitara la camiseta.

Bobby la tiró sobre una peña y luego posó la mirada en el botón de sus vaqueros.

—¿Sigo?

—Creo que a partir de aquí puedo apañármelas yo sola —respondió ella, y se desabrochó los pantalones mientras se preguntaba cuándo iba a hacer Bobby lo mismo y qué aspecto tendría desnudo a pleno sol—. Bueno, ¿qué probabilidad hay de que alguien nos vea?

—Ninguna —le dijo Bobby—. Nadie viene hasta tan lejos, excepto yo y Abel y, como tú misma has dicho, Abel está muy ocupado con tu madre.

Jane se olvidó del sujetador y las bragas. De hecho, se olvidó de respirar al ver que Bobby se quitaba la camiseta. El tiempo pareció ralentizarse de pronto, y las leves notas de una canción de amor de Al Green comenzaron a sonar en su cabeza. Moreno y fibroso, Bobby Callahan era digno de verse. Jane sólo lo había visto desnudo la noche que compartieron la cama en casa de los Turnbolt, y entonces estaba oscuro. Recorrió con ojos ávidos su amplio pecho, sus pezones rodeados de un vello negro y disperso y su ombligo. Tragó saliva con dificultad y sintió un hormigueo en los pechos al imaginarse frotando sus pezones duros sobre el torso de Bobby.

Deseaba tocar su tripa, dura como la piedra y que parecía arañada por las uñas de una mujer. Vio que él bajaba las manos hacia la hebilla de su cinturón. Se lo desabrochó y se bajó la cremallera. Jane sintió una opresión en la garganta y en el pecho mientras veía cómo se quitaba los vaqueros y los ceñidos

calzoncillos de algodón que llevaba debajo.

Dejó escapar un suspiro al levantar la mirada y ver sus fuertes pantorrillas, sus poderosos muslos y su grueso sexo.

—Eh, oye. —Jane levantó la mirada, aturdida y sonrojada. Bobby sonrió—. Esto no es un espectáculo de *striptease*.

—Sí, ya —logró decir ella.

—Quítate eso y vamos a nadar.

Bobby se acercó a la orilla y se zambulló antes de que Jane entendiera lo que le había dicho.

Entonces se quitó rápidamente el sujetador y las bragas y corrió al agua. Pero apenas había metido los tobillos cuando Bobby volvió a emerger. Al verla andar bamboleando los pechos, con sus rizos negros entre las piernas, el deseo enturbió su cara.

Volvió a zambullirse y salió a la superficie justo delante de ella. Sin decir palabra, la estrechó entre sus brazos y la miró fijamente.

—Creo que no te he visto desnuda hasta ahora.

Ella se echó a reír y le rodeó con ligereza la cintura con las piernas.

—Yo estaba pensando lo mismo.

—¿Decepcionada? —preguntó Bobby con una sonrisa malévola, como si ya supiera la respuesta.

—¿Estás de broma? —dijo ella, que se sentía electrificada al sentir contra el vientre su verga dura y rígida.

Bobby le apartó un mechón de pelo de los ojos.

—¿Sabes?, Kimmy y yo solíamos venir a nadar aquí cuando éramos pequeños. La enseñó mi padre. Cuidaba mucho de ella, aunque ella no quería ni oír hablar del asunto.

—Da la impresión de que era una chica asombrosa.

—Sí. Una chica muy dura. Y muy cariñosa, también.

—Ojalá la hubiera conocido.

La mirada de Bobby se enterneció, y le acarició la mejilla con el pulgar.

—A ella también le habrías gustado.

—¿Por qué dices eso?

—Kimmy sentía debilidad por las personas divertidas y amables. Por la buena gente, supongo.

—¿Y tú sientes debilidad por algo, Bobby? —musitó junto a su boca, junto a aquella cicatriz que tanto la intrigaba.

—Sí, por ti.

Bobby deslizó la mano por su espalda y sus nalgas y acarició el vello suave que daba paso a la resbaladiza entrada de su cuerpo. Jane arqueó la espalda y cerró los ojos al notar el contacto de sus dedos.

—Y por esto —le susurró Bobby al oído al tiempo que le introducía un dedo.

Jane dejó escapar un gemido y comenzó a subir y bajar las caderas. Bobby le lamió la oreja. Aquella sensación, nueva para ella, la puso al borde del orgasmo en cuestión de segundos.

Se aferró a sus hombros y de pronto sintió deseos de tocarlo como él la estaba tocando a ella. Deslizó la mano sobre su pecho y su vientre hasta que tocó su miembro grueso y palpitante. Lo rodeó con la mano con fuerza y empezó a frotarlo de arriba abajo, desde la base a la punta, rodeando con el pulgar el terso glande hasta que sintió que algo caliente y pegajoso, muy diferente al agua del estanque, goteaba de la punta.

—Tan suave y duro… —jadeó, sintiéndose débil y a punto de deshacerse.

Su sexo palpitaba mientras él le hundía los dedos una y otra vez. A pesar del agua fresca, Jane sudaba. Masturbaba a Bobby como él a ella y notaba cómo se iba haciendo cada vez más rápida su respiración. Se arqueó, suspendida al borde del orgasmo.

Jane no pudo decir nada. El orgasmo se apoderó de ella. Sus músculos se tensaron, por dentro y por fuera, y dejó escapar un grito al sol y el cielo azul. Bobby la siguió, convulsionándose en oleadas mientras su verga palpitaba en la mano de Jane.

La pasión se extendió como un fuego voraz sobre su cara, hizo que sus ojos ardieran como llamas azules al alcanzar el éxtasis y que su boca se apoderara de la Jane con una pasión tan devoradora que Jane habría jurado que le estaban arrancando el alma del cuerpo.

Yacían juntos en un charco de sol, soñolientos y cómodos. No querían marcharse, pero…

—Los caballos están inquietos —dijo Jane, medio dormida.

Bobby se apoyó en el codo y la miró. Estaba muy *sexy*, desnudo y salpicado por algunas hebras de hierba.

—Lamento decirlo, pero se está haciendo tarde. Deberíamos

volver.

—Podemos volver más veces —dijo Jane.

—Sí, una y otra vez —dijo Bobby, riendo. Ella pasó la mirada por su cuerpo de tal forma que su risa se convirtió en deseo—. Está bien —dijo en tono de advertencia—. Será mejor que te vistas o me olvidaré de que tengo a un montón de chavales esperando.

Ella pareció horrorizada.

—No puedes hacer eso.

—Lo sé. —Bobby le tiró la camiseta y los pantalones—. Date prisa.

Se vistieron rápidamente y habían vuelto a montar para regresar a casa cuando Bobby se volvió hacia ella y preguntó:

—¿Todavía quieres ayudarnos con los chicos? No tienes por qué hacerlo. A fin de cuentas, Abel solo pretendía…

—Quiero quedarme, Bobby —le dijo ella con toda sinceridad.

Él asintió con la cabeza y se sintió como si le hubiera tocado la lotería.

Llegaron al rancho en menos de veinte minutos. Lo primero que vio Bobby fue una mujer alta y rubia, de más de cincuenta años, que estaba junto al corral, con Abel, cepillando a Missy, un caballo negro y dócil. Parecía insegura, pero Abel y ella se reían como si se conocieran de toda la vida.

Bobby no la conocía, pero estaba seguro de que era la madre de Jane, Tara Hefner. Y, al mirarla más de cerca, vio que tenía la boca y la figura esbelta y fibrosa de Jane.

Jane se apeó del caballo en cuanto llegaron junto a la pareja.

—Mamá, ¿qué estás haciendo?

—¿Tú qué crees? —dijo Tara, riendo.

—Pero si te dan miedo los caballos. Pensaba que sólo ibas a ayudar a los niños a ponerse los cascos y esas cosas.

Abel sonrió mirando a Tara y le dio unas palmaditas a Missy.

—¿Ah, sí, Tara? ¿Te dan miedo los caballos? Pues cualquiera lo diría. Da la impresión de que has estado con caballos toda la vida.

Tara se sonrojó y sacudió la cabeza.

—Vamos, Abel.

Asombrada, y quizás un poco molesta por la intimidad que parecía haber entre Abel y su madre, Jane tomó la mano de Tara y la condujo hacia Bobby.

—Mamá, quiero que conozcas a alguien. Éste es Bobby Callahan.

Tara Hefner era, igual que su hija, una mujer muy guapa y esbelta. Le tendió la mano y dijo con voz cálida:

—Hola, Bobby.

—Me alegra mucho conocerla, señora Hefner.

—Espero que no le importe tener otro ayudante.

—En absoluto. De hecho, mi padre solía decir: «no hace falta ser un genio para distinguir a un ángel bien dispuesto entre un rebaño de ovejas perezosas».

Tara sonrió e, inclinándose hacia él, susurró:

—Parece que su padre era un buen hombre.

—A mí me gusta pensar que lo era —dijo Bobby con voz crispada, y sintió la mirada inquisitiva de Jane fija en él.

En ese momento llegaron los chicos, y la conversación quedó interrumpida. Bobby puso a Jane a trabajar inmediatamente, ayudando con los preparativos. De vez en cuando la miraba y sentía que se le encogían las tripas, lleno de orgullo, cuando la veía animar a una jovencita a dejar su silla de ruedas para montarse a lomos de *Dandy*, una vieja yegua blanca. Jane parecía sentirse a sus anchas con él, con su vida y con su cuerpo. Sintió una oleada de deseo al recordar lo sucedido esa tarde.

Apartó la mirada hacia Abel y Tara, que estaba trabajando en equipo. Mientras Abel guiaba a dos caballos alrededor del picadero, Tara se sujetaba a la parte alta del estribo y hablaba con el chaval que iba sentado en la silla.

Aquélla era una escena apropiada para una mirada triste.

Hacía mucho tiempo que no había mujeres en el rancho, y todo allí, los niños, los caballos y el personal, parecía florecer bajo sus cuidados.

Bobby montó a Kitty Johnson a lomos de un viejo caballo y sintió un doloroso vacío en el estómago al darse cuenta de que la promesa que le había hecho a su padre pronto arrancaría para siempre aquella maravillosa y efímera visión de sus ojos.

Capítulo 9

Estaba casi oscureciendo cuando una Tara muy fatigada y una Jane radiante regresaron a la casa de los Al-Nayhal. La lujosa mansión parecía un poco fría tras la cálida modestia del rancho KC. Sobre todo, cuando Sakir Al-Nayhal, vestido con una vaporosa túnica, salió a recibirlas a la puerta principal con una expresión adusta y decidida.

—Buenas noches, hermana. Tara —las saludó inclinando la cabeza con una mirada tan severa que el buen humor de Jane se disipó ligeramente.

—Buenas noches, Sakir —se apresuró a decir Tara, que notó enseguida la tensión que había en el aire—. ¿Está Rita con nosotros?

—No, está con la niña. A Daya le está costando dormirse.

—Ah —dijo Tara, y se volvió hacia Jane—. Recuerdo cuántas noches pasé dando vueltas por el pasillo contigo en brazos.

—Sí, yo no quería dormir —le explicó Jane a Sakir—. Siempre fui una niña muy difícil.

—Eso no es cierto —dijo Tara con vehemencia.

Jane se echó a reír.

—Pero se me pasó con los años.

—No estoy tan seguro —dijo Sakir en voz baja, y añadió—. Has estado trabajando en el rancho KC, ¿verdad?

—Sí.

Sakir miró a Tara y suspiró.

—Por favor intenta hacer entrar en razón a tu hija, Tara.

Tara sonrió con paciencia.

—No es tan sencillo, Sakir.

—Debe serlo.

—Espera a que Daya crezca. Ya verás que, cuando son adultos, uno tiene muy poca influencia sobre sus decisiones.

Sakir levantó la barbilla y afirmó con orgullo:

—Eso no pasará con mi hija.

La sonrisa de Tara se hizo más amplia.

—Bien, creo que voy a subir a mi cuarto. Ha sido un día muy largo.

—Espera —dijo Jane, y la tomó de la mano—. Te llevo yo.

—No es necesario. —Sakir dio tres palmadas y Marian apareció en la puerta—. Por favor, lleve a la señora Hefner a su habitación.

Marian inclinó la cabeza y, acercándose a Tara, le puso una mano sobre el brazo.

—Señora Hefner…

—Buenas noches —dijo Tara con cierta vacilación—. Sed buenos el uno con el otro.

Jane, que sabía que debía tranquilizar a su madre, utilizó una frase de su infancia.

—Que sueñes con los angelitos, mamá.

Tara inclinó la cabeza y esbozó una dulce sonrisa antes de seguir al ama de llaves escaleras arriba.

Cuando se hubo ido, Sakir le indicó a Jane que lo siguiera al cuarto de estar, en cuya chimenea crepitaba un buen fuego. Jane se sentó junto a él en un largo sofá gris y aguardó a que dijera lo que tuviera que decir.

No tuvo que esperar mucho tiempo.

—Estás colada por él, ¿verdad?

Jane frunció las cejas y se echó a reír.

—¿Dónde has oído esa expresión?

—Lo ha dicho mi mujer. De ti y de Callahan.

—¿Ah, sí?

—Cree que estás enamorada —se recostó en el sofá y cruzó los brazos—. No puedo permitirlo, Jane. Sólo he aceptado que salieras con Bobby Callahan porque creía que no habría nada más. Sólo un par de salidas sin importancia. A fin de cuentas, desde que yo lo conozco nunca se ha tomado en serio a una mujer.

Jane se irguió en el asiento.

—¿Cómo lo sabes?

Sakir agitó la mano.

—Tengo medios para enterarme de las cosas —dijo.

Ella miró los ojos negros de su hermano, que tenían una expresión recelosa, y sonrió como una adolescente.

—Entonces, ¿no ha tenido ninguna novia formal?

Dándose cuenta de que lo que le había dicho con intención de advertirla sólo había conseguido alentar sus esperanzas, Sakir le lanzó una mirada penetrante.

—No te tomas esto en serio.

—Oh, créeme, Sakir, me lo tomo muy en serio.

Estaba claro que él no la creía, porque un momento después sacudió la cabeza y masculló:

—Me temo que tendré que prohibirte volver a verlo.

Jane rompió a reír sin poder contenerse.

—Vamos, Sakir.

—Hablo en serio.

—Hablas como si estuviéramos en el siglo XIX y fueras mi guardián.

—Como hermano tuyo, tengo derecho a decidir, e incluso a hacer exigencias.

La risa de Jane se cortó en seco. Miró a Sakir con fijeza. Su hermano no estaba bromeando. Y aquello no era una riña entre hermanos. Era un edicto del príncipe Al-Nayhal.

—Quiero que entiendas una cosa —le dijo, muy seria, sin apartar la mirada de él—. No tienes derechos sobre mí. Te quiero, Sakir, pero soy una mujer adulta.

Él prosiguió, como si no la hubiera oído:

—Mientras estés bajo mi techo…

—Por favor, no sigas por ahí.

—Jane…

—Hablo en serio, Sakir. Ése es un camino peligroso.

—También lo es el que estás siguiendo tú —replicó él—. Nuestro padre no lo permitiría.

—Yo no tengo padre —contestó ella con una acritud que la sorprendió. Pero la verdad era que nunca se pararía a considerar los deseos de un padre al que no había conocido en vida, ni de un

hermano que apenas la conocía y que, sin embargo, creía saber qué era lo mejor para ella.

—Puede que no conocieras al gran sultán —dijo Sakir con crispación—. Pero él no habría permitido que esto continuara, y me temo que yo tampoco puedo permitirlo.

Se miraron el uno al otro. Por fin, Jane se levantó y asintió con la cabeza.

—Me iré a primera hora de la mañana.

Una mancha roja inundó la cara de Sakir.

—Eso tampoco lo permitiré.

Ella no dijo nada. Tenía un nudo en la garganta. Su nueva familia le estaba causando un tremendo dolor al forzarla a tomar decisiones muy difíciles.

Pero sabía que la decisión de apartarse de Sakir era en ese momento la más fácil que tomaría nunca.

—Somos un par de zoquetes.

—¿De dónde has sacado esa idea? —preguntó Bobby. Abel y él estaban sentados en los escalones del porche, con una cerveza en la mano, como habían hecho casi cada noche desde que Abel llegara a trabajar al KC.

La voz de Abel parecía cargara de melancolía.

—Otra noche sin mujeres.

—Habla por ti. Yo salí anoche —le recordó Bobby.

—¿Y dónde está esa linda muchacha esta noche?

—En casa de Al-Nayhal.

Abel notó su tono de exasperación y se mordió el labio.

—¿Sabes?, esa Tara es muy guapa.

—Eso crees, ¿eh?

—Sí. La mujer más guapa que he visto desde… —Su voz se apagó y pareció ligeramente apenado por haber estado a punto de hablar de su ex mujer, lo cual era comprensible. La había querido muchísimo.

—Tal vez deberías hacer algo al respecto —sugirió Bobby, pensando que Abel se merecía un poco de amor después de todo lo que había sufrido.

—Tal vez.

—¿Cuál es el problema? —Preguntó Bobby—. ¿Te da miedo arriesgarte otra vez?

Abel bebió un trago de cerveza.

—Soy demasiado viejo para que me arranquen las tripas.

—Sí, ya lo veo.

Abel se echó a reír.

—Claro, que tampoco quiero acabar como tú.

Bobby se removió en el peldaño de madera y le lanzó una mirada de reproche.

—¿Qué cono significa eso?

—Siempre de flor en flor. Ni siquiera te da tiempo a conocerlas antes de decirles adiós.

Bobby se encogió de hombros.

—No he encontrado a la chica adecuada, eso es todo. Pero eso no es asunto tuyo.

Abel ignoró este último comentario.

—Pues a mí Jane me parece muy adecuada.

A Bobby, también.

Maldita fuera.

La imagen de unas piernas entrelazadas, de unos dedos húmedos y de una extraña intimidad que iba mucho más allá de lo meramente físico, cruzó su cerebro.

Maldita fuera Jane.

Masculló una maldición, puso su lata de cerveza vacía en la mano de Abel y farfulló:

—Hasta luego.

Mientras bajaba por el caminito que llevaba a la entrada de coches, Abel dijo alzando la voz:

—¿Adonde vas?

—Necesito aclarar un poco mis ideas —contestó Bobby.

—Como si fuera tan fácil —oyó que decía el capataz con una risa irónica mientras se dirigía a su camioneta.

El peso de su cuerpo casi la asfixiaba.

Un manto de dulces y húmedos besos cubría su boca. Rodeaba la cintura de Bobby con las piernas y levantaba las caderas. Él la penetraba lentamente, poco a poco, y ella se deleitaba en aquella dulce invasión.

Luego, tras un destello rojo, se hallaban completamente vestidos y Sakir apartaba a Bobby de su lado y le daba un puñetazo en el estómago. Bobby dejaba escapar un gemido gutural y se arrojaba

sobre Sakir. Jane los observaba, impotente, mientras luchaban sin miedo y sin descanso durante lo que le parecía una eternidad.

De pronto, Bobby era ella, y era ella la que se peleaba con su hermano con la fuerza de un hombre. Sentía los fuertes golpes de Sakir en la mandíbula y las costillas. Sentía la tristeza, el horror y la adrenalina que le impedía huir, que la impulsaba a seguir luchando a pensar del dolor y de las lágrimas que bañaban sus mejillas…

—Hola, cariño.

Jane abrió los ojos y al instante se vio liberada de su pesadilla. Estaba en su cuarto, y el olor de las sábanas limpias y de la brisa nocturna inundaba sus sentidos.

Pero había alguien más en la habitación.

Le dio un vuelco el corazón y se sentó. Se quedó mirando a los ojos al hombre con el que había estado soñando.

—Oh, Dios mío, Bobby…

—Chist… —dijo él, poniéndole un dedo sobre los labios.

Jane miró el reloj. Eran las doce menos cuarto.

—¿Cómo has entrado?

—Por la ventana.

Ella ladeó la cabeza y vio que la ventana estaba abierta.

—Pero estamos en el segundo piso, y hay perros y un guarda.

—Sí —él posó la mirada, negra e intensa, en sus labios. Alargó la mano y trazó con la yema del dedo la línea de su mandíbula—. Pero necesitaba verte.

Jane comprendió de pronto que estaba de verdad allí, en su habitación, en su cama.

—¿Ocurre algo o…?

Él deslizó un dedo sobre su labio superior.

—No ocurre nada, cariño. Sólo que quiero darte una cosa.

—¿Qué cosa?

—Esto. —Bobby la tumbó suavemente sobre el colchón y se tendió sobre ella, introduciendo el muslo entre sus piernas—. Y esto —musitó, y se apoderó ávidamente de su boca.

Capítulo 10

Jane sólo deseaba sentirlo dentro.

Desde aquella primera noche, en casa de los Turnbolt, se había preguntado si los deliciosos estremecimientos que había sentido tendida bajo Bobby eran reales o sólo un fruto de su romántica imaginación.

Bajó la mirada e inhaló entre dientes una bocanada de aire; tenía la piel caliente y se sentía recorrida por una corriente eléctrica. Bobby yacía entre sus piernas, desgranando una senda de besos desde sus rodillas a la parte interior de su muslo.

Al ver aquella imagen, sus entrañas se estremecieron dolorosamente. Nunca antes había experimentado aquella sensación. Una sensación poderosa y palpitante que corría directamente de su cerebro a su sangre.

—Eres tan dulce, Jane —musitó Bobby contra la piel caliente de su muslo mientras la lamía, la chupaba y la mordía, deslizándose hacia su sexo.

Jane se apoyó sobre los codos para mirarlo, movida quizás por un puro instinto sexual, o quizá porque sentía una necesidad desesperada de sentirse unida a él. Bobby le separó suavemente los muslos y hundió la cabeza.

Una sacudida eléctrica recorrió a Jane cuando su lengua tocó su sexo. Tenía la sensación de que aquellos gemidos y jadeos no procedían de ella, pero la tensión que sentía en la garganta demostraba lo contrario. Su mirada se movía sobre Bobby.

El tenía las manos sobre sus caderas, con los dedos hundidos en

sus nalgas, y la negra cabeza enterrada entre sus muslos.

Su lengua iba trazando un sendero de fuego a medida que se movía arriba y abajo sobre los pliegues de su vulva. Sus movimientos eran rudos y hambrientos, y Jane notó que alzaba las caderas y que se restregaba contra su boca, impulsada por el instinto.

Echó la cabeza hacia atrás, lo agarró del pelo y apretó su cabeza contra ella.

Bobby nunca había dejado que una mujer se satisficiera tan abiertamente. Mientras se frotaba contra su boca, Jane no escondía su deseo, y él la adoraba por ello.

—Por favor —jadeó ella.

—¿Qué quieres, cariño? —dijo Bobby; su erección se apretaba contra la cremallera de los vaqueros mientras el olor salobre del sexo de Jane invadía sus fosas nasales—. ¿Con la boca o con…?

—Te quiero dentro de mí.

Eso era también lo que quería Bobby. Tal vez fuera tonto por necesitar tanto a aquella mujer. Pero no podía evitarlo. Mientras se ponía un preservativo, se dio cuenta de cuánto ansiaba poder recordar esa noche, el modo en que había amado a Jane, la forma en que se había entregado a ella, como no podría hacer nunca fuera de la cama.

Pero todos sus pensamientos y sus vanas esperanzas se desvanecieron cuando Jane se removió bajo él y arqueó las caderas, insatisfecha. Bobby posó la mirada en su sexo, húmedo, rosado y reluciente. El miedo se mezclaba con el deseo que poseía cada músculo de su cuerpo. Unirse a ella, hundirse en su cuerpo, significaba más para él de lo que nunca hubiera creído posible.

Por un instante, pensó en hundir de nuevo la cabeza entre sus bellos muslos y lanzarla al cielo con la lengua y los dedos. Pero ella lo miraba con fijeza y parecía arder con el mismo fuego que recorría sus venas.

Jane abrió las piernas y le tendió los brazos.

—Por favor, Bobby…

—Sí, sí, cariño —con una sola embestida, atravesó el estrecho pasaje y encontró el cielo.

—Bobby… —jadeó ella al tiempo que sus músculos se cerraban alrededor de su verga como un puño.

Bobby quedó aturdido; la sangre atronaba sus oídos. Dejó de pensar en la venganza, en la culpa, en la lujuria y la esperanza y sintió únicamente una euforia tranquilizadora.

Con la boca pegada al cuello de Jane y el miembro hundido en su cuerpo, musitó:

—Dime que esta vez no vas a irte.

—No, no voy a ir a ninguna parte —dijo ella y, aferrándose a él, comenzó a subir y bajar las caderas lentamente, urgiéndole a moverse.

Bobby no pudo contenerse más. Empezó a subir y bajar una y otra vez, hundiéndose en ella. Su carne húmeda se frotaba contra la cíe Jane. Aquel sonido, mezclado con los gemidos de Jane, lo volvía loco.

Bobby sabía que podían oírlos, y procuraba sofocar sus gemidos con la boca. Una neblina rojiza cubría la habitación y recubría su mente. Siguió subiendo y bajando hasta que sintió temblar a Jane al alcanzar el orgasmo. Los besos ansiosos de Jane sofocaron su grito de placer.

Pasaron unos minutos, tal vez más, Bobby no estaba seguro. Se sentía exhausto, sin ganas de moverse. No recordaba haberse sentido nunca tan satisfecho, tan vivo. Y, al mismo tiempo, tan asustado.

—Bobby…

Él buscó su mirada soñolienta y lujuriosa.

—¿Sí, cariño?

Ella posó la mano sobre su mejilla.

—Hay algo que tengo que preguntarte.

—Está bien.

Ella esbozó una lenta sonrisa.

—¿Pretendías infiltrarte esta noche en la fortaleza del enemigo?

—No es ningún secreto que no soy bien recibido en esta casa. Sí, me satisface haber llegado hasta aquí, a tu cuarto, sin ser descubierto. Pero, créeme, lo único que pretendía al trepar por ese árbol era verte, cariño.

—¿Me echabas de menos?

—Pues sí.

—Bien —ella lo besó despacio y luego musitó—. Pero tal vez ahora debas irte.

Él se tumbó de espaldas y se echó a reír.

—Eso no es lo que uno quiere oír justo después de hacer el amor.

—Lo sé, pero no podría soportar otra pelea esta noche.

—¿Otra? ¿Qué quieres decir?

—Sakir y yo hemos discutido.

—¿Por mí?

—No, por mí. Quiere imponerme su sabiduría fraternal.

—Quiere que te mantengas alejada de mí —dijo él, irritado.

—En realidad, me ha exigido que no vuelva a verte —dijo Jane—, como si tuviera doce años.

—Puede que para él los tengas —repuso Bobby, y de pronto sintió que había cometido un error al ir allí. Le pesaba haberle causado algún inconveniente a Jane, haber provocado una disputa entre su hermano y ella. En realidad, empezaba a despreciarse a sí mismo más de lo que despreciaba a Sakir.

—¿Qué le has dicho? —preguntó con más aspereza de la que pretendía—. Porque ésta no va a ser nuestra última cita.

—Le dije que era una mujer adulta y que yo decido lo que hago y cometo mis propios errores —«errores». Aquella palabra atravesó a Bobby como una sierra—. Sólo necesito alejarme un poco de él, nada más —añadió Jane encogiéndose de hombros.

Bobby miró a su alrededor.

—Bueno, esta casa es bastante grande.

—Yo no lo creo. Le dije que me marchaba.

Bobby se incorporó, sorprendido.

—¿Qué?

—Seguramente me iré a un hotel un par de días.

Bobby sintió una cálida oleada de alivio al saber que no pensaba marcharse de la ciudad inmediatamente, y se relajó un momento. Pero un instante después se dio cuenta de otra cosa. No estaba enfadado porque la ausencia de Jane significara el fracaso de su plan de venganza. No, estaba enfadado porque iba a pasar días y noches sin ella.

Estaba con el agua al cuello y rodeado de tiburones.

—Tengo que organizar la fiesta del sábado para el bebé —dijo Jane—. Así que no puedo irme muy lejos.

—¿Vas a organizar la fiesta después de lo que ha pasado?

—Claro que sí —contestó ella con firmeza—. Daya es mi sobrina. Este asunto ha enfriado las cosas, pero yo nunca me escaqueo de un compromiso.

No, él estaba seguro de que no.

—No vas a ir a ningún hotel, Jane —dijo sin pensárselo dos veces.

Ella suspiró y se apartó de él.

—No empieces tú también.

—No pretendo darte órdenes, Jane, sólo te estoy pidiendo que te quedes conmigo.

—Bobby, eres un cielo, pero…

—Al diablo con eso —gruñó él, y se levantó de la cama—. No es más que puro egoísmo. Antes no le he dado importancia, pero si tengo que volver a trepar por esa espaldera, puede que acabe hecho papilla.

Ella se echó a reír mientras le veía ponerse los vaqueros.

—Eso no podemos permitirlo.

—No, desde luego que no.

Jane inhaló profundamente y se encogió de hombros.

—No sé. Mi madre tiene que venir conmigo y…

—Tara y tú podéis quedaros en casa de Abel —se apresuró a decirle Bobby—. Está separada de la casa principal, pero muy cerca, por si necesitáis algo.

—No sé, Bobby…

—Sí, claro que lo sabes —él sonrió al tiempo que se ponía la camisa de franela—. Es un plan fabuloso y tú lo sabes.

Bobby vio que diez emociones distintas cruzaban el semblante de Jane mientras sopesaba los pros y los contras de su ofrecimiento. Luego, finalmente, ella sonrió.

—De acuerdo.

—Bien. Vendré a buscaros a eso de las siete.

—No, iremos nosotras.

Bobby, que comprendía que Jane necesitaba un poco de independencia, asintió con la cabeza y le dio un beso antes de volver a salir por la ventana y bajar por la espaldera.

Una sonrisa afloró a su boca. No podía haber pedido nada más. Jane en su casa y en sus tierras, y la dulce certeza de que entre los dos estaban haciendo pagar a Sakir Al-Nayhal por su arrogancia.

Para Jane, abandonar la casa de su hermano había sido un paso muy difícil. Rita se había enfadado con su marido por su estupidez y durante esa mañana había intentado en varias ocasiones hacerle entrar en razón para que se disculpara con Jane. Pero él se mostraba inflexible. Estaba convencido de que Bobby se proponía hacerle daño a Jane, y había dejado bien claro que no pensaba consentirlo quedándose de brazos cruzados.

Al acompañar a Jane al coche de alquiler, Rita le había hecho prometer que su mudanza sería sólo temporal. Jane le dijo a su cuñada que todo dependía de que Sakir entrara en razón y le aseguró que seguiría organizando la fiesta de Daya desde la casa de Bobby.

Tara permaneció relativamente callada durante el trayecto, aunque durante la mayor parte del camino mantuvo una mano apoyada sobre la de su hija para darle su apoyo y tranquilizarla. A fin de cuentas, ellas siempre habían estado juntas, y nada podía separarlas.

Jane se sintió mejor al llegar al KC. Pensaba que iba a sentirse en deuda con Bobby, pero no era así. Tenía ganas de verlo y de estar en el rancho, donde sucedían tantas cosas buenas y donde se sentía útil para los demás.

Bobby y Abel salieron a recibirlas cuando se detuvieron delante de la casa y las ayudaron a salir del coche.

—Bienvenidas —dijo Bobby y, tomando la mano de Jane, le dio un beso en la mejilla—. ¿Habéis desayunado ya?

—No —contestó Jane, conmovida por aquel cariñoso recibimiento—. Pero no tengo mucha hambre.

Abel tomó a Tara de la mano y sonrió.

—¿Qué os parece si te llevo a la casa y te preparo café y unos huevos?

—Debería ayudar a Jane a deshacer el equipaje.

—No, mamá —le aseguró Jane—. Vete.

—No te preocupes, Tara —dijo Bobby al tiempo que se acercaba al maletero del coche—. Yo le echaré una mano.

—Está bien. —Tara subió los escalones de la casa acompañada por Abel. Parecía muy contenta.

—Creo que mi madre se ha enamorado —dijo Jane mientras seguía a Bobby por el lateral de la casa.

—No es la única —sonrió Bobby.
—¿Abel también ha caído?
—Ya lo creo.
Todavía iban sonriendo cuando Bobby se detuvo frente a una bonita casita pintada de blanco y con el reborde de las ventanas en verde oscuro. Era un sitio precioso. Había espacio de sobra para dos y montones de flores, plantas y árboles, y hasta un pequeño huerto con dos hileras de tomateras cargadas de rojos frutos.
Subieron los escalones del porche y Jane miró el balancín blanco.
—¿Abel vive aquí? —preguntó, sorprendida.
—Sí, ya sé. Ese viejo solterón vive a lo grande.
—Está todo tan limpio y tan recogido…
—Es por la influencia de su ex mujer. Nunca ha podido desprenderse de ella. —Bobby dejó las maletas sobre el suelo de tablones—. La hemos limpiado bien y hemos puestos sábanas y toallas limpias.
—Gracias. —Jane, que de pronto se sentía cansada, se sentó al borde del sofá y se frotó los ojos.
Bobby se sentó junto a ella.
—Todo saldrá bien, Jane.
—¿Tú crees? —Él no contestó—. Hace un par de meses, mi vida seguía un camino perfectamente recto, y ahora es un maldito lío. He descubierto quién era mi padre y todo ese asunto de la realeza, he conocido Emand y a mis hermanos… —Por la ventana abierta, la brisa arrastraba un leve olor a heno y tierra. Jane levantó la mirada hacia Bobby con el corazón apesadumbrado—. Me siento perdida. Pensaba que si venía a Texas, si me marchaba de Emand y dejaba esa vida una temporada, tal vez conseguiría ganar cierta perspectiva y podría ver con más claridad el camino. Que quizá lograra ordenar mi vida.
—Y lo harás —le aseguró Bobby—. Todo llega. Debes tener paciencia. No puedes esperar que las cosas vuelvan a su orden minutos después de haberse desordenado.
Ella esbozó una sonrisa.
—¿Otro de los dichos de tu padre?
—No, éste es mío.
Jane lo miró de arriba abajo, desde las botas gastadas a los

vaqueros descoloridos y la camiseta blanca. Era lo mejor que había visto nunca, y confiaba en que su hermano se equivocara.

—Gracias, Bobby.

—¿Por qué? —preguntó él.

—Por ser un buen amigo.

Algo oscuro e impreciso cruzó sus ojos. Apartó la mirada, y Jane sintió un desasosiego que le caló muy hondo.

—Bueno, creo que debería deshacer las maletas.

—Sí. —Bobby se levantó rápidamente—. Yo tengo que acabar un par de cosas. ¿Estarás bien aquí?

—Claro.

Después de que Bobby se marchara, Jane deshizo el equipaje y se negó a pensar en lo que podía ocurrir. Antes de ponerse a pensar en su futuro, debía concluir una tarea importante.

Con una taza de té caliente en la mano, se sentó al pequeño escritorio que había junto a la ventana abierta y se zambulló en los planes para la fiesta de la hija del hombre con el que no se hablaba… y al que había llegado a querer como a un hermano.

Capítulo 11

Bobby nunca había dormido con una chica.

Parecía una locura en un hombre de su edad, pero siempre había tenido por costumbre mantener a las mujeres alejadas de su casa. Al principio, lo había hecho para proteger a su hermana, pero al final había acabado siendo un modo de protegerse a sí mismo. Y, hasta conocer a Jane Hefner, se había salido con la suya. Hasta conocer a Jane, había entrado y salido de la cama de muchas mujeres. Pero ya no quería hacerlo más. Ya no deseaba a otras mujeres, y no quería que su cama siguiera estando fría.

—Bueno, ¿qué opinas?

Suspiró. Habían pasado el día haciendo el amor y se sentía fatigado. Abel había llevado a Tara a la casita para que se instalara, y Jane se había ido a la casa principal para seguir confeccionando el menú de la fiesta. Pero apenas había llegado a la lista del vino y la cerveza cuando Bobby le pidió que se metiera en la cama con él.

—Léemela otra vez —dijo él, estirando el cuello para ver por encima del cuaderno amarillo.

Jane fue deslizando el lápiz sobre el papel a medida que hablaba.

—Falda de ternera lechal ahumada, enchiladas de queso, pollo a la parrilla con mezquite, flautas de ternera con salsa de pimientos rojos. Arroz y alubias, por supuesto, y los rollitos de Tara.

—No te olvides de las ensaladas. Tiene que haber ensalada de col y patata. A esos tipos tan pijos les encanta la ensalada de patata, aunque lo nieguen —tomó uno de los pies de Jane y le frotó el

empeine—. Son tan finos que no se la ponen en el plato a menos que sea de *gourmet*. O sea, que tenga patatas rojas o púrpuras o alguna ridiculez por el estilo.

—Entendido. Patatas ridículas —anotó Jane, riendo.

—¿Y los postres?

—Habrá pastel de albaricoques, tarta de vainilla y helado de chocolate con nueces pecanas.

—Um, se me está haciendo la boca agua. —Bobby dejó su pie y agarrando el cuaderno amarillo, lo bajó un par de centímetros para poder verle la cara y los pechos—. O puede que sea porque te estoy mirando.

Ella sonrió.

—¿Crees que vas a conseguir algo haciéndome la pelota?

—Cuento con ello.

Bobby, que estaba muy excitado, retiró la sábana y sonrió. Jane se echó a reír y sujetó el cuaderno como si fuera un escudo.

—Todavía tengo que contratar a tres personas —señaló el reloj antiguo que había en la mesilla de noche—. Y he quedado con ellos dentro de una hora.

—Hay tiempo de sobra.

El cuaderno aterrizó con un golpe sordo sobre la alfombra al tiempo que Bobby le separaba los muslos y, con una sonrisa maliciosa, bajaba la cabeza.

Las cosas empezaban a arreglarse y Daya iba a tener una fiesta maravillosa, a pesar del ajetreo doméstico que rodeaba las festividades.

—¿Jane?

Jane se giró, sobresaltada. Rita se acercaba por Delano Street con Daya en brazos. Vestida con un traje rosa pálido, le sonrió afectuosamente y le dio un fuerte abrazo al llegar junto a ella.

Luego se mordió el labio, pensativa, y preguntó:

—¿Va todo bien?

—Sí, va genial —durante los siguientes minutos, Jane le habló a Rita del personal que había contratado y del menú que había confeccionado esa mañana en la cama de Bobby—. El sábado estará todo listo. Pero seguramente tendré que ir a tu casa el viernes para organizarlo todo.

Rita ladeó la cabeza.

—Sabes que puedes venir cuando quieras.
—¿Qué tal está mi hermano?
—No demuestra mucho sus sentimientos, pero creo que está muy enfadado.
—Sí, no me extraña.
—No va a cambiar de idea.
—Es muy terco.
—Sí. Por favor, no lo odies, Jane.
—Oh, Dios. —Jane sacudió la cabeza e intentó explicar lo que le pesaba en el corazón—. No lo odio. Ni siquiera estoy enfadada con él. Pero no me gusta que me den órdenes. Aunque mi relación con Bobby acabe como dice Sakir, será asunto mío.
Los ojos de Rita brillaron, llenos de orgullo.
—Sakir tiene que acostumbrarse a tener a otra mujer de carácter fuerte en la familia. Y lo hará otra vez —sonrió, mirando a su hija —. Y otra, sin duda.
Jane se echó a reír.
—Sin duda.
—Bueno, ¿qué tal te va con Bobby? —preguntó Rita, y sus ojos brillaron de nuevo.
—De maravilla.
Rita sonrió.
—Me alegro por ti.
—Gracias —la pequeña Daya comenzó a gimotear y las dos echaron a andar calle abajo, en dirección a Market Place. La pregunta que apesadumbraba el corazón de Jane se abrió por fin paso hasta sus labios—. ¿Crees que es posible que Sakir y Bobby hagan las paces?
Rita se encogió de hombros.
—No lo sé —dijo—. Puede que con el tiempo.
—Eso espero.
Cruzaron la calle sin hablar. Una vez al otro lado, Rita se detuvo y le lanzó a Jane una sonrisa sagaz.
—Bueno, ¿cuándo te diste cuenta de que estabas enamorada de él? —Jane se fingió confundida un instante, lo cual hizo romper a reír a Rita—. Oh, vamos, hermanita.
—Bueno, supongo que fue la noche que se coló en tu casa y en mi cama.

Cuando a Abel Garret se le metía algo entre ceja y ceja, se quedaba muy quieto, con las piernas separadas, los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos fijos y entornados. Bobby solía fijarse en aquella mirada suya y, si tenía tiempo, incluso le preguntaba qué le ocurría. Pero ese día tenía la impresión de que el estado de ánimo de Abel no tenía nada que ver con los asuntos del KC.

—¿Tienes algo que decir? —preguntó Bobby con sorna.

Abel dejó escapar una especie de gruñido.

—¿Qué hay entre vosotros?

Bobby lo miró con extrañeza y luego se señaló a sí mismo y al caballo que había a su lado.

—Bueno, yo soy el entrenador y él es el caballo.

Abel frunció el ceño.

—Estoy hablando de Jane y de ti.

—Ya. Eso tiene más sentido.

—Contéstame, Callahan.

—Me gusta esa chica, ¿de acuerdo?

—Yo creo que es mucho más que eso, y su madre también.

Bobby se quitó el Stetson. Tenía mucho calor, a pesar de que el día era fresco.

—¿Es que Jane no lo ha dejado claro? No quiere que nadie se entrometa en esta… en esta… en ésta lo que sea. Ni yo tampoco.

—Hay que joderse —dijo Abel bruscamente.

Bobby masculló una maldición y se alejó de él hacia la puerta del picadero.

Abel lo siguió.

—A la familia no se la puede dejar fuera. Puede que no te guste, pero es así.

Bobby espantó un par de moscas y se giró hacia Abel.

—Yo no tengo familia.

Abel acusó el golpe, y Bobby sintió un nudo en el estómago. Estaba furioso porque le había hecho una promesa a un hombre en cuya sed de venganza ya no sabía si creía.

—Mira, Abel… —comenzó a decir, pero el otro no quiso escucharlo.

—Di lo que quieras —dijo entre dientes—, pero digo en serio lo de esa chica. Está enamorada de ti, Bobby. Estoy seguro.

Bobby apretó la mandíbula. No quería oírlo, y sin embargo sabía

que Abel tenía razón.

—Ten cuidado —añadió Abel y, encogiéndose de hombros, abrió la puerta.

Bobby asintió con la cabeza ambiguamente.

—Si.

—Creo que tú también sientes algo muy fuerte por ella y que piensas echarlo a perder, ¿no es cierto?

—Eso no es asunto tuyo.

Abel ignoraba la promesa que Bobby le había hecho a su padre, pero estaba claro que sospechaba algo.

—Vale, vale. —Abel agitó la mano y echó a andar hacia la casa.

—Oye —dijo Bobby tras él—, ¿adonde vas?

Abel se detuvo y miró hacia atrás.

—Tara y yo vamos a acampar junto al estanque esta noche. Quiere tumbarse a mirar las estrellas.

—A mirar las estrellas…

Abel sonrió con cierta tristeza.

—A través de mis ojos. ¿Sabes?, puede que sea ciega, pero ve mucho más que nosotros.

Abel se tocó el Stetson, dio media vuelta y se encaminó hacia la casa. Bobby se inclinó contra la cerca, metió la mano en el bolsillo y sacó el reloj que le había dado su padre, dentro del cual había un retrato del viejo. Se quedó mirando su rudo rostro y sintió un gran peso sobre la espalda y una fiera batalla en su corazón.

El ruido de unos neumáticos sobre la grava le hizo levantar la cabeza. Alguien se acercaba por el camino. Se dirigió hacia allí y llegó a tiempo de ver que un coche negro y alargado se detenía suavemente delante de su casa.

Al principio, Bobby pensó que era Sakir, y se alegró. Estaba preparado para enfrentarse a él; tal vez incluso para llegar a las manos.

Pero el hombre que salió del Mercedes no era Sakir, aunque se le parecía mucho.

—¿Bobby Callahan?

Bobby asintió con la cabeza.

—Sí, soy yo.

—Soy Zayad Al-Nayhal. Quiero ver a mi hermana.

Capítulo 12

Lo primero que vio Jane cuando esa tarde volvió al KC fue a Bobby que, sudoroso y serio, entrenaba en el picadero a un potro negro especialmente bonito.

Lo segundo fue a Zayad Al-Nayhal.

Su hermano mayor, el sultán reinante de Emand, permanecía de pie, junto a la valla de acero, con su blanquísimo kaftán, su severo mentón y sus ojos negros clavados en el animal y el jinete que tenía ante sí.

¿Qué estaba haciendo allí?, se preguntaba Jane mientras se mordía el labio pensativamente. Se suponía que no llegaba a Texas hasta el viernes. Sakir debía de haberlo llamado para contarle lo ocurrido y quizá le había pedido que fuera a meter en vereda a su hermana pequeña.

Con una sonrisa forzada que poco a poco se tornó auténtica, Jane se acercó a su hermano y le puso la mano sobre el hombro.

—Vaya, vaya, ¿quién está aquí?

Zayad se giró hacia ella tranquilamente.

—Hola, Jane —dijo con calidez y una mirada intensa—. El señor Callahan ha tenido la amabilidad de permitirme asistir a una sesión de entrenamiento y enseñarme algunos de sus caballos. Éste es particularmente hermoso —la estrechó en sus brazos y le dio un beso en la mejilla—. Mi hermano me ha dicho lo que ha pasado entre vosotros.

Así que lo había llamado Sakir. Lo cual no era una sorpresa.

—Siento no haber estado en casa para darte la bienvenida, pero

mi madre y yo…

—Sí, lo sé —la interrumpió Zayad, exhalando un suspiro—. Sakir se está comportando como un tonto.

Justo en el momento en que Jane iba a darle la razón, Bobby se acercó, se apeó del caballo y se reunió con ellos.

—¿Quién es tonto?

—Me refería a nuestro hermano —le dijo Zayad, y levantó el mentón como si quisiera indicar que él era el único mortal al que le estaba permitido emitir tal juicio.

Jane se apoyó en la valla y miró el suelo.

—No es tonto. Lo que ocurre es que es muy protector…, a su modo, claro.

—¿Tiene motivos para ello?

A Jane le dio un vuelco el corazón. Zayad la miró fijamente y luego se volvió para mirar a Bobby con una ceja levantada.

Bobby crispó la boca, ofendido.

—Su hermana es muy capaz de arreglárselas sola.

Zayad asintió con la cabeza lentamente.

—Sí, eso creo. A fin de cuentas, es una Al-Nayhal.

—En efecto —repuso Bobby.

Jane sintió de pronto un peso que la abrumaba sobre los hombros y el corazón. Bobby no había contestado ni sí ni no a la pregunta de Zayad acerca de si necesitaba que la protegieran de algo. Tal vez la pregunta le parecía insultante, o quizá estaba demasiado airado con los Al-Nayhal para mostrarles siquiera un atisbo de sus verdaderos sentimientos respecto a ella. Jane no lo sabía. Pero el miedo punzante que parecía experimentar cada vez que pensaba en la advertencia de Sakir asomó de nuevo su fea cabeza.

—Mariah está en la ciudad, en un restaurante del centro llamado El Sauce —las palabras de Zayad penetraron en la neblina que rodeaba la mente de Jane—. ¿Vienes a comer con nosotros? Con Tara, claro, si está libre.

—Mi madre está con un amigo —le explicó Jane, que acababa de dejar a Tara sentada a la mesita de la cocina, con una sonrisa en la cara, mientras Abel le leía otro capítulo de Don Quijote—. Y no hay quien la aparte de él.

Zayad asintió con la cabeza, comprensivo, y luego se volvió

hacia Bobby.

—Señor Callahan, ¿le apetecería acompañarnos?

—Creo que no —contestó Bobby, muy serio.

—Sería genial —dijo Jane, ilusionada, y se volvió hacia Bobby —. Vamos, Bobby. Mariah es mi mejor amiga. Es guapísima, está embarazada, es muy divertida y una abogada fabulosa —sonrió de oreja a oreja—. Y, si tienes suerte, tal vez te cuente cómo se conocieron Zayad y ella. Él se fue a vivir junto a nuestra casa, en California, y fingió que era un tipo normal. Es una historia muy divertida.

Zayad hizo girar los ojos.

—No fue uno de mis momentos estelares —explicó—. Pero recibí el más precioso de los regalos: a mi esposa y madre de mi hijo, Redet, y del bebé que está por llegar.

—Así que el engaño le trajo buena suerte —dijo Bobby con la voz cargada de irónica hostilidad.

A Jane se le encogió el estómago.

El rostro de Zayad pareció volverse de piedra.

—¿Cómo dice?

—Sólo que parece que a su familia se le da muy bien sacar beneficios del engaño, nada más.

—¡Bobby! —exclamó Jane con aspereza, atónita por su grosería.

Zayad se volvió hacia el vaquero.

—No insulte a la familia Al-Nayhal —le advirtió.

Bobby frunció el ceño con frialdad y asintió con la cabeza.

—Haré lo que pueda.

Mientras Jane intentaba decir algo, ellos se miraron fijamente. Los dos eran muy altos; Zayad, todo fibra, y Bobby todo músculo y amargura.

—Bobby… —balbuceó Jane, aunque no sabía qué decir ni cómo resolver la situación. Tenía ganas de darle un puñetazo en el estómago, pero no creía que fuera lo más apropiado.

—Tengo cosas que hacer —dijo Bobby y, dando media vuelta, llevó al potro hacia el otro lado del picadero y añadió con aspereza —. Que disfrutéis del almuerzo.

Jane no se sentía con ánimos de mirar a su hermano. Sabía lo que iba a pasar, lo que Zayad iba a decir, y no podía reprochárselo. Cuando su hermano le tocó el hombro, alzó la mirada.

—Jane, siento decir esto, pero creo que tal vez Sakir tenga razón.

Ella sacudió la cabeza.

—No, tú no lo entiendes. Bobby lo ha pasado muy mal, Zayad. Ha perdido sus tierras, a su padre y a su hermana. Y lo está pagando con la familia a la que cree responsable de su desgracia.

—Sí, estoy de acuerdo. Pero creo que tú, mi niña, te vas a ver atrapada entre el fuego cruzado.

—Yo no lo creo —repuso Jane, no del todo convencida—. Pero, aunque así sea, debo ser yo quien lo decida.

Zayad asintió con la cabeza.

—En eso estamos de acuerdo.

—Quiero ayudarlo.

—¿Tanto lo quieres?

Jane asintió.

—¿Te importa esperarme en el coche? —Jane le lanzó una breve sonrisa y fue en busca de Bobby. Lo encontró al otro lado del corral, sacudiendo el cojinete polvoriento de la silla contra el flanco del animal.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó, furiosa.

Él no la miró.

—Estaba hasta las narices.

—¿De qué? Zayad no te ha hecho nada.

—De su actitud, Jane —contestó él, y al levantar la mirada Jane vio en sus ojos la ira que veía siempre que hablaban del pasado—. Esa creencia de que los que engañan a los demás son los que triunfan. Si alguien va a engañar aquí a alguien… —Se detuvo y sacudió la cabeza.

—¿Qué? —preguntó Jane, inquieta. Ansiaba en insistirle, ayudarlo, curarlo. Si la dejara… Si pudiera acceder al verdadero Bobby, al que se preocupaba por ella, y echar a patadas al que odiaba a su familia, tal vez tuvieran una oportunidad.

—En fin, no debería sorprenderles que la gente los tire de las orejas —dijo Bobby, agarrando con fuerza el cojinete—. Que les den su merecido por hacer daño a los demás.

—Cuando Zayad vino a California a verme, sólo intentaba averiguar quién era yo. Sabía que engañarnos respecto a su identidad estaba mal, y nos pidió a Mariah y a mí que le

perdonáramos. Y con Mariah ha pagado su deuda con creces.

—A mí me traen sin cuidado los detalles.

—Puede que sí, pero cuando haces esos juicios…

—Son juicios justos, Jane —replicó Bobby con una mirada feroz —. Una mentira es una mentira.

—El mundo no es blanco o negro —dijo Jane con acritud.

—Para mí sí.

—Está claro que estamos en un callejón sin salida —dijo al cabo de un momento, sintiendo que una oleada de tristeza inundaba sus entrañas—. Me marcho.

Cuando dio media vuelta, dispuesta a alejarse, Bobby la agarró de la mano y la atrajo hacia sí. Durante unos segundos la abrazó con fuerza. Su respiración era lenta y pausada. Jane cerró los ojos y sintió que se derretía por dentro.

—Cariño…

—¿Sí?

—Lo siento.

—Lo sé.

—Vuelve después de ver a tu amiga —la soltó y, bajando la cabeza, le dio un suave beso en los labios—. Estoy furioso, pero te necesito, Jane. Te necesito muchísimo.

Su tono desesperado y el amor que sentía por él hicieron que Jane se sintiera débil. Dejó que la abrazara y la besara hasta que su recelo se convirtió en un deseo arrollador.

—Volveré.

—¿Puedo decirlo otra vez?

Jane se rió de la pregunta de su amiga mientras caminaban por Grand Avenue después de su almuerzo tardío. La mañana iba convirtiéndose poco a poco en tarde, pero el cálido sol se colaba con determinación por entre los árboles que flanqueaban la acera.

—Está bien. Dilo otra vez si lo crees necesario.

Mariah exhaló un suspiro teatral, se llevó una mano a la tripa hinchada y dijo en tono melancólico:

—Echo horriblemente de menos tu pudín de tapioca.

—Entonces, ¿no hay pudín en Emand? —preguntó.

—Claro —dijo Mariah, y empezó a contar con los dedos—. Pudín de mango, de coco, y hasta un pudín fabuloso de chocolate que hace el cocinero. Pero cuando intentó hacerlo de tapioca… —

no dijo mas, se limitó a morderse el labio y a sacudir la cabeza.

—Pues eso habrá que remediarlo enseguida —le dijo Jane, guiñándole un ojo—. Pero, primero, manirquilla de nueces pecanas.

—Um, mi bebé y yo te damos las gracias —dijo Mariah con una risilla ávida al tiempo que le daba el brazo a Jane.

Guardaron silencio un momento mientras se dirigían a la heladería; luego Mariah respiró hondo y dijo lentamente:

—Sólo para que lo sepa, cuando me hagas el pudín, ¿dónde tengo que ir a buscarlo?

Jane sacudió la cabeza y se echó a reír.

—Buen cambio de tema.

—Gracias —dijo Mariah con orgullo, y agitó su pelo rubio—. Estoy aprendiendo mucho de Redet y del relaciones públicas de palacio, ese viejo carcamal.

—Por no decir de los niños a los que representas en la corte, ¿no?

—A los niños es a los que mejor se les da cambiar de tema. Y, luego, a ti.

Jane le dedicó a su amiga una amplia sonrisa.

—Está bien. Estoy viviendo con Bobby Callarían.

—Sí, ya me he enterado. ¿Seguro que sabes lo que estás haciendo?

—No —el desasosiego que sentía le parecía menos temible cuando estaba con Mariah—. Pero estoy enamorada.

—Sí, eso siempre le nubla a una la razón. —Mariah frunció las cejas—. Y conste que hablo por experiencia.

—El caso es que es un buen hombre, Mariah. Es muy cariñoso y muy amable, y muy *sexy* y… En fin, hace que me sienta necesitada y deseada. Nunca me había sentido así con nadie. Quiero ser su media naranja, compartir su vida aquí…, si es que él me quiere.

—¿En serio? ¿Estás pensando en quedarte en Texas? ¿No vas a ir a Emand con tu mejor amiga?

—A Tara empieza a gustarle mucho estar aquí… y, bueno, Emand es un sitio genial para ir de luna de miel —añadió con un cálido rubor.

Mariah se detuvo en seco frente a la heladería y preguntó, muy seria:

—¿Crees que va a pedirte que te cases con él? Jane negó con la

cabeza.

—No lo sé, la verdad. Fantaseo con ello, si eso significa algo. A Bobby le gusto, eso lo sé. Pero tiene muchas cosas que aclarar. Debe aprender a perdonar y a asumir lo que hizo su padre. Pero, por lo que dicen Sakir y Zayad, será un milagro que acabemos juntos.

En toda buena amistad, llega un momento en que una de las partes necesita escuchar una palabra de aliento, aunque la otra parte no llegue a creerse del todo lo que está diciendo.

—A mí no me importa lo que digan los demás, Jane —dijo Mariah—. Ni lo que crean. Quiero que seas feliz. Si quieres a ese nombre, tienes que luchar por ese amor.

—Sí.

—Ahora bien —añadió Mariah con una sonrisa—, dicho esto, si Bobby Callahan te hace daño, Sakir y Zayad tendrán que pasar por encima de mí para atraparlo. —Jane rompió a reír—. Vamos por ese helado —dijo Mariah—. Si este bebé no come pronto algo nutritivo, empezará a dar patadas como un loco.

Capítulo 13

Los días anteriores a la fiesta de Bienvenida al Mundo de la pequeña Daya fueron desenrollándose como una alfombra. El viernes, Jane pensó que iba a estallarle la cabeza, llena de datos, recetas, horarios y preocupaciones. Se sentía ligeramente exhausta de tanto cocinar, dar órdenes y discutir con el decorador. Pero parecía que la fiesta saldría a la perfección y, aunque cansada, se sentía muy satisfecha de sí misma.

Su relación con Sakir, en cambio, no iba tan bien. Jane se había preguntado si su hermano y ella tendrían tiempo para hablar y aclarar un par de cosas, dado que ella trabajaba bajo su techo casi cada día. Pero Sakir permanecía en su despacho la mayor parte del tiempo y, cuando salía, se limitaba a decirle un rápido hola cuando se tropezaban en la casa. A pesar de estar inmersa en los preparativos de la fiesta, Jane añoraba sus largas conversaciones y la presencia divertida y algo almidonada de su hermano.

La víspera de la fiesta, cuando se marchó en coche de casa de Sakir, se preguntó si alguna vez volverían a ser amigos y si Sakir volvería a recibirla de buen grado en su hogar.

Al atravesar las puertas del KC, el desgastado letrero del rancho pareció ofrecerle una sonrisa polvorienta y animosa. Puesta a ser sincera consigo misma, tenía que admitir que, de todas formas, ya sólo le apetecía visitar la casa de Sakir de vez en cuando. Su sentido de lo que era un hogar había cambiado radicalmente desde que vivía en casa de Bobby. A pesar de que sabía que era una insensatez, llevaba ya algún tiempo refiriéndose al rancho como «su

casa», y sentía un arrebato de emoción cuando paraba el coche ante la casa y veía luz en las ventanas abiertas.

Ni siquiera se molestó en ir a la cabaña. Tres días antes, cuando Tara y Abel regresaron de pasar la noche bajo las estrellas con el semblante feliz y una mirada de adoración en los ojos, entre todos habían llegado a un acuerdo tácito. Tara y Abel se quedarían con la cabaña y Jane y Bobby, con la casa. A veces comían juntos y a veces no. Se sentían a gusto, y Jane nunca había visto a su madre tan feliz.

Abrió la puerta mosquitera y suspiró al entrar en la casa.

—¿Huele a *pizza*?

—Sí.

La vista que tenía ante sus ojos parecía salida de un sueño. Bobby estaba de pie junto al sofá, muy complacido consigo mismo, grandullón y *sexy*, con sus vaqueros descoloridos y su camiseta verde pálido, y una sonrisa deliciosa en los labios. Delante de él, sobre la mesa baja, había una *pizza* de champiñones y pepperoni, una botella de vino y varias cintas de vídeo apiladas.

—¡Oh, te quiero! —exclamó Jane espontáneamente, y luego levantó la mirada, avergonzada. Bobby levantó una ceja y sonrió—. Bueno, ya sabes lo que quiero decir —añadió Jane, fingiendo un tono desenfadado.

—No, ¿qué quieres decir?

Ella se acercó a la mesa de la cocina y dejó sus cosas sobre ella.

—Una mujer hambrienta es capaz de decir cualquier cosa. Se le queda bloqueada la mente y eso sólo se remedia comiendo.

—¿Sólo comiendo?

Jane sonrió al ver que se acercaba a ella y la tomaba de la mano.

—Yo no he dicho de qué tenía hambre.

—Sí, lo has dicho, cariño. Se te nota en los ojos —la condujo al sofá y le indicó que se sentara—. No has comido nada en todo el día, ¿verdad?

—Creo que comí unos cacahuetes a eso de las diez —contestó Jane al tiempo que se dejaba caer en el mullido sofá.

—Es patético.

—Eran orgánicos.

Bobby se echó a reír, abrió la caja de la *pizza*, sacó una porción y la puso en un plato.

—Toma —le dio el plato y le llenó una copa de vino.

Mientras se comía la porción con ganas, Jane dijo:

—Será mejor que tengas cuidado, Callahan.

—¿Y eso por qué?

—Podría acostumbrarme a esto.

El sonrió y le dio la copa de vino.

—Bebe, anda.

El merlot hizo efecto de inmediato. Sintiéndose relajada y feliz, Jane se recostó en el sofá y miró a Bobby.

—Quiero pedirte algo, y quiero que me prometas que te lo pensarás antes de ponerte a despotricar.

Él soltó un bufido.

—Yo no suelo despotricar.

—En este asunto, sí.

—¿Vas a pedirme que enseñe a alguno de tus hermanos a montar? —preguntó, divertido.

—No, es algo más fácil —ella sonrió y levantó las cejas, esperanzada—. Ven a la fiesta mañana por la noche.

—No —contestó Bobby de inmediato, y sonrió alegremente—. ¿Ves? No he despotricado.

—Pero tampoco te lo has pensado.

—Vamos, Jane —dijo Bobby al tiempo que se servía una segunda porción de *pizza*—. ¿Quieres tener algo más de lo que preocuparte en la fiesta?

—No. Pero quiero que vayas. Quiero que estés allí, apoyándome —él suspiró—. Hay barra libre de postres —añadió con una sonrisa tentadora.

—Aunque te dijera que sí, no creo que fuera bien recibido.

—Eres mi invitado —dijo Jane—. Y no hay más que hablar, ¿de acuerdo?

Él la miró fijamente, indeciso. Tras sus ojos parecía tener lugar una batalla a la que Jane no podía ponerle nombre. Pero, cuando le sonrió, él le devolvió la sonrisa y sacudió la cabeza.

—Está bien. Con una condición.

Ella le dio un rápido beso y se echó hacia atrás.

—Lo que sea.

Bobby le quitó la copa de vino y la puso sobre la mesa; luego la tomó en sus brazos.

—Que la degustación de postres empiece esta noche.

Le desabrochó la camisa, le bajó el sujetador y comenzó a lamerle los pezones antes de que Jane pudiera decir una palabra.

La luz gris perla que entraba por la ventana del dormitorio señalaba el alba de un día que Bobby al mismo tiempo temía y ansiaba. Hasta ese instante, no había decidido cuándo llegaría el día de la venganza, el día en que destruiría a la mujer que yacía a su lado, pero la invitación de Jane, su ruego de que la apoyara aquella noche, le había brindado la oportunidad en bandeja de plata.

Bobby se removió entre las sábanas y Jane siguió sus movimientos sin despertarse y lo apretó con Tuerza. Bobby se sintió asfixiado y amado al mismo tiempo.

Era un monstruo.

Un cretino de sangre fría y sin corazón. Y, sin embargo, sabía que cerraría todos los pasajes hacia su corazón y llevaría a cabo su plan.

Le debía a su padre aquella última retribución. Luego tal vez sería libre y podría respirar de nuevo y desprenderse de la ira que lo atenazaba.

—Todavía es de noche —murmuró Jane contra su pecho.

—Lo sé. —Bobby la estrechó y le dio un beso en la coronilla. Aquélla era la última vez que la sentía a su lado. Su calor, su olor—. Vuelve a dormirte, cariño.

Ella se quedó quieta un momento y Bobby pensó que se había quedado dormida, pero un instante después volvió a removerse.

—¿Bobby?

—¿Sí?

—Te quiero muchísimo, ¿sabes?

Bobby sintió que se moría por dentro.

Se le retorcieron las tripas y sintió que una desagradable sensación de vacío le recorría las venas, los huesos y los músculos. Deseaba apartarse de ella, rechazarla antes de que sus palabras de amor lo marcaran a fuego.

Pero se quedó allí tumbado, escuchando su respiración suave y pausada mientras Jane volvía a dormirse.

El colchón era suave, muy suave, y parecía dispuesto a tragárselo por entero, y Bobby sólo podía pensar en llevarse a Jane con él y en escapar juntos de aquella carga.

Se quedó mirando el techo y la luz del alba que se volvía del color del heno blanqueado por el sol. Aquélla no era sólo la última vez que abrazaba a Jane, sino también la última vez que ella le hablaba de amor. Aquella idea le calaba hasta los huesos.

Jamás lo hubiera creído.

De una noche salvaje en casa de los Turnbolt a aquel… a aquel amor. No había contado con lo mucho que le iba a doler perderla.

Precioso. Elegante. Delicioso. Espectacular.

Ésos fueron los comentarios que oyó Jane mientras cruzaba las antiguas alfombras armenias dispersas sobre el suelo de tarima del enorme cuarto de estar de los Al-Nayhal. Tres arañas de cristal difundían su hermosa luz por la estancia y hacían brillar las estatuas, los objetos de artesanía italiana y española y una hermosa fotografía en la que aparecían Rita y Daya.

Un joven le ofreció una copa de champán y sonrió. Ella aceptó la copa y le dio las gracias. El personal que había contratado estaba superando sus expectativas. A pesar de que la habitación estaba de bote en bote, los camareros parecían moverse a la velocidad del sonido para que nadie se quedara sin su copa. Incluso se ocupaban de los niños, aunque los más pequeños tenían su propia fiesta en un rincón del salón. Jane, que había tenido en cuenta sus gustos, había hecho montar una mesa para niños con toda clase de chucherías y rodeada de juguetes, rompecabezas, ceras y sofás en miniatura.

Miró la larguísima mesa rebosante de flores, comida y velas montada en el salón contiguo y sonrió. El salón estaba lleno de gente que iba a repetir. La fiesta era todo un éxito.

Su éxito.

Sabía ya que su sueño de abrir un restaurante llevaba mucho tiempo con ella, formaba parte de ella, pero que le había costado algún tiempo volver a descubrir aquella pasión. Resultaba difícil ver con claridad a través de una neblina de inseguridades, que era lo que le había pasado después de que Zayid le revelara quién era. Ahora, en cambio, había vuelto a recuperar la confianza y la alegría. Ahora volvía a ver claro su futuro. Sólo quedaba por resolver una cuestión: ¿dónde iba a llevar a cabo ese sueño? ¿En qué lugar abriría su restaurante?

Miró la puerta de entrada y se mordió el labio, *hobby* tendría que haber llegado hacía más de una hora. Ella había llamado al

rancho, pero no le había contestado nadie. Bobby no era de los que incumplían una promesa, y Jane no quería pensar que le hubiera ocurrido algo de camino allí.

Rita, que estaba guapísima con su vestido de seda azul cielo, se acercó a ella con el bebé en brazos y acompañada por una joven que parecía su hermana.

—Jane, quiero que conozcas a mi hermana, Ava.

—Me alegra mucho conocerte —dijo Jane, estrechándole la mano a la espectacular rubia.

—A mí también —dijo Ava calurosamente—. He oído hablar mucho de ti.

Rita sonrió a su hermana y le dijo a Jane:

—Ava ha venido con su marido, Jared, con su suegra, Muña, y con mi sobrina, Lily, pero ahora mismo están en el jardín. Luego te los presento. Ahora —dijo teatralmente—, quiero que Daya le dé un beso a su tía, que es una cocinera genial.

Daya estaba profundamente dormida, y Jane se inclinó y le acarició suavemente la mejilla.

—¿Qué te parece si te lo doy yo a ti, tesoro?

—En serio, Jane —dijo Rita, y sus ojos azules brillaron de placer —. Esto es fantástico.

Ava asintió con la cabeza.

Jane se sonrojó.

—Me alegro de que os guste —dijo.

—Sakir también está impresionado. —Rita sonrió dócilmente—. Tengo la sensación de que viene para acá para decírtelo.

Al mirar más allá de Rita, Jane vio que Sakir y Zayad estaban hablando con una pareja mayor y que Sakir miraba de vez en cuando hacia ella.

—Bueno —dijo Rita en voz baja—, ¿lo estás pasando bien?

—Claro.

Rita miró a Ava y luego volvió a mirar a Jane.

—Bueno, no ha sonado muy convincente.

Jane se echó a reír.

—No, supongo que no.

Era cierto que echaba de menos que Bobby estuviera allí para compartir las cosas maravillosas que estaban sucediendo esa noche. Intentó recordar cómo estaba Bobby esa mañana. Ella había estado

distraída con sus planes y se había marchado hacia las nueve. Pero, antes de eso, durante el desayuno, Bobby apenas le había dirigido la palabra. De hecho, tenía una expresión tensa al despedirse de ella con un beso.

Jane sintió un escalofrío y abrió su bolso para sacar el teléfono móvil. Pero la sonrisa de Rita la detuvo.

—Ha venido alguien a verte, Jane.

Jane miró hacia la puerta y sintió una oleada de alegría y de orgullo. Bobby había llegado. Por ella, había desafiado a su hermano y estaba allí.

Vestido con unos vaqueros negros y una camisa blanca, estaba muy guapo y *sexy*, aunque parecía muy tenso. Pero eso era natural, teniendo en cuenta que estaba en casa de Sakir Al-Nayhal.

Bobby se dirigió directamente hacia ella con expresión hosca, y no saludó a Rita, ni a Ava, ni a Mariah, que acababa de reunirse con ellas.

—Está muy guapo esta noche, señor Callarían —dijo Jane, tendiéndole la mano—. Gracias por venir.

Pero Bobby no le dio la mano. Había algo extraño en su mirada, algo inexpresivo. Casi muerto.

—Tengo que decirte algo.

La frialdad de su tono hizo estremecerse a Jane.

—Está bien.

Las otras parecieron contener la respiración de repente, y a ella comenzó a latirle el corazón violentamente al tiempo que el sabor del miedo disipaba el del triunfo.

—Estas últimas dos semanas han sido un error —dijo Bobby con aspereza—. Te deseaba y te tuve, pero eso es todo.

Alguien enlazó afectuosamente a Jane por la cintura, pero Jane, aturdida, no supo quién era.

—He venido a decirte que no quiero verte más, Jane.

Se sostuvieron la mirada, y la neblina de estupor que envolvía el cerebro de Jane se disipó de pronto.

—¿Ah, sí? —preguntó entre dientes.

Él asintió con la cabeza.

—Nunca podría amarte.

—Seguramente tienes razón —repuso Jane, que de pronto se había dado cuenta de lo que estaba sucediendo.

—Creo que debería irse, señor Callahan —dijo Rita, enojada.

El asintió, pero no miró a Rita, sino a Jane. Y, por un segundo, ella creyó distinguir un destello de sufrimiento en su mirada inerte, pero aquel destello desapareció al instante.

Igual que Bobby Callahan.

Jane sintió una oleada de ira que nunca antes había conocido mientras veía marcharse a Bobby. Rita, Ava y Mariah intentaban consolarla, procuraban buscar excusas airadas para justificar el comportamiento de Bobby, pero Jane no los escuchaba. Fijó su mirada en sus hermanos, que habían dejado de hablar con la pareja mayor. Zayad tenía una expresión airada y tensa. Sakir la miraba con fijeza.

Jane se apartó de su familia y fue detrás de Bobby. Si realmente no la quería, tendría que resignarse. Pero no era eso lo que estaba pasando, y ella iba a hacerle afrontar la verdad antes de que abandonara lo que había entre ellos.

—Jane —la llamó Sakir mientras ella corría hacia la puerta y la abría de un tirón.

—Ahora no tengo tiempo, Sakir.

—Lo siento.

Ella se giró, llena de ira hacia Bobby y hacia aquella estúpida e inútil situación.

—¿Qué es lo que sientes exactamente? ¿No poder restregarme por la cara que Bobby me haya dejado plantada, o haberme dado la espalda cuando empezaba a acostumbrarme a tener un hermano?

Él apretó la mandíbula y tensó los labios.

—No podía permitir que te hicieran daño.

—Pues ya me lo han hecho —replicó ella, sintiendo que el aire fresco de la noche bañaba su piel caliente—. ¿Qué cambia eso?

Al ver que Sakir no respondía, dio media vuelta y bajó corriendo la escalinata de entrada en dirección a su coche.

—¡Jane! ¡Espera!

Ella exhaló un suspiro y miró hacia atrás.

—¿Qué quieres?

—¿Adonde vas? —preguntó Sakir, preocupado.

—Voy a ayudar a un idiota a superar el pasado de una vez por todas. Y, tal vez, mientras estoy fuera, otro idiota tenga el suficiente valor para superarlo también.

Dejó a Sakir con la boca abierta, cosa que ocurría por primera vez.

No había suficiente alcohol en todo el estado de Texas para borrar lo que acababa de decirle a Jane. Ni la expresión de su cara al oír aquellas palabras. Así que Bobby permaneció sobrio, con el alma y el corazón doloridos.

Buscó refugio en el establo, se sentó sobre una paca de fragante heno, al fondo de una caballeriza vacía, y se preguntó cuándo sentiría la satisfacción de haber cumplido su promesa.

¿Sería al día siguiente? ¿La semana próxima? ¿Dentro de un año?

—Bueno, ¿ha funcionado?

Bobby levantó la cabeza, sólo a medias sorprendido, y vio a un ángel vestido de oro pálido, con el pelo oscuro suelto sobre los hombros y los ojos llenos de una pasión que él no alcanzaba a entender.

—¿Que si ha funcionado qué?

—Tu plan.

—No sé de qué estás hablando.

—Vamos, Bobby. El plan para recuperar el respeto por ti mismo y vengarte un poco, de paso.

—¿Qué haces aquí?

Ella hizo caso omiso de la pregunta y entró en la caballeriza.

—Por favor, dime que ahora eres feliz.

Él masculló un juramento.

—No se trataba de ser feliz, cariño. Yo nunca seré feliz. Pero, sí, por fin he vengado el honor de mi familia al destruir la familia de tu hermano.

Jane ladeó la cabeza.

—Mi familia no está destruida —sacudió la cabeza—. Sí, me has hecho daño. Mucho. Pero mi familia está bien.

—¿Sakir y tú también? —preguntó él con aspereza.

Ella dio un respingo, pero logró rehacerse y levantó la barbilla.

—Puede que sigamos enfadados un día o dos, pero lo superaremos, y yo acabaré perdonándole por ser tan capullo.

Perdonaría a Sakir, pero sin duda nunca le perdonaría a él. Así que Al-Nayhal volvería a salirse con la suya. Se quedaría con sus tierras, con su medio de vida y con la chica de sus sueños.

—Así que, a pesar de todas sus mentiras, siempre hay un final feliz para los Al-Nayhal —le espetó, y deseó de pronto haberse emborrachado—. Imagínate.

—No me hables de mentiras, Callahan —replicó ella, enojada—. ¿Qué dijiste el otro día? ¿Que si alguien engañaba a otra persona, sólo debía esperar que le dieran un tirón de orejas? ¿Recibir su merecido por hacer daño a los demás?

—Pues sí —se levantó con esfuerzo y se acercó a ella con el corazón acelerado—. Pégame.

—No me tientes.

Jane lo miró con fijeza.

—Quiero que afrontes la verdad, que mires de frente tu pasado y todos esos demonios que llevas dentro, y que sigas adelante.

—Eso es lo que he hecho esta noche.

—No, esta noche te has comportado como un niño. Hay que ser un hombre para luchar por lo que se quiere realmente y para mandar al infierno a quien te pida que renuncies a ello.

Bobby se quedó paralizado. Nadie le había dicho nunca algo parecido. Nadie lo había acusado de ser un niño. Aquellas palabras hicieron hervir su sangre y nublaron su entendimiento. Él no era un niño. Era un hombre que tenía que cumplir una promesa, nada más.

—¿Hay algo más que quieras decir, Jane? —preguntó con frialdad.

—Te quiero, Bobby. Puede que sea tonta por decirlo, por venir aquí, por intentarlo de nuevo…

Sus palabras y la ternura con que las pronunció traspasaron el duro caparazón de Bobby, pero lo que añadió a continuación hizo que todos sus músculos se tensaran, llenos de ira.

—Quiero que formes parte de mi familia.

Bobby sintió que su rostro se crispaba al recordar a su padre, a su hermana y sus enfrentamientos con Sakir Al-Nayhal a lo largo de los años.

¡Un miembro de la familia Al-Nayhal!

Apretó los dientes y siseó:

—Antes muerto.

Vio que Jane palidecía, que se quedaba sin respiración.

—Si me voy ahora, no volveré —dijo ella con los ojos llenos de lágrimas y las manos temblorosas.

Bobby no entendió el pleno significado de sus palabras. En ese momento sólo sentía odio por su hermano.

—Adiós, Jane.

Jane asintió con la cabeza mientras las lágrimas le corrían por las mejillas.

—Iré por mis cosas y me marcharé enseguida.

Dio media vuelta y se alejó.

Y Bobby se quedó solo.

Otra vez.

Los motores del avión rugían, listos para el despegue. Jane, que llevaba un libro abierto sobre el regazo, miró por la ventanilla y deseó estar ya en Emand. El largo vuelo resultaría penoso sin nada que hacer, salvo pensar en lo ocurrido la noche anterior, en lo que se había dicho en la fiesta y en el establo de Bobby. No había en el avión nadie con quien pudiera charlar de banalidades para mantenerse distraída. Mariah y Zayad tenían asuntos de negocios de los que ocuparse y no podían regresar aún, pero le habían ofrecido a Jane su avión privado para que se marchara cuanto antes. Su madre se había ofrecido a acompañarla, pero Jane se daba cuenta de que estaba enamorada de Abel y quería quedarse con él. Le había dicho a su madre que la llamaría en cuanto llegara a Emand y que ya pensarían qué hacer. Sakir, por su parte, había intentado hacerla entrar en razón y había insistido en que se quedara en su casa hasta que tuviera las cosas más claras.

Pero Jane estaba decidida a marcharse.

En ese momento, necesitaba alejarse lo más posible de Bobby Callahan. Era probable que no volviera a encontrarse nunca con él, pero le aliviaba pensar que había miles de kilómetros, océanos y desiertos de por medio.

Cerró los ojos, a pesar de que sabía que volvería a recordar lo sucedido la noche anterior. Se hundió en su dolor y dejó que las palabras punzantes de Bobby volvieran a herirla. Bobby prefería morir a formar parte de su familia. No quería saber nada de ella.

Y ella lo creía.

De no ser por una cosa.

Sabía que la quería, y eso era lo que más le dolía. Bobby Callahan la amaba y, sin embargo, estaba dispuesto abandonarla a causa de su familia.

Suponía que, en realidad, no lo conocía en absoluto.

A su alrededor comenzaron a girar los motores, las ruedas se pusieron en marcha y el avión enfiló la pista para dejar atrás Paradise, Texas.

Capítulo 14

—¿Tiene ganas de morir, Al-Nayhal?

Hacía una semana que Jane se había marchado y que Bobby se había cobrado venganza y había cumplido con su deber hacia su padre. Esperaba sentirse mucho más ligero; en paz, tal vez. Pero sólo se sentía más furioso y herido, y le daban ganas de liarse a puñetazos con una pared… o con el hombre que tenía ante sí, vestido con una túnica blanca y provisto de una expresión altanera.

Sakir, que parecía completamente fuera de lugar en el polvoriento establo del rancho KC, levantó la barbilla.

—No lance amenazas que no puede cumplir.

Bobby clavó la horquilla en un montón de heno.

—Oh, puedo cumplirlas.

Sakir miró la horquilla como si fuera una brizna de hierba.

—Aunque me encantaría hacerle una demostración de mis habilidades marciales tanto con la espada como en la lucha cuerpo a cuerpo, tengo asuntos más importantes que discutir.

La presencia de aquel hombre hacía bullir la sangre de Bobby; le recordaba a Jane.

—Pues dese prisa. Está en propiedad privada, y tengo cosas que hacer.

—Le he traído esto.

Bobby miró las hojas de papel que Al-Nayhal le tendía.

—¿Qué es eso? ¿Ahora pretende echarme de mis tierras?

Sakir pareció hacer acopio de paciencia.

—Esto lo ayudará a entender por qué su familia perdió estas

tierras.

Bobby sintió un vacío en las entrañas.

—¿De qué diablos está hablando? Sé por qué perdimos estas tierras.

—Sólo lo sabe en parte —al ver que Bobby no decía nada, Sakir levantó una ceja—. ¿Va a leerlo o no?

Bobby masculló algo incomprensible y le arrancó los papeles de la mano. Recorrió con la mirada los documentos. El primero era una declaración en la que la compañía petrolera que había arruinado sus tierras aseguraba no tener relación alguna con Al-Nayhal Corporation, lo cual destruía la teoría de Bobby sobre una conspiración. Los otros papeles eran notificaciones de cinco agencias de protección medioambiental advirtiendo al padre de Bobby de la inestabilidad del terreno y de que, si no se tomaban medidas urgentes para regenerar las tierras, no se le volvería a permitir criar ganado ni caballos, o hacer nuevas perforaciones.

Bobby sintió un leve desfallecimiento al ver la fecha de las dos primeras notificaciones. Estaban fechadas seis años antes de que su padre perdiera la propiedad de la finca. Y, sin embargo, su padre había permitido que siguieran perforando, a sabiendas de lo que podía ocurrir, a sabiendas de que las prospecciones podían arruinar no sólo la tierra, sino también a su familia. Y, al final, el viejo había obligado a abandonar su camino, aquella vida que amaba con todo su corazón, para regresar a casa a fin de arreglar un problema que podría haberse arreglado mucho antes.

Y, durante todo aquel tiempo, su padre le había hecho creer que el responsable era Sakir Al-Nayhal.

Y, lo que era peor aún, había hecho cargar a Bobby durante años con el peso de su promesa de venganza mientras la vida seguía su curso y una mujer lo había ayudado a respirar, a amar la vida y a preocuparse de nuevo por los demás.

Bobby estrujó los papeles. Si aquello era cierto, su padre podría haber salvado las tierras. Si era cierto, Kimmy y él habrían podido conservar sus tierras sin tener que suplicar que les devolvieran una mísera parte.

—Señor Callahan, yo… —comenzó a decir Sakir, pero Bobby lo interrumpió.

—Esto es un montaje —dijo con aspereza, reacio a creer que su

padre hubiera hecho algo así. Su padre había sido un buen hombre, un buen ranchero, un miembro respetado de la comunidad—. Dispone de dinero para hacer algo así, y no se detendría ante nada para difamar a mi padre…

Sakir pareció compadecerse de él.

—Puede comprobarlo usted mismo. Todos los informes están en los archivos del condado y del estado.

—Si esto es cierto, ¿por qué lo ha mantenido en secreto? ¿Por qué no me lo dijo? He pasado años echándole la culpa…

Sakir exhaló un profundo suspiro y dijo:

—Yo quería a mi padre. No deseo conocer sus errores, ni sus deslices. Su hermana y usted tenían un gran concepto de su padre —se encogió de hombros, sin bajar la barbilla—. Pensé que era preferible que me odiaran a mí en vez de a él.

—¿Y por qué me lo cuenta ahora, después de todos estos años?

—Nunca pensé que intentaría vengar a su padre utilizando algo que me sobrepasaba —los ojos de Sakir se ensombrecieron—. Pero no puedo controlar el corazón de mi hermana.

Jane. Su amada Jane. Atrapada en una trama tejida con las mentiras de un viejo que no tenía valor para afrontar sus errores. Bobby se apoyó contra la puerta de la caballeriza y se quedó mirando las vigas.

—Quiero a mi hermana, señor Callahan. Y ella lo quiere a usted. Nunca volveré a intentar imponerle mi voluntad.

Bobby sacudió la cabeza.

—Dijo que nunca más volvería a pisar mis tierras —masculló.

—Sí, pero tal vez si fuera usted en su busca…

Bobby se puso alerta al instante.

—¿A Emand?

Sakir asintió con la cabeza.

—Ahora es su país. Tal vez los dos encuentren allí la paz.

* * *

Los jardines del palacio olían a limón y rosas, cuyas densas fragancias entremezcladas serenaban en parte el espíritu acongojado de Jane. Pero ni las rosas ni el hermoso atardecer que

tenía ante ella podían aliviar su tristeza. Llevaba así dos semanas, pensó, desanimada, mientras permanecía sentada en un banco de hierro, bebiendo té. Se odiaba a sí misma por sentirse tan deprimida y por echar tanto de menos a Bobby, como si éste fuera un miembro amputado cuya presencia sintiera todavía.

Si tenía una pizca de sensatez, procuraría relegarlo al fondo de su memoria y concentrarse en su porvenir. Durante la semana anterior, había conseguido hacer una lista de restaurantes, todos ellos con su nombre, y había anotado algunas cartas y hasta alguna que otra idea para la decoración. Pero lo que no podía poner sobre papel era el lugar donde estaría su restaurante.

—Hola, cielo.

Jane levantó la mirada y vio que su madre se acercaba del brazo de Abel Garret. Tara y Abel habían llegado hacía dos días. A Jane no la había sorprendido ver a Abel al ir a recibirlos al aeropuerto. Eran inseparables, y la devoción que se demostraban el uno al otro la hacía sentirse más animada cada vez que los veía.

—Tenemos una sorpresa para ti, Jane —dijo Abel con una sonrisa.

—Gracias, chicos, pero hoy no tengo muchas ganas de sorpresas.

—Ésta te va a encantar —dijo Tara con convicción, y miró hacia atrás.

Una voz baja y viril retumbó en el jardín, haciendo que los insectos se callaran.

—Dijiste que no volverías, así que he venido yo.

A Jane le dio un vuelco el corazón. Se volvió y vio que Bobby iba hacia ella, vestido con vaqueros y una camisa azul pálido. Su pecho era tan ancho como el sendero por el que caminaba. Sus ojos relucían, llenos de congoja, de felicidad y de amor. A Jane se le saltaron las lágrimas al verlo.

Abel y Tara se retiraron sin decir nada, y Bobby Callahan se detuvo ante ella. Respiró hondo y recorrió ávidamente su cuerpo con la mirada hasta que por fin la miró a los ojos.

—Estás preciosa.

—Bobby…

—Dios, cuánto te he echado de menos. Nunca había sufrido tanto.

Ella sabía muy bien a qué se refería: noches solitarias y días

interminables sin ilusión alguna, y un profundo dolor que nada podía aliviar. Pero Bobby le había hecho mucho daño, y, por más que lo quisiera, no podía perdonarlo fácilmente.

El asintió con la cabeza, como si advirtiera el brillo de reticencia de su mirada.

—No me merezco siquiera estar aquí, ante ti —la mirada de Jane vaciló; de pronto, se le aflojaron las piernas—. No me lo merezco, pero estoy aquí porque te quiero, Jane. Te quiero con todo mi corazón, y tenía que decírtelo. He venido para pedirte disculpas por lo que os hice a tu familia y a ti —le rozó tímidamente la mano. Sus ojos eran de un tono profundo de azul—. Jane, cariño, tu sitio está en Paradise. Estamos hechos el uno para el otro. Tu lugar está a mi lado.

—No sé —dijo ella, sintiendo que el dolor le atravesaba el corazón—. Estoy asustada, Bobby. Te lo di todo, mi amor, mi confianza, mi corazón y mi alma, y tú lo despreciaste todo y me lo echaste a la cara. ¿Cómo voy a volver a creerte?

Un brillo de dolor cruzó los ojos de Bobby.

—No te estoy pidiendo que me creas, Jane. Pero tal vez puedas creer en nosotros —las lágrimas comenzaron a rodar por las mejillas de Jane—. Escúchame, cariño, por favor —la tomó de las manos y la miró, implorante—. La culpa y la vergüenza son cosas extrañas. Lo desesperan a uno. Te hacen herir a la gente a la que amas. A mí me volvieron ciego a la debilidad de mi padre, un hombre al que quería y al que deseaba creer más allá de toda duda. Un hombre al que creía capaz de anteponer las necesidades de su familia a las suyas propias —su triste expresión hizo que a Jane se le encogiera el corazón—. Le hice una promesa a mi padre en su lecho de muerte —prosiguió Bobby—. Le juré que vengaría su honor, que les haría a los Al-Nayhal el mismo daño que nos habían hecho a nosotros —sacudió la cabeza—. Entonces no sabía la verdad. No sabía que fueron en realidad los errores de mi padre los que le hicieron perder nuestras tierras. No quería creerlo. Ni él tampoco, claro está. Era un buen hombre, Jane. Era el héroe de Kimmy, su piedra de toque. A mi hermana se le rompió el corazón cuando murió. Ya mí también. Así que le eché a Sakir la culpa de todas mis desgracias —masculló una maldición y la estrechó en sus brazos—. Lo siento muchísimo. He sido un tonto. Te hice daño, te rechacé después del amor y las

ganas de vivir que me habías dado. Dios, nunca sabrás cuánto lo siento.

—Sí, lo sé. —Jane no podía dejar de llorar contra su pecho.

—¿Podrás perdonarme, Jane? Lo único que te pido es una oportunidad —puso un dedo bajo su barbilla y le hizo levantar la mirada—. Quiero pertenecer a tu familia. Quiere tener hijos contigo. Te quiero a ti —le limpió una lágrima de la mejilla con el pulgar—. Te amo.

A pesar de las lágrimas y del dolor de cuanto habían dicho en el pasado, Jane se sintió viva y llena de energía por primera vez desde hacía casi dos semanas. Cuando habló, su voz sonó sincera y alegre.

—Te quiero más que nunca, y sé lo que hay en tu corazón. Lo veo.

Él esbozó una sonrisa tan radiante y llena de alegría y adoración que a Jane se le encogió el corazón.

—Cásate conmigo, cariño —dijo Bobby y, bajando la cabeza, le dio un tierno beso—. Cásate conmigo y enséñame cada día a ser un hombre mejor.

Sus palabras la envolvieron y la hicieron sentirse segura y llena de amor. Bobby había dejado atrás su doloroso pasado y al fin le había abierto su corazón. Estaba listo para abrazar su porvenir, y Jane sabía que su sitio estaba entre los brazos de Bobby.

—Sí —musitó entre besos mientras el sol rosado se ponía lentamente ante ellos—. Aprenderemos el uno del otro, amor mío.

Epílogo

Seis meses después

—¿Quieres a este hombre por esposo?

Jane contuvo el aliento, presa de la emoción. Siempre había deseado que llegara aquel día; siempre había confiado en que hubiera un futuro prometedor.

Tara, que se erguía, orgullosa, ante el improvisado altar, sonrió a Abel y dijo:

—Sí.

—Entonces, os declaro marido y mujer —dijo el sacerdote con una amplia sonrisa—. Puedes besar a la novia, Abel.

En la pradera, junto al lago en el que Bobby y Jane habían nadado y Abel y Tara habían contemplado las estrellas a su modo, dos personas acababan de comprometerse de por vida.

Bobby tomó la mano de Jane y se la apretó. Su alianza de boda rozó suavemente los dedos de su mujer.

—¿Quieres que nos casemos otra vez?

Jane recordó su emotiva ceremonia de boda en Emand un mes antes y sonrió a su marido mientras éste la montaba sobre su caballo gris.

—Lo haría encantada. Pero tal vez debamos esperar hasta nuestro aniversario.

Bobby montó tras ella, le besó la oreja y susurró:

—Es nuestro aniversario. Hoy hace un mes.

Jane se apretó contra él mientras cabalgaban de regreso a la casa del rancho, a su hogar, delante de sus familiares y amigos.

—¿Quién iba a pensar que un vaquero tan grandullón sería tan romántico? —dijo mirando hacia atrás.

—Cualquiera que mire a la mujer con la que está casado —gritó Bobby por encima del estruendo de los cascos de los caballos.

—Te quiero, Bobby Callahan.

—Te quiero, y esta noche vamos a volver a pronunciar nuestros votos nupciales. —Bobby la abrazó con fuerza contra su pecho y le dio otro beso en la oreja—. Cuando esté dentro de ti.

Ella se echó a reír, llena de felicidad, mientras el fresco aire de Texas le bañaba la cara.

—No sé si podré esperar hasta esta noche.

—Pues tendrás que hacerlo, cariño —dijo Bobby cuando se detuvieron ante la casa, junto a la cual se había levantado un nuevo pabellón—. Tenemos que ir a un banquete de bodas. Y es en mi restaurante preferido.

Jane miró con satisfacción el letrero que había encima de su restaurante.

—Aún faltan tres semanas para que se abra. ¿Cómo es posible que ya sea tu favorito?

Él le guiñó un ojo.

—Porque he probado sus platos.

A su alrededor, toda la familia de Jane empezaba a llegar a Mi recreo, lista para darse un festín al estilo de Texas. Aquello superaba todas las aspiraciones de Jane. Pero lo cierto era que tenía lodo cuanto había soñado: a Bobby, un restaurante propio y un estímulo auténtico, pues el rancho KC estaba creciendo y cada vez tenía más alumnos y empleados. Y Jane les alimentaría a todos, no sólo con sus platos, sino también con su corazón.

—¿Huele a pan de maíz? —preguntó Jared, el marido de Ava, al bajarse de su caballo.

—Me encanta el pan de maíz —dijo su hija, Lily, que seguía sentada delante de su abuela, Muña, quien le dijo cariñosamente a su nieta:

—A ti te encanta comer, estrellita.

—Como al resto de la familia —comentó Rita, que acababa de salir del coche y dejó a Daya en brazos de Sakir, quien se apresuró a darle un beso en la frente a la pequeña.

—¿Has hecho ensalada de col, hermanita? —Preguntó Zayad

mientras ayudaba a Mariah a salir del mismo coche—. Me encanta esa ensalada.

—Espero que hayas hecho asado de ternera —le gritó Abel mientras subía los escalones del restaurante de la mano de su flamante esposa.

Tras asegurarles a todo que había preparado sus comidas texanas preferidas, Jane entró en su amada cocina. Y, mientras sacaba de sus respectivos hornos los macarrones con queso, el asado de ternera, las patatas y la tarta de chocolate, sonrió. Su familia iba llenando el restaurante en medio de una alegre algarabía.

Se le hinchó el corazón. Sí, lo tenía todo.

FIN



La autora de *Bestsellers*, Laura Wright ha pasado la mayor parte de su vida sumergida en el mundo de actuar, de cantar y de baile de salón y competitivo. ¡Pero cuando comenzó a escribir, sabía que había encontrado el verdadero deseo de su corazón! (Aparte de un nuevo bebé). Junto con cuatro hermanos y muchos gatos, Laura creció en Edina, Minnesota, y aunque encontró aventuras en localidades como Nueva York, Ohio, Milwaukee y San Diego, ella finalmente encontró su «norte verdadero» en Los Ángeles con su marido, actor de teatro. Laura cree sinceramente en la familia, los amigos del corazón y la energía curativa del amor, y espera que ella en sus libros refleje esos valores.